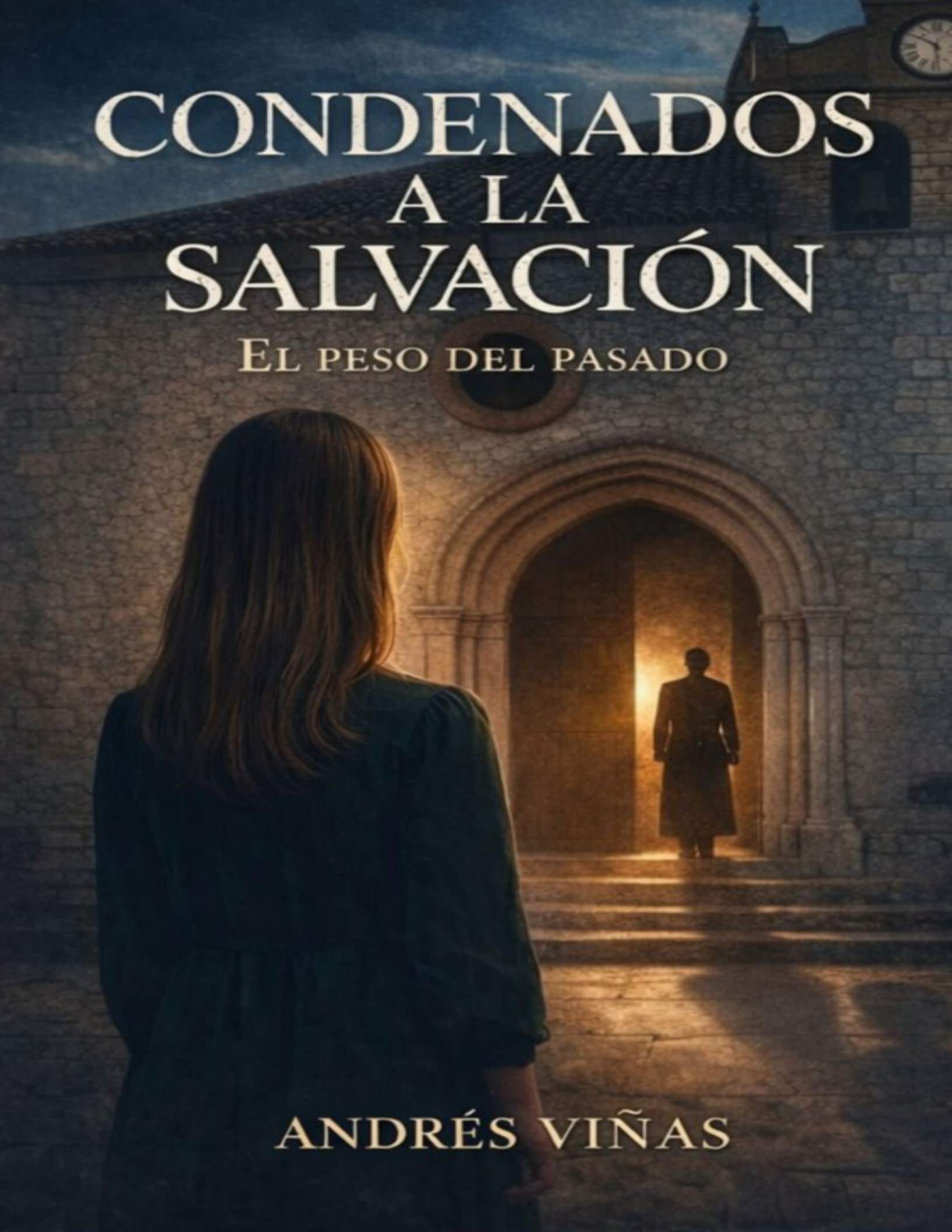

CONDENADOS
A LA
SALVACIÓN
El peso del pasado
ANDRÉS VIÑAS

CONDENADOS A LA SALVACIÓN

El peso del pasado

Andrés Viñas

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).
© Andrés Viñas, 2026
Primera edición: abril de 2026
ISBN: 978-84-09-82892-0
Depósito legal: M-6220-2026
Diseño de cubierta: Silvia Sierra Pérez con (IA-assisted)
Maquetación: Silvia Sierra Pérez

Esta historia es una obra de ficción. Aunque está ambientada en la España de los años noventa y en ella aparecen personajes públicos reconocibles —algunos ya fallecidos—, todas las situaciones, diálogos y tramas han sido imaginados desde la libertad creativa.

Quiero expresar mi agradecimiento a todas las personas que, con su esfuerzo diario, contribuyen a construir una sociedad más justa, comprometida y solidaria desde su entorno laboral.

Porque a sus ángeles ha dado
órdenes para que te guarden en tus caminos.
Salmo (91, 11)

ÍNDICE

FRANCISCO, ABRIL DE 1991

Francisco, 1959

Francisco,1969

Francisco, 1973

Arco, mayo 1991

FRANCISCO, MAYO 1991

ARCO, MAYO 1991

VIERNES, 31 DE MAYO DE 1991

ARCO, SÁBADO 1 DE JUNIO DE 1991

ANGÉLICA, SÁBADO, 1 DE JUNIO DE 1991

FRANCISCO, JUNIO DE 1991

ARCO, JUNIO 1991

FRANCISCO Y ANGÉLICA, JULIO 1991

ARCO, JULIO 1991

EN EL PUEBLO, JULIO 1991

MADRID, OCTUBRE DE 1991

ARCO

OBRA EN MEMORIA DE DANIEL LÓPEZ TIZÓN

AGRADECIMIENTOS

Arco, julio 1991
En el pueblo, julio 1991
Madrid, octubre de 1991
Arco
Obra en memoria de Daniel López Tizón
Agradecimientos

FRANCISCO, ABRIL DE 1991

El padre Francisco respira el aire matutino de primavera mientras se distrae con el trino de las golondrinas recién llegadas. Frunce el ceño sin motivo, vuelve a respirar profundo y continúa con pasos decididos hacia el bar de siempre.

Abre la puerta del establecimiento con ganas de saborear el café recién hecho que parece estar esperándolo, y le sorprende el calor concentrado por la cantidad de clientes. «No es fiesta que yo sepa», piensa. Tuerce el gesto: el sillón junto a la ventana está ocupado. Se toca el mentón y mira a ambos lados del local. Se ajusta la sotana y camina hacia el incómodo taburete de la barra, junto a la puerta que conduce a los aseos. Antes de sentarse, coge un periódico.

Lee la noticia estrella del día: el anuncio de elecciones municipales en Madrid para el domingo 26 de mayo, convocadas por el Real Decreto 391/1991.

—Mamá, ¿cuánto falta para ver a la abuela?

—Un ratito más, cariño. Hoy le cuesta moverse, ya sabes…, desde lo del brasero.

El niño balancea las piernas, aburrido. La madre mira el reloj por tercera vez. El cura pasa una página y luego otra, con prisa.

El camarero deja el café con leche, caliente y con azúcar, donde el cura pueda verlo. El niño y la madre están a punto de salir cuando la puerta se abre de golpe. Un hombre entra tambaleándose, agitado, con algo en la mano que levanta de forma amenazante mientras exige dinero. El murmullo del bar se corta en seco. No es muy alto y la droga se ha encargado de comerse las pocas grasas que le quedaban. La cara es ya una calavera y las ojeras son tan oscuras como un día cerrado de tempestad.

El silencio reina. La gente deja caer monedas sin mirarlo a los ojos. El padre Francisco rebusca en su bolsito, duda un instante y entrega lo poco que le queda con la cabeza baja. El toxicómano

arranca la cadena con una medallita de oro al niño, que rompe a llorar temblando de arriba abajo.

—¡Ay...! ¡Me ha hecho daño!

El adicto sale a toda prisa y el padre Francisco hace lo mismo. Mira la dirección que ha tomado el ladrón y se descalza. Agarra la sotana. El dueño del establecimiento abre la puerta y, a su ritmo, sigue los pasos rápidos del cura, que ya tiene al bandido agarrado por la pechera. La jeringuilla está hecha mil pedazos y el dinero ha quedado esparcido por la acera.

—¡Entrégame la medalla! ¡Hacerle eso a un crío, hombre de Dios! —exclama el cura sin titubear. El toxicómano obedece. Su mano es un vaivén incontrolable, pero consigue apoyarla en la palma del religioso, que se suelta al sentir el frío del metal en la piel.

—Ahora vete y deja de pecar. Te espero para confesar cuando estés preparado, hijo —dice mientras se santigua.

—¿Cómo hace usted estas cosas, padre? —pregunta el mesonero, que aún jadea.

—¡Vamos! Traiga algo para limpiar los restos de la inyección. Yo iré recogiendo el dinero.

El cura vuelve al bar y le entrega la medalla al niño. El chiquillo se seca las lágrimas y los mocos con la manga de la camisa. Abraza al religioso con fuerza.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta.

—Ángel —responde el niño entrecortado.

El sacerdote abre los ojos y arquea las cejas. «Las promesas hay que cumplirlas», piensa.

Los periódicos siguen apilados de cualquier manera. El padre Francisco sorbe el café despacio. Adopta una expresión severa y lo deja donde estaba. Abre la cremallera de su bandolera y cuenta las pesetas justas que coloca en el platillo de plástico marrón.

—¿Será posible?, ¿qué hace? Está invitado, padre. ¡Por favor!

El cura asiente con una inclinación de la cabeza, se despide y se aleja despacio hasta la puerta.

—¿Quién es este hombre tan raro? —pregunta un cliente ocupado en encenderse un habano.

El dueño del bar eleva los hombros y la ceja. Sigue limpiando la barra con un trapo.

—Ni idea —murmura entre dientes.

FRANCISCO, 1959

—Me llevó a conocer a sus padres. Luego, tuvimos que regresar andando desde el infinito. Mi novio no quería molestar a la familia, él es así, educado, y me acompañó hasta la esquina de mi calle. Qué casa, tía, tenías que haberla visto. Ya me imagino acomodada en un butacón de esos antiguos, en el inmenso salón de invitados, mientras un mayordomo vestido de chaqué me sirve té, pastitas y una copichuela de anís. Todo lo que me apetezca.

Consuelo cierra los ojos e imagina una pradera donde brotan flores, ríos de agua clara y el sol brilla precioso. Tiene las mejillas enrojecidas y el pecho hinchado. El olor a hierro es fuerte y el cielo se ve gris plomizo.

La joven abre los ojos y muda la expresión. Su tía Gertrudis lleva un vestido negro. Clava la mirada en la chica y menea la cabeza negando. Consuelo mira hacia abajo, a su derecha. Acuna entre los brazos a un bebé y comienza a canturrear una melodía inventada. Una ráfaga de aire frío le eriza el vello de los brazos; es lo habitual en enero, el mes más frío del año en Madrid. Se coloca frente a la octogenaria, un poco más baja que ella, aunque no mucho. Se nota que llevan la misma sangre. Apenas le queda pelo en la cabeza y lo poco que resiste lo lleva atado en un moño tan tirante que los cabellos podrían romperse en cualquier instante.

—Hija, el niño va vestido como para ir a una boda. ¿Te dijo que te deshicieras de él? —Consuelo asiente sin levantar la cabeza.

—No, no, no… Eso lo dijo porque le obligó la familia, pero no nos conocen, ¿verdad, pequeño? Espera a que vean tu carita de sol.

—Dijiste que habías oído…

—… que le quitarían la paga si no renunciaba a mí y a su hijo, sí, pero él no tiene miedo, ni de ponerse a trabajar en lo que sea, ni de dejar de estudiar por su hijo. —Vuelve la mirada a la criatura. El bebé sonríe como si la entendiera y ella le roza el mentón con ternura.

La vieja da un golpe con el bastón en la arena húmeda del suelo y guiña los ojos. Arruga el entrecejo y el rostro mancillado por el sol se le endurece.

—¿Por qué lo has tenido? —Señala al niño con el rostro malhumorado.

—¿Tú también? ¡Un bebé no es como la mierda que cagas!, que la limpias y punto. Perdón, tía.

Consuelo agacha de nuevo la cabeza y se aparta de su tía agarrando la manta de lana azulita con fuerza. Gertrudis abre los ojos. Apoya las dos manos sobre el bastón y posa como una matriarca oscura.

—No te hagas la digna conmigo, que ya te has deshecho de uno, que yo sepa. Lo que no entiendo es cómo Dios te ha dado tanta fertilidad después de las burradas que… Soy tu tía, a mí no me engañas —refunfuña.

—No entiendes nada, vieja. Este niño lleva sangre de linaje. Pertenece a los de arriba —dice Consuelo mientras acuna al crío sin dejar de contemplarlo.

—¿Y qué vas a hacer? —interrumpe la anciana, que parece perder la paciencia.

—Voy a reclamar lo que me pertenece.

Se hace el silencio. La vieja vuelve a achicar los ojos.

—No. Ve con Dios.

—Pero…, ¡tía!, ¿cómo me hace eso? No será capaz de dejarme sola en este…

—¡Silencio! Si te dejo entrar, ¿cuántas más te seguirán? ¡No eres un buen ejemplo para seguir! ¡Hay que pensar con la cabeza! No hay bendición. He dicho. Si sale mal, apechugas. ¿Has comprendido, muchacha?

La joven madre contiene las lágrimas. Se aparta el pelo y asiente con la cabeza. La veterana Gertrudis inicia el camino de vuelta hacia su casa.

—¡Yo soy distinta! Conseguiré casarme con él. Comeré en buenos restaurantes, vestiré con medias de seda fina y seré la señora de un arquitecto —dice elevando la barbilla—. No te necesito. No os necesito. ¡A ninguno!

Gertrudis sigue su camino sin inmutarse.

—¡Perdóneme, tía! Lo lamento. Solo quería explicar con mis palabras lo que sucederá y…

Gertrudis apoya el bastón en el suelo para ayudarse a subir un peldaño antes de entrar en su casa. La falda y el delantal negro ondean a merced de unas ráfagas de viento. Los grandes senos se disimulan con la camisa negra. Cae en la cuenta de algo y se gira.

—¿Cómo se llama?

—Francisco, como su padre —dice Consuelo orgullosa.

La vieja queda contenta con el nombre y continúa dando diminutos pasos hasta que cruza el umbral y se adentra en su templo.



La casona está inspirada en las construcciones del siglo XVIII. Se alza imponente en la calle Marqués de Valdecilla, en pleno distrito de Chamartín. Consuelo espera en la acera de enfrente sonriendo. Cambia al bebé de brazo, sacude la mano libre y se masajea el antebrazo con los dedos entumecidos.

Una empleada de hogar pasa a su lado con bolsas de la compra en la mano y le lanza una mirada teñida de pena. Ella se la devuelve cargada de odio.

Pocos minutos después, la puerta de hierro forjado, alzada sobre piedra adornada con motivos florales y geométricos, se abre sola. Consuelo se desliza con pasos cortos, como si fuera una famosa actriz caminando por la alfombra roja en busca de su premio. Llega hasta un cuidado y frondoso patio lleno de aromas. Sonríe a punto de cruzarlo. Un fuerte golpe en la cabeza la aturde por unos instantes. Se tambalea tratando de proteger al crío y cae de rodillas. Se ha roto

el tacón del zapato derecho y tiene una herida en la articulación. Francisco llora asustado por el brinco. Ella se toca la sien y los dedos se le manchan de sangre. Sin terminar de incorporarse, recibe un puñetazo en el costado que la deja sin respiración. Pierde el equilibrio y, de forma instintiva, agarra al bebé, que berrea. Su enjuto cuerpo sigue encajando golpes mientras se cubre con una mano y se arquea sobre la criatura.

—¡Me… me vais a matar! ¡Mi bebé!

Su pelo es una madeja enmarañada.

FRANCISCO,1969

Francisco abre y cierra como puede la puerta de la calle. Hay demasiado silencio y cae al suelo derrotado, cabizbajo, con el incansable dolor de estómago que ruge con fuerza. Mira su nueva adquisición de la basura: un caballito mutilado, oxidado que aprieta fuerte. Lo aprisiona como un tesoro inesperado.

El polo amarillo está lleno de churretes y los pantalones de pana marrón, aunque pequeños, parecen alargarse como chicle. Francisco mira las únicas zapatillas que tiene mientras se retira el flequillo, liso, grasiento, hacia un lado. Asoma el dedo gordo con altanería: «Culpa del ratón», piensa.

No hay muebles que sostengan recuerdos ni cortinas que impidan la entrada del sol a primera hora de la mañana; tan solo la persiana verde, sucia, agujereada y medio descolgada hace de parasol. Francisco da un respingo y abre los ojos. «¡Hay alguien!», se dice. Se acerca hasta la mesa camilla redonda, coja y repleta de ceniceros hechos con latas de cerveza. Una sombra se mueve en el lateral izquierdo del mugriento colchón.

El muchacho palidece y nota un nudo en la garganta. Juan Contreras viste con la ropa de su madre. Francisco se hace un ovillo y cierra los ojos para contener las lágrimas. Y, sin saber ni cómo, le viene la imagen de su tía abuela Gertrudis: muy vieja, fea, tozuda; aun así, la echa de menos. Se marchó, y se llevó con ella los guisos que comía durante la semana. Entonces sí, llora entre hipidos.

Juan Contreras, un tipo pringoso, de veintipocos mal llevados, delgaducho, con mucho pelo y ojos grandes, se levanta del colchón de la salita caminando con torpeza hasta una pila de agua. Se ha quedado dormido con un cigarro encendido y se limpia los restos de la ceniza que se le habían amontonado en el pecho. Extiende el cuerpo elevando los brazos. Abre la boca. Alguien que lo observara vería que le faltan tres muelas y que otras dos están picadas. Se peina frente a un pequeño espejo al que le falta un trozo, colgado en una pared que debió pasar por mejores días. Tiene un remolino rebelde.

Inútilmente, intenta corregirlo con saliva. Se percata del niño, que parece enfermo de tan flacucho. Al pobrecillo se le marcan las vértebras de la columna como si fueran a rasgar la piel de un momento a otro. Juan Contreras se le acerca arrastrando los pies y se sienta a su lado.

—¿Tienes hambre?

Francisco asiente con la cabeza. Lleva tiempo con dolores y calambres.

—Tu madre es un desastre. No se acuerda de que tiene un mocoso de diez años. ¡Ah!, pero hoy es un día especial.

Juan Contreras alcanza una bolsa de plástico blanca escondida bajo el colchón. Dentro hay una lata grande e impoluta. La abre con un ligero movimiento y se la acerca al niño para que pueda olerla. Francisco cierra los ojos mientras aspira el rico aroma de los mejillones. Juan cae en la cuenta y da un pequeño brinco. Rebusca en la bolsa y saca un trozo de pan duro de abundante miga de su interior.

—Consuelo sabe engatusar a los hombres, pero luego... es un diablo.

Juan Contreras mira cómo el chaval se los come a bocados atropellados, masticando con tal ansia que podría atragantarse. Mete los finos dedos en la lata como si fueran pinzas. Uno tras otro, los saca y la salsa le resbala por el antebrazo. Francisco saca la lengua y se chupa las gotas.

—Están cojonudos, ¿eh?

El chico asiente con la cabeza como si supiera de lo que está hablando. Con la lengua, consigue capturar parte de la salsa que se le ha quedado pegada en la mejilla.

—Acuéstate, anda. Más dormido, menos tiempo en este mundo de mierda. ¡Ah!, ¿sabes rezar?

Tiene la boca llena de pan. Niega con la cabeza. ¡Claro que sabe!, es lo primero que te enseñan en el colegio, pero no quiere quitarle su

gran momento, además, está comiendo y es más fácil masticar sin hablar. En el polo amarillo destacan ahora gotitas frescas de la salsa.

—A mí me enseñó un cura muy bueno. Dios..., ¿sabes?, es el único que entiende lo que hago. —Hace una pausa antes de continuar—. Anda, vete a la cama, corre.

Francisco acaba de comerse el resto de pan. Acude obediente a su cuarto, un pequeño habitáculo con varias mantas en el suelo. Hay un ventanuco que no cierra bien. Se mete dentro de las mantas. Acaba de sacarse con los dientes la mitad de la uña del dedo medio, la escupe y continúa con el anular. Echa un vistazo a la esquina. El balón se está desinflando. Los tesoros de la basura no siempre dan lo que prometen. Cierra los ojos. No sabe cómo, pero tiene que arreglarlo. La luz del día va cayendo a la vez que lo va haciendo él con su pequeño estómago satisfecho.

Juan Contreras cierra la puerta de la casa de Consuelo. Lo hace despacio, como si estuviera comprobando el buen estado de las bisagras. Se rasca la cabeza con ahínco mientras se dirige con pasos desganados a la parroquia del pueblo de Vallecas. Hace suficiente calor como para que algunos vecinos se hayan animado a salir a la fresca. El hombre se detiene, saluda con la mano y fuerza media sonrisa. Los vecinos se lo quedan mirando desconfiados. Pregunta si el cura Anselmo está por la parroquia.

—Suele quedarse hasta tarde. Lo mismo te lo encuentras limpiando los suelos... —dice una de las parroquianas que arranca la conversación con algo de interés—. Bien se nota que acaba de salir del seminario.

Da las gracias sin esperar respuesta. El corrillo continúa con los murmullos y las suposiciones. Camina por calles de tierra poco iluminadas. De pronto, se detiene en seco: una pequeña piedra se le ha colado por el agujero de la zapatilla. Se la quita y la sacude; no lleva plantilla y el sudor ha dejado la marca del pie. La huele, arruga la nariz, se la vuelve a poner y sigue andando.

Anselmo está cerrando la puerta de la parroquia. La sotana hasta los pies le disimula la oronda barriga. El hombre lo recordaba más bajito.

—Padre, con usted quería hablar.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le dice, esperando reconocerlo.

—He dejado a Consuelo.

—¿Qué Consuelo?

—Vive a pocas calles de aquí. Es de la familia de los chatarreros.

—Ah, sí.

—Parecía otra cosa, pero no tiene la cabeza en su sitio. Lo que tiene es un crío pequeño. No hay día que no esté solo y no come en condiciones.

—Por desgracia, no es el único.

—Parece un alambre de puro flaco. Necesita ayuda.

—Ayúdalo.

—Le he enseñado a rezar.

—¿Y eso es todo? ¡Haz algo más, hombre!

—Yo soy como Consuelo, un desastre. No sirvo de ejemplo. Hoy me ha dado por venir aquí y mañana me da por dormir todo el día. Sé que usted hará algo. Usted tiene lo que hay que tener.

El padre Anselmo lo mira, suspira y le da la bendición.



Es un día soleado de finales de noviembre de 1969. Francisco corre en círculos para entrar en calor y se ha tropezado con el cordón de una de las zapatillas. Se descalza y las aparca en una esquina para que no le molesten y sigue corriendo y dando vueltas hasta quedarse sin aliento. Lleva un rato entretenido con la pelota desinflada y llena de parches. Le ha pegado un chupinazo y se ha estrellado contra uno de los palos de alumbrado público anclado a la acera. Ahora luce como un trapo sucio, abandonada y sin vida tras el impacto. Huele a

cocido. Su pequeño estómago ruge como el bramido de un león hambriento en la sabana.

Los edificios recién construidos en la Villa de Vallecas de Madrid se extienden como una plaga. La ciudad se hace cada día más grande, engullendo a las casitas blancas, que parecen diminutas a su lado y que, a no mucho tardar, desaparecerán. Francisco vislumbra emocionado, a pie de calle, junto a la puerta verde de una de las viviendas, una bolsa. Se acerca y la engancha por el nudo; no pesa tanto como otras, de hecho, le resulta cómodo cargar con ella. Cruza un callejón de suelo adoquinado entre residencias de dos plantas pintadas con cal. Se detiene con los ojos cerrados delante de la ropa limpia recién tendida que ondea con el viento y respira hondo al cruzar entre ellas. Toca el suave tejido de las sábanas y se le antoja que el mar del que habla su madre debe ser así. Distingue los montículos, se acomoda y coloca la bolsa en el suelo. La abre con cuidado. Unas cucarachas salen despavoridas. Francisco coge una al vuelo y la mira de reojo; las patitas se mueven rápido, las antenas también. Se la come. Le hacen cosquillas las antenas, pero comprueba que no sabe a nada. Busca otra rápido, pero las gusarapas son veloces y no logra atraparlas. Alcanza una más y, sin pensarlo dos veces, se la lleva a la boca. Mastica rápido para que no se mueva.

La bolsa no tiene mucho que rescatar, salvo unas raspas de merluza que asoman enredadas en los restos de cáscaras de naranja y que le arrancan una sonrisa. Sorbe la salsa reseca y termina de lamer con ansiedad la raspa. Le viene de golpe el recuerdo de la vieja de la ventana. Sale corriendo. La basura queda esparcida.

Se cruza con unos niños que juegan al fútbol en una plazoleta de arena. Uno de ellos se para: «¡Flaco, vente a jugar! ¡Necesitamos tus piernas!», pero él niega con la cabeza. El grupo de niños continúa dando patadas y gritando «¡¡mía!!». Dos calles más allá, se detiene en la casa de la vieja. Francisco se mueve con gran destreza y desde la acera observa a la anciana cacharrear dentro de la cocina. Espera unos instantes, oye a los gatos callejeros que, al verlo, maúllan desesperados. Aguarda a que la vieja ponga la leche en el cuenco. Aprovecha para acariciar al gato negro y blanco que le ronronea

mientras se restriega contra la pernera del pantalón raído. Son viejos conocidos.

La mujer de la ventana está sorda y ha perdido vista, pero no falta a la cita con los gatos del barrio. Francisco no desaprovecha la oportunidad y, en un movimiento casi imperceptible, se bebe de un trago la leche. Se relame los labios. Los gatos maúllan aún más fuerte.

—Qué rápido bebéis, pequeñines. Os traigo un poco más —dice la señora desde dentro.

Francisco echa una risilla maliciosa sin dejar de acariciar el lomo del gato y el minino lame los restos de leche que se derraman de la muñeca del chico. El niño lo besa entre las orejas y sale corriendo hasta el final de la calle.

Cansado de dar vueltas sin rumbo, regresa a casa. Empuja la puerta abierta. El olor rancio a tabaco negro no se va ni ventilando todo el día. Como un zombi, camina hasta su cuarto. Las mantas son el lugar ideal para descansar.

—¡Mamá!, ¡mamá!

Consuelo mantiene una figura estilizada, y unas canas prematuras campan por libre en su melena descuidada. Sostiene el cigarro con la mano derecha. Con un movimiento calculado y glamuroso, se acerca el cigarro a la boca. Le da una calada y el denso humo sale disparado.

Está sentada en las piernas de un veinteañero que se afana en deslizar las bragas de la mujer. Poco después, las sostiene con dos dedos, se las acerca hasta la nariz y aspira. Francisco da un paso atrás. Los pantalones del tipo, a cuadros rojos, chocan con la camisa ajustada azul de lunares que se ha atado con un nudo a la altura de la cintura. La cabellera, larga y brillante, la tiene recogida en una coleta baja, a la altura de la nuca. Unos anillos de oro lucen ostentosos en los finos dedos anular e índice.

—Es mi nuevo novio, hijo. Salúdalo, anda.

Francisco permanece inmutable y guarda silencio.

—¡Qué pasa, chico! Nos veremos durante una temporadita. ¿Qué te parece? ¡Acércate, anda, no seas tímido! —El niño vuelve a dar un paso atrás—. Me puedes llamar Anillos de Oro.



Agustina rumia una noticia que ha oído por la radio y le ha dejado mal sabor de boca. Deja la cacerola de la comida puesta en el fogón y se limpia las manos en el delantal que solo se quita para ir a dormir. Es una viejecilla entrañable con pequeños arranques de mal humor que la vecina de la puerta izquierda, Paca, sobrelleva de maravilla. En el mes de noviembre suele hacer frío y este año no está siendo una excepción, solo que Agustina siente calor en la cara, en el pecho. Se abanica con la mano, aunque sirve de poco. Coge la silla de esparto y la saca fuera. Entre la silla y el voluminoso cuerpo, queda comprometida la acera al completo.

Paca se asoma por la ventana y advierte que algo le pasa a su amiga. En unos segundos están las dos sentadas y comiendo pipas. El aire fresco de media mañana alivia el rostro de Agustina. Todo parece estar en su sitio, sin embargo, la mujer no puede dejar de pensar en la noticia. Paca rellena la palma de la mano de la vecina que come sin detenerse. Las cáscaras caen al suelo silenciosas y se van agrupando en montoncitos. Agustina se toca el doble mentón, se aprieta las rodillas con las manos e inicia un balanceo involuntario. Paca sigue a lo suyo.

—La radio dice que se ha terminado la dictadura —suelta Agustina mientras le quita un puñado de pipas de la mano a su vecina.

—Eso no puede ser. —Paca se aclara la garganta, mira a la compañera y se recoloca en la silla.

—¿Por qué no? —contesta Agustina enfadada—. Han dicho que el rey Juan Carlos sucederá al Francucho.

Paca es de la quinta de su vecina. No sale del asombro y mantiene un gesto confuso. No sabe qué responder. Callan. Paca se lleva una

pipa a la boca con ansia. Escupe las cáscaras que caen unos cuantos palmos por delante.

—Sí, pero… no ahora —responde Paca más resuelta, como si lo viera claro.

—¿Pues cuándo, entonces? ¡Ya es hora de que deje de joder! —refunfuña Agustina, que cruza los brazos y escupe como si quisiera arrojar de su boca más que una cáscara.

—Cuando muera —dice Paca.

—¿Y qué es lo que han dicho por la tele? ¿O es que tú sabes más? —pregunta Agustina con los ojos muy abiertos. La frente se ha plegado en un acordeón de arrugas.

—No te lo sé explicar, pero sigue Franco. No te entiendo, hija mía, y no sé por qué te cabrea tanto esta historia. Si ya ni nos acordamos de lo que había antes… ¡Qué más da! ¡Virgen Santísima! Ahora te entran las prisas para que se vaya ese, que parece hecho de piedra inmortal —termina por decir Paca.

—¡Qué asco! Verás tú cómo me muero yo antes que él. Mala yerba… —se lamenta Agustina, que baja la mirada.

El padre Anselmo asoma con el balanceo de su sotana por la esquina de la calle. Como cada mañana, se dirige a la parroquia. Para dar la misa, corre que se mata, y eso la exaspera porque es de las que prefiere aprovechar los cinco minutos de cortesía y, si acaso, alguno más. Sigue con el ceño fruncido. «¡Qué sabrá Paca!», se dice. Deja las pipas. Piensa que el padre Anselmo podría ser su salvación, aunque no le terminan de convencer los curas, y menos si son jóvenes.

—¿Cómo están? —saluda a las ancianas con el leve movimiento de cabeza—. Hace mucho que no se pasan por la iglesia —dice en tono serio.

Las ancianas sonríen y miran a uno y otro lado, como si la procesión no fuera con ellas.

—Los quehaceres de la casa, que no nos dejan ni un minuto —se excusa Agustina.

—¿Saben que estamos buscando mujeres para el coro? —les informa el sacerdote. Ellas cruzan de nuevo la mirada y se echan a reír.

—Nosotras no valemos para eso. Si canto, se pone a llover ranas —dice Agustina—. Padre, usted que es tan listo, ¿qué ha pasado con el nuevo rey?

El padre Anselmo las mira de hito en hito. ¿Desde cuándo les interesa a las viejas la política? Las pipas reposan en el mandil de Agustina.

—Hoy han proclamado en las Cortes a Juan Carlos I como jefe del Estado español —resuelve rápido para evitar meterse en más jaleos.

—¿Ves? Te lo dije —dice Agustina volviéndose a Paca—. A ver si se marcha el generalito con viento fresco. ¿Cuándo será eso?

—No lo sé, Agustina. Los asuntos de palacio… Lo importante es que tú estés bien. —El cura busca redirigir la conversación.

—¡Que se vaya al infierno ya! —exclama Agustina.

—¡Cállate, loca! Con esa lengua, acabamos todas en la cárcel —apunta Paca como si quisiera contener lo incontenible.

—No tengo miedo —le dice Agustina a Paca.

—No te sofoques. Consígueme alguna cantante, Agustina —dice el padre Anselmo intentando apaciguarlas.

La señora, ante la insistencia del cura, muda la expresión.

—Se lo diré a Clarisa, que canta muy bien.

—Gracias —responde él—. Ya sabía yo que podía contar con vosotras.

El padre se despide. Agustina recoge la silla de un manotazo y le dice a Paca que ya ha tenido suficiente por hoy. Paca se la queda mirando como si nada. Sigue acomodada en su silla favorita, entregada al placer de saborear una a una las ricas pipas. El crujido de las cáscaras partidas la hipnotiza.

El cura Anselmo pasea hasta la iglesia. Está contento. No suele detenerse en los corrillos, pero cree que ha sorteado con éxito la encerrona de Agustina. Pasa cerca de un callejón de suelo adoquinado. Un ruido lo perturba.

—¿Quién anda ahí? —Avanza y se queda a medio camino—. ¿Quién anda ahí? —repite.

El crío, más flaco y sucio que nunca, se planta frente al cura con los ojos abiertos mientras se retira con los dedos sucios el flequillo, liso y grasiento.

—¿Qué haces aquí? —pregunta el cura.

—Nada. Después del colegio vengo a este sitio. Es tranquilo.

—El colegio no ha terminado. Estás haciendo novillos. Vamos, te acompaño de regreso a clase.

—¡No!

—¿Qué estás haciendo aquí entonces?

El niño lo conduce hasta el final del callejón y le enseña, inocente, los restos de la basura que se dejó esparcidos. Además de comprobar que no se había dejado nada comestible, le interesa que vea algo: dar con basuras llenas se está convirtiendo en una tarea que implica más tiempo del imaginado. El cura menea la cabeza.

—¿Y tus padres? —El niño encoge los hombros y tuerce la boca buscando una respuesta que no llega.

—¿Dónde vives?

Apunta con el dedo. Anselmo cambia la dirección y el chiquillo lo sigue a paso rápido. No tardan en llegar, pero la casa está cerrada. Nadie responde a los golpes contundentes de los nudillos sobre la puerta.

—¿Cuándo viene tu madre?

—No lo sé. Si tarda mucho, me siento ahí —dice señalando el escalón junto a la puerta.

—¿Quién es tu madre?

—La nieta del chatarrero. —El cura cierra los ojos y estira los labios en un gesto que pretende pasar por una media sonrisa.



Han pasado horas esperando a Consuelo en la puerta de su casa. El párroco de Vallecas, agotado, hambriento y malhumorado, ha tomado una decisión que nunca lamentará. Francisco camina de la mano del cura hacia su domicilio, en la zona de nueva construcción. En realidad, solo ha tenido que cruzar una calle de tierra para llegar hasta las vías asfaltadas y las aceras impolutas con árboles a los lados, grandes farolas y bancos para sentarse.

Francisco va mirando fascinado cada detalle: le sorprenden dos Seat 600 aparcados a los lados de la vía, las «cajas nuevas», como los denomina él. No hay corrillos en las aceras: la gente parece haberse desvanecido. Los edificios son como faros en la noche, con sus ventanas iluminadas revelando las historias y vidas que laten en su interior. Se detienen en un portal sombrío que da acceso a una puerta de metal oscura sin detalles forjados ni florituras. El cura suelta la mano del niño para sacar unas llaves del bolsillo interior de la sotana, abre la cerradura y vuelve a coger la mano infantil. Suben hasta la segunda planta por unas escaleras empinadas. El chico pone buen cuidado de no dar un traspié. Tiene las mejillas enrojecidas y el corazón le palpita acelerado; huele tan bien a comida que casi pierde el equilibrio. Marisa está parada en medio del pasillo con los brazos en jarras y un trapo blanco colgado del hombro. Mira de reojo al niño y después a su hermano. El cura la empuja de forma cariñosa hasta el interior de la cocina. Es una casa de tres habitaciones estrechas y silenciosas que cuenta con un cuarto de baño, además de un amplio salón repleto de recuerdos en cada esquina.

Jorge llega veloz a la puerta de la calle. Francisco se aprieta el estómago que suena como un motor revolucionado.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Jorge.

—Francisco, ¿y tú?

—Puedes llamarme Coque —dice con tono de suficiencia—. ¿A qué has venido?

—El cura me ha dicho que me daría de comer.

—¿Y por qué no comes en tu casa? —Francisco estira lo que puede el cuello para ver mejor la cocina—. Hay estofado, un asco. Yo lo tiro siempre que puedo.

—¿Tiras la comida? ¿No te gusta? —pregunta Francisco, que no da crédito a lo que oye.

El padre Anselmo regresa y se dirige a Jorge.

—Dale a Francisco ropa y zapatos —le dice.

—¡No! —responde Jorge enfurruñado. El padre Anselmo se lleva a su sobrino y Francisco ve que desaparecen por el pasillo. Suena un portazo. Anselmo encara al hijo de su hermana. Entre el flequillo, asoma el lunar que ha heredado de su madre.

—Ese niño no tiene a nadie y te necesita.

—¿A mí?

—A ti. Dios nos lo ha puesto en nuestro camino.

—¡Pues que lo ayude él!

—Jorge, hijo, ¿para qué crees que nos ha dado ventaja a nosotros?

—¿Siempre hay que ayudarlo? —pregunta arrugando la barbilla.

—Siempre que pida ayuda, hijo. Dios recompensa las buenas acciones. Dale ropa y zapatos, anda. Tu madre dice que no le darás nada por voluntad. ¿Tiene razón? —Hace una pequeña pausa—. No, no la tiene. Yo conozco bien a Jorge —coloca el dedo índice y corazón sobre el lado izquierdo del torso—: es grande y generoso.

La puerta se abre y entra la madre. Jorge sale corriendo y le tapa la entrada con su cuerpo.

—Yo se lo doy, mamá.

—¿Tú? —dice sorprendida.

—Deja al niño, mujer. Quiere ayudar como los demás —dice el cura desde el pasillo.

Marisa parpadea dos veces y regresa a la cocina. Jorge rebusca en el cajón de la coqueta hasta que encuentra la ropa que no le gusta y añade los zapatos de los domingos, con los que se patina sin remedio. Regresa a la entrada del salón donde espera Francisco.

—Toma.

—¿Para mí? —Francisco extiende los brazos y agarra la ropa—. ¡Vayaaa! —dice con una sonrisa.

—Hoy es domingo y vamos a la iglesia —dice Marisa—. Ven, que necesitas una ducha. Luego te daré a probar mi estofado.

FRANCISCO, 1973

Marisa acaba de limpiar la espartana estancia de su hermano mayor. Después de cerrar con cuidado, repasa el suelo del pasillo con la mopa y los cercos con un paño de agua templada. Aparca los utensilios en una esquina como si molestaran de repente y entra en el caos de la cocina buscando el calendario que adorna la pared; se acerca Nochebuena y el plato principal sigue siendo un misterio.

Suspira, se toca la frente y siente un cierto desvanecimiento: la cocina está hecha un asco. Se remanga el jersey rojo de punto, se pone los guantes y aplica un buen chorro de jabón en la vajilla del fregadero. Los cacharros se desvanecen bajo una espuma efervescente. Si no encuentra un menú distinto al del año pasado, se enfrentará a los lamentos de su hijo Jorge; hasta le parece estar oyéndolos: «¡Otra vez lo mismo!».

Las lentejas llevan un ratito sin hervir. Suspira de nuevo con resignación y se seca las manos con el trapo húmedo de la encimera. Sale de la cocina. Frente a la puerta de la habitación de los chicos, golpea suavemente con los nudillos y Francisco la recibe con una amplia sonrisa.

—Te necesito, ¿vienes?

Francisco ya es tan alto como Pedro, el cabeza de familia, y les sigue en talla el padre Anselmo, al que tampoco le falta altura. Jorge es el más bajito de los cuatro.

El chico coge con soltura la ligera botella de gas vacía de la cocina hasta la terraza, el jardín donde Marisa tiene plantados tomates prietos, pimientos, albahaca, romero y un orgulloso limonero enano que se alza vanidoso en un rincón. Francisco sustituye las botellas y se le antoja sentarse en una pequeña escalera de mano que también hace las veces de taburete. Contempla a Marisa, lo más parecido a un ángel en su mundo: la madre perfecta, con esas zapatillas de estar por casa tan gastadas como cómodas, tan suyas que ni ha notado que el dedo gordo del pie le asoma.

—Hoy hace muy bueno, parece primavera.

—Sí, dan ganas de salir a la calle y caminar. Quería preguntarte si se te ocurre algo especial para la cena de Nochebuena.

Marisa enciende el fogón y las lentejas parecen revivir.

—Podría ser… ¡lasaña!

—Eso es muy elaborado.

—Te ayudaré. Me gusta cortar zanahorias y haré una salsa especial de tomate.

Marisa trata de acceder a un armario alto con ayuda de un taburete. Busca hasta que encuentra un cuaderno de cuadros muy usado con alambre en el lateral. Le echa un vistazo y abre los ojos. La tapa de cacerola que humea cae al suelo y Francisco da un brinco.

—Vaya escándalo. ¿Te he asustado?

—No…no. ¡Qué rico huele!

—¿Hoy saldrás a correr?

—Sí, claro.

—Es que sigo sin entender por qué lo haces descalzo. ¿No te duelen los pies?

—Son duros.

—En fin, si fuera malo, ya te habrías lastimado. ¿Me ayudarás con la cena de Nochebuena entonces?

—¡Claro! Cocinar juntos siempre es divertido.

—¿Qué tal el seminario?, ¿te gusta?

—Este año es más difícil…

—Imagino que cada curso os pedirán tareas más complicadas. Vete a tu cuarto, ya, y aprovecha. Vamos.

Francisco entra con cautela en su dormitorio y forcejea para acomodar las piernas bajo el único escritorio infantil. Jorge, ajeno a

todo, sigue absorto en su cómic, tendido sobre la cama.

—¿Qué tenemos para comer? —pregunta con la voz quebrada.

—Lentejas.

—¡Qué asco! Solo sabe hacer guisos de mierda. Luego me duele la tripa. ¿A ti no?

Francisco desentierra la punzada seca en el estómago y la visita fugaz en su vida de Juan Contreras. Sabe de sobra cómo duele la tripa de no comer, pero ese tormento quedó atrás hace más de tres años.

—No has hecho nada de la tarea. Tu madre te…

—Es muy mandona. Es Navidad y estamos de vacaciones, ¿no? Y no me vengas tú con la matraca… Haré los deberes cuando me dé la gana a mí. Solo falta que tú…

—Yo te ayudo.

—¿Me los haces? —pregunta elevando las cejas.

—Vale.

—¿Qué quieres a cambio? —pregunta Jorge, que ha cerrado el cómic de golpe.

—Nada.

Jorge lanza el cómic a la esquina de la cama y se baja. Llega hasta una caja de zapatos que utiliza para guardar chapas, canicas y cromos de los jugadores del Real Madrid.

—Te doy la chapa de Vicente del Bosque.

Francisco se acerca hasta Jorge con ojos brillantes. Quiere verla de cerca y anticipar que ya es medio suya.

—¡Vale! —exclama con el rostro resplandeciente.

—¡Jorge…!

—¡Mamá! —grita Jorge.

—¡Quiero ver esos deberes… o te cruzo la zapatilla!

—Que sí… Luego te los enseño. —Y guiña un ojo a Francisco.

Francisco regresa a la tarea. Se sienta y se guarda la imagen del jugador entre las hojas del cuaderno. Jorge regresa a la cama y se ríe a carcajadas con Mortadelo y Filemón.

—Te he visto hablando con un niño mayor —interrumpe Francisco.

—No.

—Ese va con mi padrastro…

—Que no, que no he hablado con nadie —dice sin soltar el cómic.

—Y te he visto fumando.

—¡Tú sí que has fumado! —exclama y lo mira de reojo.

—Te vas a meter en un lío —sentencia Francisco. Jorge pasa la página del cómic y continúa riendo, haciendo caso omiso a la advertencia.

—¡A comer! —anuncia Marisa a voces.



Pedro acaba de llegar con prisas, pensando más en cómo va a encarar la avería del coche que tiene en el taller que en la comida y, tras limpiarse como puede la grasa negra de las manos, se sienta a la mesa. El padre Anselmo entra por la puerta con más calma, aunque viene hambriento. Los adolescentes se enzarzan en un juego de empujones para ver quién llega primero a la mesa. Como regla general, Francisco, se corona vencedor, a menos que decida ceder su trono, como hace a menudo; entonces, Jorge, entre bromas y reproches, celebra su victoria hasta que Francisco se cansa de tener que escucharlo. Los cinco se toman de la mano haciendo un círculo.

—Bendícenos, Señor, y bendice estos alimentos que vamos a tomar. Haz que no les falte el pan a los que pasan hambre. Amén —

recita el padre Anselmo.

—Amén —corean los demás.

Al padre Anselmo le gusta comer despacio, «las prisas no deben entrar en la mesa», piensa. Las lentejas humean en cada plato y el pan ocupa la parte central. Todo parece estar en orden, salvo la incansable voz interna de Marisa, que no deja de castigar su mente con las imágenes que acaba de ver en las noticias de la televisión sobre el asesinato del general Carrero Blanco.

—El coche en lo alto… Han dicho que ha sido ETA… ¡Asesinos! El pobre escolta, el conductor. Muertos.

—Mejor hablamos de otra cosa, cariño. No es un tema adecuado para la mesa —añade Pedro, que ya se ha interesado por dar la primera cucharada al plato.

—¿Rezamos por esas almas, padre? —dice Francisco.

Jorge lo mira de soslayo con cara de asco. Anselmo entona una oración, como si con ella cerrara definitivamente el asunto. Marisa carraspea buscando un nuevo tema de conversación, mientras sus ojos recorren la mesa en busca de algo que la salve del incómodo silencio.

—Francisco, ¿qué asignatura te gusta más?

—Las matemáticas.

—¿Y a ti, Jorge?

—Lengua, mamá —responde resuelto, como si esperase la pregunta.

—Mira qué bien, así os ayudáis —vuelve a carraspear— y a lo mejor dejas ya el montón de tebeos y te pasas a las novelas. —Traga saliva y anuncia que la comida de Nochebuena será lasaña.



Jorge y dos amigos caminan hasta las ruinas de una antigua iglesia situada en la cima de un pequeño cerro. No es un paisaje acogedor. Las estructuras que soportan los cables de alta tensión se colocan alineadas y se diría que proyectan algo más que respeto en un horizonte vacío de vegetación. Unas pequeñas casitas se distribuyen a pie del cerro, apartadas de la calle principal. Hay un gran surco en el suelo producido por las caudalosas lluvias de los días pasados, aunque el aire seco de la capital ha conseguido evaporar los charcos superficiales. Niños de cuatro a cinco años corretean inestables entre las cuerdas de la ropa tendida en plena calle.

Jorge y algunos compañeros de clase están tirados entre los hierbajos y las piedras de lo que fue el suelo de una ermita, entregados a una charla de absurdas ocurrencias. Creen estar a salvo de miradas indiscretas, como si hubieran descubierto ese lugar privilegiado. Se pasan de mano en mano un cigarrillo largo de tabaco negro.

—Jorge, te toca a ti conseguir el siguiente. Como se entere mi padre, me dará con el cinturón hasta que sangre —dice Camilo.

—¡Qué exagerado! Además, yo no puedo conseguir nada, ¿qué hago?... Mi tío no fuma. Mi madre se marea con el tabaco del vecino, que dice que entra por la ventana, y mi padre lo dejó hace años. No tengo manera. Te toca a ti, Raúl. —Señala con el dedo al amigo que tiene a su derecha.

—Yo tampoco puedo. Mi padre los cuenta, ¿sabéis?

—¡Qué trolero! —Jorge le da un golpetazo en el hombro.

—Que es verdad, te lo juro.

—Pues a ver cómo lo hacemos, porque yo no me la juego más. —Camilo hace que se enfurruña y muda la expresión cuando aspira el humo al estilo de un viejo vaquero del oeste.

—¡Venga! Pásamelo. —Jorge gesticula con la mano para alcanzar el pitillo. Cuando lo tiene entre los dedos, se lo lleva a la boca, inhala el humo que se le cuela por la garganta y, sin poder evitarlo, rompe a toser.

Camilo y Raúl se lanzan a darle golpes en la espalda hasta que se calma. Jorge repite la jugada y esta vez es capaz de saborear el humo. Retira un poco de ceniza y se lo pasa a Raúl, que espera ansioso el turno. Se lo coloca entre los dedos con delicadeza y aspira con mucha fuerza. El cigarro se consume rápido ante la atónita mirada del resto.

Ramiro, un repetidor que les ha regalado cigarrillos, irrumpe de manera sorpresiva junto con un desconocido. Los chicos se miran sobresaltados, preguntándose qué pinta en ese lugar y, menos aún, con ese tío que parece haber salido de prisión.

—¿Quién es? —pregunta el desconocido a Ramiro.

—Ese. El de la camiseta de color naranja.

—¿Seguro?

—Completamente —responde.

—¡Tú! ¡Arriba! —ordena con voz autoritaria.

Jorge disimula como si aquello no fuera con él hasta que el hombre con pinta de matón de barrio le propina una fuerte patada en las piernas. Se levanta de un salto y se cuadra.

—Tienes que llevar este paquete a esta dirección. —Le entrega un papel—. ¡Ahora!

Jorge fija la vista en él y aprieta los labios. Menea el cuerpo como si se tomara a broma el encargo. El tipo se prepara y le suelta una bofetada que le ladea la cara.

—¡No me retes, mocoso de mierda! O haces lo que te digo o te inflo a hostias.

Jorge asiente con la cabeza y le aparta la mirada. No hace falta ser muy listo para advertir que se trata de algo turbio.

—Como le pase algo al paquete… —se acerca y lo coge por el cuello —. ¡Largo de aquí!

Jorge coge el paquete y sale corriendo por el cerro como alma que lleva el diablo. Los otros dos se miran. Se incorporan como resortes

y, antes de que alguien pueda impedírselo, siguen a Jorge a toda velocidad.



Francisco redondea la masa con gracia. Vuelve a coger la última croqueta y mueve las manos hasta que consigue la forma perfecta. Lleva el cuenco con restos de besamel hasta la pila. Marisa abre las cortinas y sale a la terraza.

—¿Habéis visto mi última adquisición? Os presento a esta bonita *poinsettia* —dice Marisa en alto, tocando con delicadeza una de las hojas.

Francisco acaba de escuchar el portazo de su habitación y se gira extrañado. Deja el delantal sobre la encimera y se dirige a su cuarto. Abre las cortinas para que entre la luz y recorre el pequeño habitáculo con la mirada. Jorge está tumbado en la cama, bocabajo, temblando como un conejo acorralado y con un olor raro.

—¿Qué ha pasado, Coque?

Jorge no contesta y se sorbe los mocos. Ha tirado el paquete al suelo.

—¿Qué es?

—¡Nada!, ¡ni lo toques!

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha dado un tío que vestía como un payaso. Con muchos anillos en los dedos.

—Mi padrastro. Te lo dije. ¡Vamos a devolverlo!

—¿Estás loco?



Llaman al timbre y la puerta aterciopelada de la casa de Consuelo se abre sola. Francisco entra y Jorge le sigue como un cachorro indefenso. Enseguida llegan a una pequeña sala cuyas paredes, empapeladas con motivos florales, reproducen de algún modo el jardín de Marisa. Tampoco la cocina se ha librado del variado colorido, que ahora cuenta con muebles blancos, una lavadora y una nevera. Hay también tres sillones de escay verde, un soporte de cuatro patas con una hermosa televisión, una mesa camilla con varias sillas alrededor y cortinas caladas en la ventana que da a la calle. El volumen de la televisión lo llena todo.

—¡Mamá!

—Tu madre no está. —Anillos está relajado en el sillón, con una pierna estirada y la otra doblada, viendo un campeonato de boxeo. Se ajusta la goma de su *slip* blanco antes de apagar la televisión. Es un cuerpo fibroso adornado de un fino y negro vello que sigue el contorno del pectoral y acaba en la línea de la cintura. Lleva la melena suelta hasta los hombros.

—Venimos a devolverte el paquete. Jorge no hará el trabajo.

Anillos suelta una media sonrisa y deja entrever un par de dientes de oro. Se encara a Francisco; se aproxima tanto que el chico respira el aliento nauseabundo que desprende su boca sucia.

—Qué gracioso eres. ¿Tú vas a decirme lo que tu amigo tiene que hacer? O lo que tienes que hacer tú, Paquillo…, porque ese paquete lo entregas tú. Y encárgate de hacerlo bien —hace una pausa— si no quieres tener problemas con tu… familia.

—Yo no soy de tu familia.

Anillos le cruza la cara y le corta la mejilla con el metal de uno de los dedos. Jorge palidece y le sobreviene una arcada, pero todavía le queda fuerza para tirar de la manga de su amigo para suplicar.

—¡Vámonos!

Francisco tiene los carrillos rojos y le tiemblan las rodillas.

—Él se va, yo me quedo.

Anillos alza la mano, pero la mantiene con el brazo estirado, sorprendido por el valor del chico. Francisco ha girado la cara y cerrado los ojos, listo para recibir el siguiente impacto.

—Vamos a llevarnos bien, Paquillo. A este pringado y a los otros no les pasará nada, pero como sueltes algo de lo que pasa aquí, este —señala a Jorge estirando el cuello— será el primero en saberlo.

Francisco asiente en silencio. Jorge tiene el rostro descompuesto. Ambos se vuelven a la salida.

—Esta es mi casa, vete a la tuya —le dice, y lo empuja a la calle.

—Voy a la policía.

—No se te ocurra. Y no me mires así. —Se palpa la herida y añade —: Déjate de mierdas... Ya sabes por qué lo digo.

Jorge se detiene en mitad de su recorrido. Apenas llega luz de las farolas y el viento no lo ayuda a sentirse mejor, al contrario, le golpea en el rostro y el muchacho abre la boca como si fuera a chillar; en cambio, rompe a llorar.

Se limpia la cara con la chaqueta naranja y vuelve sobre sus pasos. Traga saliva al ver la casa de su amigo y avanza hacia la ventana, aunque no consigue ver el interior del salón. Se desploma, se abraza las rodillas, vuelca la cabeza hacia ellas y cierra los ojos. «¿Qué le voy a decir a mamá? Y al tío...». Recupera la postura y se abre la parte superior de la chaqueta para coger una bocanada de aire. En un acto heroico, camina hasta la puerta dispuesto a sacar a Francisco de cualquier manera. Alarga el brazo para golpear con energía, pero no es capaz ni de rozar la madera. Abre los ojos, los cierra, se muerde los labios y agacha la cabeza. Se queda en esa postura unos instantes. Aprieta los dientes y los puños con rabia. El estómago es un festín de mariposas envenenadas, locas, que lo azotan sin piedad. Consigue sujetar la punzada. Mira a un lado y otro de la calle. Por último, sale corriendo impulsado por el pánico.

Marisa echa un vistazo a la mesa: la comida fría espera como si tuviera conciencia de que no puede hacer otra cosa. La mujer oye cerrarse la puerta de la calle y sale al pasillo.

—¡Jorge! —exclama sobresaltada. Parpadea y aprieta los labios—. ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde está Francisco?

El chico no responde y evita la mirada. Está despeinado, sucio y con el contorno de lo que será un colorido hematoma dibujado en la cara. Hace el amago de taparse. Antes de que su madre siga con las preguntas, sale corriendo a su habitación y cierra la puerta con llave. Marisa tiene la respiración acelerada, se toca la frente, alza las manos y se dirige con determinación al cuarto. Intenta abrir sin resultado. Golpea con los nudillos de manera frenética y con movimientos poco coordinados.

—¿Y Francisco?, ¿se puede saber dónde está?, ¿le ha pasado algo? ¡Abre!

—¡Ha vuelto a su casa! —grita entre sollozos.

—¿Qué?

Marisa sigue preguntando con voz temblorosa qué ha pasado, si se han peleado, si se han pegado con otros chicos, con quiénes, dice, con quiénes. Pero Jorge no responde más.



—Sigue, cariño…, sigue…

Francisco se tapa un oído. Se esfuerza en no despistarse con los cálculos matemáticos que hace en un papel con la mano libre. Imposible. Se cubre las dos orejas. El bum, bum, una y otra vez, no cesa. Presiona las orejas con más fuerza.

Siente un manotazo en la cabeza y se gira sobresaltado. Anillos aparece desnudo en la habitación.

—Hoy te toca.

—¿En Nochevieja? Si no hay nadie por ningún sitio y…

—¡Que te calles, hostia!

Francisco introduce el papel con los cálculos dentro de un cuaderno que hay sobre la pequeña mesa y Anillos no se lo piensa y le da una fuerte colleja en el cuello.

—¡Deprisa, coño!, que no tenemos todo el día.

Consuelo pasa en ese momento con una bata que deja al descubierto un seno y una pierna. Entra a la sala y va directa a coger un cigarrillo de la cajetilla de tabaco que hay sobre el sillón. Se enciende uno. Anillos coge unos calzoncillos del suelo y se los pone para sentarse.

—No me gusta que pegues al niño sin razón.

—¿Ahora te preocupas por el niño? ¡Pedazo de puta, comepollas…! Fuiste la primera en decir que estaba bien con el cura. ¿Qué mierda de madre eres tú? ¿Me das consejos a mí de cómo educar a un hijo? Yo soy lo más parecido que tiene a un padre.

—Eres un hijo de puta.

Anillos toma a la mujer por el cuello y le estampa la cara contra la mesa. El cigarro ha caído al suelo.

—¡No te metas con mi madre, zorra, o aquí hay sangre! —Consuelo emite gemidos de asentimiento y aprieta los labios—. ¡Dímelo…!, dime que lo entiendes, ¡puta!

—Lo… entiendo —repite Consuelo como puede—. Son las pastillas, perdona. Dame un beso.

—¡Suéltala! —grita Francisco.

En el pasillo angosto, Francisco avanza con los puños rígidos y la mirada fija en el matón. Tiembla a cada paso, pero no se detiene. Lo frena una patada frontal que le hace perder el equilibrio. Recibe de propina un puñetazo en la parte superior de la nariz.

La sangre se desliza por los labios y la barbilla y cae al suelo. El chico abre la boca y capta el sabor metálico. Consuelo, que se había mantenido alejada, levanta a su hijo como puede y se lo lleva hasta el

pequeño cuarto de baño. Presiona en lo alto de la nariz con una mano y coloca en cada fosa un par de bolitas de algodón seco.

—¡Te has pasado! —grita.

Anillos, que se conduce como un loco, coge a Francisco por el brazo y lo va zarandeando hasta donde se encuentra el paquete de la discordia.

—Lo entregas en esta dirección a toda hostia o me cago en mis muertos… Te juro… que…

—¡Francisco! —vocea Consuelo desde la puerta del cuarto de baño —. Hijo, obedece y llévate el puto paquete.

El chico coge el bulto tambaleándose y se detiene para encajarse los tapones de algodón. Obedece sin rechistar y sale dispuesto a olvidarse de todo, salvo del encargo. Anillos parece calmarse y enciende la televisión.

El paquete pesa menos que otros días. Camina con paso acelerado, casi corriendo, aunque ni siquiera nota el frío. El aire gélido le golpea el rostro, lo refresca, y por un instante, siente que puede respirar con más libertad. Parpadea para liberar agua que ha estado reteniendo en los párpados y estira el papel arrugado que lleva en la mano. Tiene manchas de sangre seca, pero se lee bien. Levanta la mirada: sí, está cerca.

Llega a la dirección indicada y ve que la puerta está abierta de par en par. El chico entra y lo recibe un viejo que le apunta a la cabeza con un revólver. Su cara no es nada agraciada y la ropa le recuerda a la de sus tíos.

El viejo desactiva el martillo del arma y la baja.

—¡Joder, hijo! Qué susto me has dado. —El viejo lo mira intrigado —. ¿Qué haces aquí?

—El paquete. Me envía Anillos.

El salón está lleno de gente bailando, pero Francisco no tiene la menor curiosidad por ver qué hay ahí.

—Este hombre no respeta nada, hay que joderse. Espera que te dé lo tuyo. —El viejo se aleja unos pasos y el chico lo ve abrir la puerta de una habitación. Regresa con un sobre en la mano y se lo extiende sin decir palabra.

El chico, muy concentrado, cuenta los billetes de uno en uno. No conforme con el resultado, repite la cuenta. Se queda mirando al viejo que no lo pierde de vista.

—Falta —dice utilizando un tono discreto.

—No. Te equivocas. —El viejo cambia la expresión.

—No, señor. No me equivoco. Mi padrastro me anota en el papel de la dirección el importe que debo recibir y aquí falta. —El anciano se echa para atrás—. Si quiere, me voy con este dinero y le doy el sobre así a mi padrastro.

—No, muchacho. Espera. Habré contado mal.

El viejo regresa con el dinero. Francisco lo mete dentro del sobre.

—¡Chico! Chitón. Esto, entre tú y yo.

—Claro. No se preocupe, señor.

Marcha sin despedirse. Se saca las bolitas de algodón de la nariz y echa a correr todo lo rápido que le permiten sus piernas. Aprieta el sobre en la mano como si le fuera la vida en ello. Sigue sin notar el frío y, ahora que conoce el camino, hasta le parece más corto.

Entra en casa y casi choca con el padre Anselmo. Francisco se aferra a él sin pensarlo, y el cura lo envuelve en un abrazo cálido que le cura las penas. Cierra los ojos, apoya la frente en su hombro y respira ese olor que no ha olvidado y que reconoce al instante.

El padre Anselmo siente el latido acelerado del chico. Le acaricia la espalda como si quisiera protegerlo del mal del mundo. Ninguno dice nada hasta que Francisco…

—¡Padre…! —exclama emocionado.

—Vengo a buscarte, hijo. Marisa te espera con la comida en la mesa. Está desesperada por saber de ti, como todos. ¿Qué ha

pasado?

Consuelo parpadea varias veces y se retira una gota que le resbala por la mejilla. Se enciende un cigarrillo y se acomoda en una silla. Aparta la vista unos segundos. Por fin, el cura y el chico se alejan para hablar en privado.

—Tu madre está de acuerdo. —El padre Anselmo se gira y Consuelo puede ver la cara redonda, la barba espesa. Ella asiente para refrendar las palabras del cura—. Vámonos.

—No puedo —dice entre sollozos.

—¿Por qué? Dime qué ha ocurrido, hijo. Jorge… tampoco dice nada.

Francisco niega con la cabeza. Adopta una postura más firme y segura. Echa un vistazo a la cara pálida de su madre.

—Nada. Se lo juro. Solo quería… verla —dice mirando a su madre —. Verla un rato.

Anselmo fija la mirada en Consuelo, que disimula dando una chupada al cigarrillo. Se levanta y se dirige hasta un cajón del mueble de madera que está lleno de telas de colores chillones marcadas con un patrón para ser cortadas. Saca del segundo cajón unas tijeras de costura, un dedal y varias revistas de moda. El cura toma del brazo a Francisco y lo conduce hasta la cocina.

—Quiero ayudarte, pero si no me cuentas la verdad es imposible. —Francisco aprieta los puños y se muerde los labios resistiéndose—. Sabes que puedes volver a casa cuando quieras, que las puertas están abiertas. —El sacerdote hace una mueca de decepción—. Si quisieras, podrías ayudarme.

Anselmo echa una ojeada rápida al desorden de su alrededor. Le habla lo más cerca que puede al oído.

—Vamos, hijo. Tu verdadero hogar está con Marisa, con Pedro, con Jorge y conmigo. Ella —hace un gesto con la cabeza que apunta a la sala— también lo sabe.

Pero Francisco ni responde ni respira. El padre Anselmo mira al suelo. Reflexiona unos segundos y luego saca del bolsillo interior de la sotana una pequeña biblia. Se la entrega a Francisco, que la coge con las dos manos.

—No dejes de leer. Que Dios te guarde, hijo. —Anselmo lo santigua, lo besa en la frente y se marcha.

ARCO, MAYO 1991

Felipe González Márquez pasea por el despacho de la Moncloa. Sostiene un periódico que parece abrasarle las manos. Es *El País* del veintisiete de mayo de 1991, con un titular sencillo: «El PSOE pierde Madrid, Sevilla y Valencia, y deberá pactar con IU en otras grandes ciudades». Más abajo, hay un cuadro que revela el resultado de las elecciones municipales: el PSOE sigue siendo el partido más votado en términos generales.

—¡Mierda! —protesta.

Enrolla el periódico y lo tira a su derecha con tan mala suerte que, en ese instante, se cuela por la puerta la señora de la limpieza. El tarugo de papel impacta sobre su rostro.

—¡Dios! —exclama llevándose las manos a la cabeza.

Felipe se lanza como un socorrista al agua.

—¡Oh, lo siento! Lo siento muchísimo. ¡Discúlpeme! ¿Por qué no ha llamado a la puerta, Catalina?

—¿Qué hace aquí? El despacho debería estar vacío…

Felipe agarra a la señora que todavía amaga con perder el equilibrio.

—Ya me tengo, señor. Cojo el cepillo y me voy.

Felipe ve alejarse a Catalina y arquea la ceja derecha: «El día será complicado», piensa el político. Se vuelve a la mesa más tranquilo, selecciona otro periódico, el ABC, que anuncia lo siguiente: «El PP arrolló en Madrid». En la foto de portada se ve cómo Alberto Ruiz-Gallardón abraza por el hombro a José María Álvarez del Manzano. Suena el teléfono.

—No pasa nada. Sí, estoy aquí.

Es Narcís Serra, su nuevo vicepresidente. Las cosas han cambiado por el caso Guerra.

—¿Son americanos? Mándame a la chica, quiero hablar con ella.

Felipe cuelga el teléfono y espera. Se enciende un habano.

La puerta se abre. El sonido de los pasos de los tacones se asemeja a una melodía rítmica que llena el aire con una cadencia regular. La mujer viste una camisa escotada de seda blanca ajustada en la cintura. Se deja caer en el sillón de las visitas, cerca de Felipe.

—¿Qué necesitas?

El presidente repara en el cabello de ella, rubio platino largo, y en el carísimo maquillaje. Más que su mano derecha en la sombra, parece una rutilante estrella de Hollywood.

—Una cosa es que tengan todas las facilidades del mundo, que entren y salgan cuando quieran, que monten sus operaciones sin pedir demasiadas explicaciones. Pero hay un límite. —Felipe aspira el humo y lo suelta de golpe—. No quiero levantar sospechas. Quiero saber lo que están tramando los americanos en ese local del distrito de Villa de Vallecas.

—Entendido.

—Está bien que jueguen, pero vamos a poner las cartas sobre la mesa.

—Mi recomendación es que hagas una llamada a Juan Carlos.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Si Su Majestad sabe algo y no nos lo ha dicho, convendría que lo supiéramos cuanto antes. Si no sabe nada, debería saberlo.

—¿Es otra corazonada tuya? ¡Ah! No me gusta tener que preguntarle —reconoce. Se acerca a la ventana y da una buena chupada al puro.

—Parece que hoy no es tu día. No soy tu enemigo. —Arco se levanta.

—No eres tú. Me sale la corrupción hasta por las orejas. Hoy me pregunto: ¿en quién puedo confiar? No hago nada más que tapar agujeros de otros. El último, el de Guerra. Hay que tener cuidado con

lo que se hace y con lo que se dice. La gente empieza a estar cansada de la misma cantinela, un día sí y otro también. Mira los resultados de las elecciones. Es lamentable. Además, el rey no tiene que saber lo que hace o deshace el gobierno.

—Tal como yo lo veo, cualquier información es importante. Puede dar con la tecla o, sencillamente, no pasar nada, pero de vez en cuando hay que mostrar lazos de unión, de confianza. Y con respecto a la corrupción, y pese a ella, te garantizo que ganarás las siguientes elecciones.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Hemos perdido bastante poder.

—Dios está de nuestra parte, me lo ha susurrado. —Arco suelta una fingida carcajada—. Perdona, no te enfades. He hecho los deberes. Mi equipo y yo estamos trabajando duro. Tienes a los mejores. Voy a seguir indagando sobre lo que me has pedido y te mantendré informado. —Arco hace un pequeño gesto de reconocimiento y se despide de Felipe.

—¡Arco! —La chica se da media vuelta al oír su nombre—. Gracias. Siempre sabes adelantarte a los acontecimientos. Será Dios o será el diablo, pero es como si supieras lo que va a ocurrir de antemano.

—Para eso me pagas un buen sueldo. Descansa —dice sin dejar de mirar la cara algo más relajada del presidente. Abre la puerta y sale.

FRANCISCO, MAYO 1991

El padre Francisco se despierta envuelto en sudor, la respiración entrecortada. Se mira las manos: las tiene en su sitio. «Un mal sueño, nada más», piensa. Da vueltas y más vueltas entre las sábanas. Sale de ellas y se arrodilla frente al crucifico del cabecero. Junta las palmas temblorosas en oración.

—Padre..., escúchame, te lo suplico. «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas», tales son las palabras de Mateo 6:14-15. Perdóname, padre celestial, porque he pecado.

Llora de rodillas, sin moverse. Luego se incorpora despacio. La bombilla tiembla y deja al descubierto una Biblia pequeña y gastada. Respira hondo. Mira las manecillas del reloj despertador de la mesilla, que apuntan a las cuatro de la mañana.

Se acerca al cuarto de baño, abre el grifo del lavabo y mete la cabeza. Coge la toalla que está colgada a la derecha, se la pasa por el pelo y se restriega el cuerpo, poniendo especial cuidado en las cicatrices de la espalda; aunque no le duelen, la piel está más sensible en esa zona.

Regresa a la habitación. Las sábanas están húmedas; las quita y se deshace del pantalón mojado. Lleva la ropa a la lavadora, una máquina que nunca pensó que agradecería tener, hasta que una feligresa, Virtudes Soria, le obligó a quedársela. Estaba agradecida por el trato recibido en los momentos más difíciles de su enfermedad, y porque, en el fondo, le recordaba a su hijo pequeño al que apenas veía.

Camina con paso decidido por las frías baldosas de terrazo, hasta la cocina abierta al pequeño salón, con dos armarios colgantes de madera y una encimera de formica que acusa ya el tiempo de uso en algunas zonas. Introduce la ropa dentro, cierra el tambor y regresa a la habitación. En el segundo cajón de la cómoda guarda ropa limpia, pero no lo recuerda. Sin pensarlo, coge unas sábanas que descansan

en la parte inferior del mueble. El ruido estridente del acero sobre el suelo lo sobresalta; la hoja larga y pesada del machete africano queda temblando a sus pies. Coge el objeto con desgana, lo gira apenas entre los dedos y lo deja caer en el cajón, cerrándolo de un golpe seco.

Hace la cama y estira a conciencia las sábanas limpias. Se pone los pantalones del pijama con olor a suavizante de flores. Recoloca la Biblia junto a la lámpara y apaga la luz.

Los rayos del sol se filtran ya por los cristales de la ventana. El padre Francisco abre los ojos con esfuerzo. Se coloca en el borde de la cama. Une las manos en oración.

—Que los hombres se entiendan, que reine la paz en este mundo —dice persignándose. Confía en que su ruego lo atienda el Altísimo y permita que su encuentro con el amigo de infancia llegue a buen puerto. La inquietud de la noche no le ha concedido descanso alguno. No las tiene todas consigo.

El agua gélida de la ducha le enciende la piel. Se seca despacio y, por zonas, se frota con energía. Después, frente al espejo, se pasa la navaja por los pocos pelos de la barba con un gesto meticuloso. Se pone los calzoncillos y se dirige a la cocina.

Prepara la cafetera, y luego se dirige a la biblia que está en un atril junto a la ventana, engalanada con una fina cortina blanca, a la derecha del sofá descolorido y la mesa de madera con cuatro sillas. Enciende una pequeña luz y abre el texto por la marca y, como si estuviera ensayando para cantar, repite con los ojos cerrados:

—*Sermón del llano: dichosos y desdichados. Dirigiendo la mirada a los discípulos, les decía: dichosos los pobres, porque el reinado de Dios les pertenece. Dichosos los que ahora pasan hambre…* Aquí hay un error —dice mientras hace un gesto de desaprobación. Abre los ojos y observa detenidamente el pasaje, recoloca el atril como si tuviera la culpa—. *Dichosos los que pasáis hambre.* Otra vez, desde el principio —se dice, justo cuando el sonido de la cafetera lo alerta de que el café está listo.

Vierte primero el líquido negro en una taza grande, a continuación, la leche caliente y, por último, un poco azúcar. Se lo bebe de un trago. De nuevo en el atril, no deja de repetir el texto hasta lograr decirlo correctamente.

Barre con movimientos cortos y, al terminar, llena un cubo y sumerge la fregona. El palo sube y baja al compás que el sacerdote le imprime. El suelo queda húmedo y él se retira a su habitación.

Abre las puertas del armario, luego desliza el tercer cajón con cuidado. Agarra el pañuelo blanco y sus dedos se detienen un instante sobre la tela. Al desplegarlo, la foto de Anaís a los dieciséis aparece doblada en una esquina. La yema del dedo pasa por la imagen, apenas un roce, y baja la cabeza cuando el brillo de sus ojos amenaza con desbordarse. Respira emitiendo un sonoro suspiro y pliega el pañuelo con cuidado.

Hay una pequeña caja de madera con un paquete de cartas atadas por una goma. Deja el manojo a un lado para centrarse en una cuartilla, en lo que hay subrayado: «No volverá a recibir noticias de la niña. Estoy haciendo todo lo que se me ocurre. Bien sabe Dios que le agradezco lo que hizo usted. Isabel». Vuelve a dejar la cuartilla en el mismo sitio. Se toca el mentón y dice para sus adentros «ya es hora de despertar a los difuntos».

En la mesilla continúa estando la Biblia envejecida, y recuerda las palabras del padre Anselmo: «No dejes de leer». Se enfunda la sotana, coge un bolsito negro que saca del cajón superior de la cómoda y se lo coloca a modo de bandolera. Suena la alarma de su Casio. Está preparado.



Dentro del autobús, el conductor chasquea los labios. «¡Cada día estas más gordo!» es la frase que le ha dicho su mujer antes de salir a trabajar. Observa el cuerpo embutido en el polo a la altura de la cintura. El hombre se pone a cantar espontáneamente *I can´t get no satisfaction*, de los Rolling Stone.

Un tipo que se sujeta a la barra superior sigue el ritmo con la cabeza. El conductor canta con bastante entonación «'cause I try and I try and I try and I try». El tipo situado tras él masculla «¡Este está *zumbao*! Con razón coge las curvas como las coge que voy a echar el desayuno sobre esta pobre».

El conductor echa un vistazo al retrovisor derecho. Se asegura de que ningún vehículo circule en ese momento y pisa el acelerador como si le corriera prisa llegar cuanto antes a cierto destino específico. El autobús da un bote y sale disparado. Los viajeros sienten las tripas en la garganta. Alguno clava la mirada en el conductor, dispuesto a tener algo más que palabras. «¡Gilipollas!», se oye decir. Francisco aprieta el botón rojo de la barra. El autobús se detiene al llegar a la marquesina y abre sus puertas. La imagen habla por sí sola: la multitud aglomerada parece posar para un escultor siniestro, las caras largas, como si alguien fuera a pedirles cuentas de algo que más les vale callar.

El padre Francisco se apea ajeno a las quejas invisibles. Baja despacio. Sus ojos van de un punto a otro, sin encontrar dónde quedarse. «¡Hay que ver cómo ha cambiado el barrio!», piensa. En el banco de la parada esperan una anciana y su nieta, que tiene las piernas cruzadas y se lima las uñas. Las mira y, de refilón, la joven sigue al padre. «¡Es alto! y tiene atractivo», musita. Su abuela también presta atención al cura. Agacha la cabeza. A su edad, los pecados son más pesados; es mejor ocultarlos y aguantarse la penitencia que manda el Señor.

Los faldones de la sotana parecen bailar con la bocanada tórrida que desprende el autobús al reanudar la marcha. El acelerón deja en el ambiente un intenso tufo, insoportable, a gasoil quemado. La anciana y su nieta están acostumbradas. El padre aguarda a que el vehículo se aleje y se queda plantado en la calle hasta que el punto rojo desaparece en el horizonte.

Marcha con paso firme, aunque sabe que su destino no queda lejos. Cuando callejea por ese paisaje urbano de edificios recién construidos, se siente un turista perdido. Son los inmuebles más humildes los que le trasladan junto a su madre y el reguero de novios extraños que pasaron por la vida de ella, como el padrastro que

usaba un buen número de joyas para apuntalar territorio y para que sus víctimas eligieran si preferían acatar las órdenes que les daba o catar hierro primero y emplearse después. También se acuerda del otro, del que lo enseñó a rezar aquel día en que saboreaba los mejores mejillones del mundo.

Llega a un puesto de churros y porras. Se detiene. El vendedor esboza una media sonrisa intentando ser amable. No le gustan demasiado los curas porque le recuerdan a su época de monaguillo, pero tampoco al cura le gustan los churretes que ve en su mandil y se aguanta. A su espalda hay varios tamaños de tazas de chocolate. Lucen con la misma coquetería que los maniquíes de los escaparates, como si pudieran compararse con ellos. El cura elige el más pequeño, además de una gran masa de harina recién hecha. El tacto es duro y se disimula con la miga blanda del interior, que se desbarata al primer mordisco.

—*Bueno día,* padre —dice una gitana joven que se come las eses y no desperdicia la ocasión para saludar al cura y sacar algo—. Le traigo romerito, le leo la mano y lo que haga falta por el Señor.

La mujer conserva aires de una belleza india en su piel oscura que contrastan con sus ojos verdes. La dureza de la vida le ha dejado un cuerpo voluptuoso a muy temprana edad. Un niño de dos años que apenas se sostiene caminando se agarra a la pierna de la mujer, como si buscara perderse entre las telas baratas.

—Buenos días, hija. No creo en la quiromancia, pero estoy convencido de que no os caerá mal desayunar conmigo.

—Ay, padre, que *vocecica tie usté* —dice dibujando una sonrisa que deja entrever unos cuantos vacíos donde debió haber dientes—. No sé *ques* la *quirmincia* esa, pero no le puedo negar *na*. *Paece usté* un ángel *bajao* del cielo —dice cogiendo en brazos al pequeño—. Yo quiero la taza grande y el niño la pequeña, y si me da la docena *pa* la familia, se lo agradecía en el alma —dice sin complejos ante la estupefacta mirada del vendedor, que conoce perfectamente la caradura de la gitana.

—Te has *pasao*, Carlita. Deja en paz al cura.

—No se preocupe usted —Francisco se dirige a él—. Póngame una docena para llevar y el desayuno para tomar aquí que hemos pedido.

El vendedor obedece sin rechistar y coloca la comanda en cucuruchos de papel. Le entrega a Carlita una bolsa que coge rápidamente y se toma el desayuno sin respirar, satisfecha de la buena suerte que le ha deparado la mañana. Mira al niño que tiene la cara manchada de grasa. Lleva poca ropa, su pañal está empapado y los mocos colgantes van a parar a un chupete azul ceniza.

—¿*Ande* va? —pregunta la gitana con tono servil.

—A la comisaría.

—Déjeme que le lleve —le pide ella. El padre acepta asintiendo.

—Está bien, ¿cuánto le debo? —le pregunta al tendero, que evita meterse en problemas. Se siente menos molesto con la Iglesia tras el encuentro con ese cura.

—Le regalo el chocolate, padre.

Carlita y su niño acompañan a Francisco hasta la entrada de la comisaría. Después de despedirse con todo tipo de elogios, marchan por una calle lateral que da a unas casas bajitas, descuidadas, muy juntas, donde el asfalto no existe.



La comisaría de Villa de Vallecas, con su forma cuadrada y su aspecto institucional, se desmarca del resto de edificios. Los vehículos Citroën BX 19 TZS del año 1991 están aparcados en las inmediaciones. En la puerta de acceso, un agente de policía sostiene una escopeta Franchi SPS 350. Da paseos cortos de un lado para otro de la acera y vigila que no entre nadie sin su permiso.

El padre Francisco va a pasar por la puerta sin percatarse de la atenta mirada del policía que lo detiene en seco.

—Buenos días, ¿a dónde se dirige? —pregunta haciendo uso de su autoridad.

—Tengo cita con el inspector Granados —responde.

—Espere aquí —ordena.

El agente desaparece. Deja al padre en compañía de otras personas que esperan su turno. Coge el teléfono y marca una extensión.

—Un cura. Dice que ha quedado con usted.

—…

—Eso dice.

—…

—De acuerdo. —Oye decir Francisco.

Regresa con parsimonia, con la cabeza llena de advertencias de no molestar con nimiedades; que están hasta arriba de trabajo, que hay que enfocarse, que vaya al grano. Ni amigos ni amigas. Por otra parte, ¿qué culpa tiene él de que hayan quedado? El jefe sabrá lo que se hace. Además, es un cura; no se lo habrá inventado.

—El inspector está en el despacho de la segunda planta. —El policía de la puerta lo autoriza a continuar con un gesto de la mano.

El padre se levanta los faldones de la sotana y sube las escaleras. Llega hasta un rellano viciado por el humo a tabaco y entra por una pequeña puerta de aluminio. Sigue subiendo escaleras. Se cruza con dos agentes que bajan presurosos. Uno de ellos da un escueto comunicado: «Este indicativo se hace cargo». «Recibido», oye que responde alguien al otro lado del receptor. El cura prosigue como si en lugar de una segunda planta estuviera subiendo al mismísimo cielo.

El silencio lo atrapa en ese nuevo rellano. Ya sabe adónde va. Tiene que pasar la pequeña salita de sillones negros y varias plantas decorativas de plástico. En la tercera puerta, el padre Francisco reconoce el semblante de su amigo. Está recostado sobre una silla desgastada, rodeado de una inmensidad de papeles.

El cura entra casi sin llamar y pilla al inspector desprevenido.

—¡Francisco!, no te esperaba… Cuando me han avisado que era un cura… No sé dónde tengo la cabeza. —Se dan un emotivo abrazo —. ¡Ven!, siéntate.

—Quedamos hoy, ¿no lo recuerdas? —dice Francisco tomando asiento en la silla que hay frente al inspector, al otro lado de la mesa.

—Lo olvidé. Perdona. Estoy hasta arriba. Cuéntame, ¿cómo estás?

—Bien, muy bien. Coque, tienes que ayudarme con el asunto que te comenté por teléfono.

—Antes de empezar con lo que sea que tengas que decirme, ¿se puede saber por qué no has ido a ver a mi madre? No lo entiendo. Te quiere casi más que a mí. Y la llamas tarde mal y nunca para hablar de tonterías o del tiempo. Te echa de menos y me tiene frito a preguntas con que si te veo o no. ¿Qué pasa, Francisco? —El cura agacha la cabeza y no responde—. Otra callada por respuesta. Vale, hermano. Dime lo que sea.

El cura se mueve inquieto en el asiento.

—Vengo a hablar sobre el asesinato de María.

—¡Oh, eso! Lo siento… No puedo. Mira esto —dice señalando el montón de expedientes—. Cosas que han pasado de verdad, contantes y sonantes —añade acompañándose de pequeños golpes en la mesa—. Nada de intuiciones de aprendiz de pitonisa. Eso hace mil años que pasó.

—Sabes que no son intuiciones. Y no son mil años. Son solo doce.

—Doce años… es una barbaridad. Dame pruebas. Un hecho concreto, tangible.

—Estuve hablando con las compañeras de trabajo de la mujer, antes de partir para África y…

—La que se suicidó.

—No se suicidó. María era madre de dos hijos y estaba llena de vida. Te lo puede decir cualquiera que la conociera. Al suicida se lo ve venir. De un modo u otro se lo ve venir. Alguien la quitó de en medio.

Vengo a verte desde mi casa y no es una chiquillada, por Dios. Ahora es el momento.

—No me convences. De todos modos, ¿qué quieres? —El inspector se ladea con el dedo parte del flequillo, un movimiento estudiado desde hace mucho tiempo para evitar exhibir su lunar.

—Necesito ver el expediente.

—¿Qué expediente? ¿Te refieres al atestado? —El inspector se detiene y bufa—. Claro. Espera un momento, que lo tengo en el armario. —Se lleva la mano a la frente—. No, hombre, no. Eso no lo hicimos nosotros, lo llevó la Guardia Civil.

—Me lo conseguirás —asevera el cura con tono firme.

—No insistas. Además, tengo que salir. Ya te he dicho que estoy hasta arriba.

Se levanta y se acerca a la taquilla.

—Te acompaño —dice el padre Francisco, que también se levanta. Si se los compara, puede verse que el inspector Granados sigue siendo más bajito que él.

—No.

—Claro que sí.

El inspector sabe que Francisco puede llegar a ser duro de mollera. Pide a su amigo que aguarde en la silla y regresa a su escritorio. Amontona bruscamente los papeles como si juntos fueran a dar menos guerra. La máquina de escribir está en el centro de la mesa con una cuartilla cumplimentada a medias.

—¿Qué quieres a cambio? —pregunta el cura. El policía no dice nada, pero ve que Francisco saca la chapa de Vicente del Bosque y la deja encima de la mesa. —Siento tener que abusar de tu confianza —dice muy serio.

—No doy crédito. Todavía la conservas… —El inspector toca la chapa que ha perdido algo de color—. De acuerdo. A ver cómo lo arreglo… Vamos.

Jorge sigue siendo el niño rebelde que era, solo que algo más estirado. Conserva los ojos de ave rapaz que parecen verlo todo desde las alturas. Su amplia camiseta disimula la Stark 28 pk de la cintura. Lleva vaqueros con algo de campana, «por los viejos tiempos», se dice.

El cura descuelga el teléfono y marca un número ante la estupefacta mirada de su amigo.

—¿Qué haces?

—Una llamada.

—No me digas… ¿A quién?

—Shss…



El teléfono suena en la casa de los Mendoza de Villansalma. Isabel llega rápido, le ha cogido el aire al timbre metálico y repetitivo, aunque está demasiado bajito para su gusto. Descuelga el auricular.

—Dígame.

Una llamada así es siempre bien recibida y la gobernanta no tarda en reaccionar.

—¿Padre Francisco?, ¿cómo está usted? —El cura no necesita grandes explicaciones para que se le conceda lo que necesita. Es un referente en la casa—. Claro, por supuesto. Ahora llamo a la niña.

Isabel deja el auricular sobre la mesita de cristal. Sube las escaleras de mármol blanco con cierta alegría, cada escalón tan pulido y brillante que hasta podría comerse en él. Un candelabro colgante cae majestuoso desde el techo. Se ayuda para subir de la barandilla de hierro forjado, con intrincados diseños florales y detalles dorados. Cruza el rellano y llega hasta la habitación de Angélica. Sigue asomada a la ventana escuchando Mecano en su *walkman*. Isabel se acerca con cautela. Le toca el antebrazo como si lo hiciera con una pluma. Se da la vuelta, la mira y sonríe.

—El padre Francisco te llama por teléfono.

Angélica se quita los cascos resignada. Se ha despertado con ojeras. Aunque está más cansada de lo habitual sigue el ritmo acelerado del ama de llaves hasta el salón, dejando atrás las dos estatuas de mármol apostadas al inicio de las escaleras. Coge el auricular con cierta desgana.

—¿Padre Francisco?

—¿Angélica? —El cura se queda quieto, con la mirada suspendida, antes de reaccionar—. Iré a veros un día de estos, pero te llamo para que me des el número de teléfono de tu hermano. ¿Estará en casa, con Rosa?

—Supongo…

—Voy a llamarlos. Estás bien, ¿no? Quiero decir… Los Mendoza te cuidan como debe ser. Yo estoy convencido, pero me gustaría que fueras tú quien lo dijera.

—Estoy bien, sí. ¿Es que Pablo ha hecho algo malo?

—¡Qué va! Lo que quiero es que no se sienta celoso y me reproche que solo te visito a ti… —dice riendo. Ella también ríe—. ¿Estás estudiando para la selectividad?

Angélica no contesta. La pregunta se convierte en una daga a punto de llegar a la diana. Se encoge de hombros y juega entre sus dedos nerviosos con el cable del auricular. Le parece sentir la mirada acusadora de Matilde y Alejandro.

—¿La selectividad? No lo sé —murmuró. Su voz se convierte en un hilo delgado y que apenas puede oírse. ¿Por qué tenía que ser ella el centro de atención del cura? No era la primera vez que se hacía esa pregunta.

Angélica mira hacia la ventana, buscando la calma en el cielo despejado con su mente llena de dudas. ¿Qué dirían sus hermanos? Se muerde el labio, intentando desviar la conversación, no obstante, el eco de la pregunta aún resuena en su cabeza.

—Tienes que posicionarte en la vida. Estudiar una carrera. Los Mendoza te ayudarán a encontrar un buen puesto de trabajo. Son gente con recursos y me consta que te quieren. Agradece a Dios que

estas personas se cruzaran en tu camino. Además, puedes contar conmigo para lo que quieras, ya lo sabes.

Angélica asiente con la cabeza, aunque el cura no puede verla.

Cuelga el auricular después de facilitar al padre Francisco lo que le ha solicitado.

Sale al jardín y se sienta en una silla. Se entrega al abrazo cálido del sol y cierra los ojos para sumergirse en la caricia de los rayos. Apenas han pasado unos minutos cuando la voz de Mariano —ese timbre inconfundible— la devuelve al presente.

El jardinero está decidido a remodelar el jardín y tiene los aparejos manga por hombro, los materiales amontonados al fondo, junto al invernadero. Se le va notando el paso de los años más que a otros de su misma edad y le cuesta llegar a su casa, a pocas manzanas de la de su señora. Lleva siempre una gorra para protegerse del sol desde que le salieron unas cuantas manchas oscuras; ni siquiera ha ido al médico y tampoco se lo ha dicho a su mujer. Cree que es cuestión de tiempo que desaparezcan y, por si no lo hicieran, tiene a mano otra explicación: el tiempo no perdona. Ve a Angélica, la niña rescatada, al fondo del jardín, sentada, tomando el sol. Sigue estando delgada, como si el hambre de la infancia le hubiera reducido el estómago para siempre.

Angélica coge una revista que hay sobre la mesa. Se ha detenido en la portada de un anuncio de pañales: una mujer sostiene a un bebe regordete de ojos azules. «Qué suerte tienen algunos», se dice. Ella no recuerda a su madre; ni siquiera conoce lo más básico: cuál era su comida preferida, sus juegos, qué ropa le gustaba ponerse. Siente que es una completa desconocida, incluso para sí misma. Cada vez que preguntaba a sus abuelos, tenía que conformarse con evasivas y la abuela Vicenta lloraba tanto que optó por dejar de hacerlo. El abuelo José tampoco hablaba de ello y su hermano ponía muecas de fastidio si alguna vez... Matilde dice que su madre era una buena vecina y eso la tranquiliza de alguna manera, a pesar de que el vacío que siente no se llena con nada. Se recoloca en la silla.

—¡Angélica! —Matilde la llama desde el salón. Ella dice «voy».

La mujer no pierde de vista a Mariano, que está concentrado en la tarea. No ha dejado de medir con el metro cada palmo de suelo. Se quita la gorra y se seca el sudor de la frente con la manga. En el rostro de Matilde asoman algunas arrugas cerca de la comisura de los labios, aunque no hay demasiados signos de vejez todavía y se mantiene esbelta; tampoco ha cambiado ese corte de pelo que tanto la favorece.

—Hay que dejar trabajar al que sabe… —dice ella. Y se gira hacia la niña—. ¡Ah, ya estás aquí! ¿Vamos a la casa de Vicenta después?

—Vale. ¿Qué ha pasado con los que querían ver la casa?

—De momento, nada. Tampoco querían alquilarla.

—No lo entiendo. Isabel dice que todas las casas se alquilan o se venden en el pueblo. Tenemos mala suerte hasta para eso. A los demás, les sale todo a la primera. ¿Por qué? —Hace un gesto de hastío y luego abre los ojos—. Hum, Matilde, me ha llamado el padre Francisco. Quiere ver a Pablo. No me ha dicho para qué, pero tampoco hacía falta. Sé que es por lo de mi madre. Es el único que me habla de ella. Una vez me dijo que él piensa que la mataron. ¿Tú también lo crees?

—No lo sé, reina. No hace daño a nadie y, si así fuera, tú saldrías beneficiada. Y tu hermano, claro.

—¿Beneficiada? Don Francisco debería dejar las cosas como están. Ella no va a volver. Es lo único que hay seguro. ¿Ha llamado mi padre?

—No, cariño. Ya sabes que se busca la vida como puede. Estará recogiendo cerezas o fresas, por la costa de levante. Quizá más lejos. Seguro que no tiene manera de poder comunicarse contigo. En cuanto sepa algo te lo diré, cielo.

Angélica agacha la cabeza.

—Es normal, digo yo. Qué mala suerte hemos tenido. Si no fuera por ti…

—Tranquila, cariño. Dame un abrazo.



—¡No me jodas! —El inspector lo mira con una mezcla de frustración y resignación. Ahí está el cura hablando por teléfono con la misma familiaridad que si estuviera en su casa. Él aprovecha para salir hasta otro despacho y poner al corriente a un compañero de la policía científica. Se ha dado cuenta de que la hoja de reseña del detenido hay que modificarla: el número de atestado está mal escrito al igual que la calificación del hecho delictivo. Se marcha con el ademán de quien se rinde ante la imposibilidad de cambiar lo que, a todas luces, parece inmutable. Vuelve a su despacho y encara a su amigo—. ¿Ya has acabado? —pregunta levantando cejas y brazos.

—Después de tu visita, vamos a la mía. —El cura da por hecho que lo harán así. Se guarda una pequeña libreta en el bolsito de bandolera.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—Ni hablar. Me tomas el pelo… No puedes entrar en mi despacho como si esto fuera la plaza del mercado y organizarme la vida. Tengo asuntos gordos que atender. ¿Cómo es que no te cabe en la cabeza?

—Este es otro asunto gordo que tienes. —Pocas veces le ha clavado los ojos como lo hace y Jorge se da cuenta de que su amigo va muy en serio. Ya no es el niño apocado y lleno de churretes que entró en su casa como si entrara en la gloria. El inspector baja la mirada. «Tal vez tenga razón», piensa el inspector. De una taquilla próxima, saca una riñonera negra y se la coloca en la cintura.

—¡Vámonos! —exclama mientras coge las llaves del cajón y las hace rebotar en la mano.

El inspector sale con su amigo y se acercan a la plaza de las Regiones, donde están los vehículos estacionados. El policía que le permitió la entrada al padre Francisco sigue en la puerta controlando el acceso.

—Ahí va el jefe… y ese tiene que ser el cura pesado —dice Eva, que se suelta la coleta por enésima vez. Está deseando que le crezca el pelo, a ver si ya domestica la melena.

—¿Sabes de qué lo conoce? —pregunta Dioni.

—Un tío del jefe, que también es cura, lo rescató de la calle; eso dicen. Parece ser que se han criado juntos, como si fueran hermanos. Como cuando un cachorro de perro se cría con un cachorro de gato: no tienen nada que ver, pero son de la misma camada. Algo así.

Dioni escucha a Eva. Los problemas familiares lo tienen absorto hasta tal punto que no se preocupa por lo que come o viste. Su compañera es nueva y no sabe que él era el que más brazo tenía de toda la comisaría, temido y respetado con razón. Desde que le sacudió a su binomio por acostarse con su mujer, las cosas han cambiado. No recuerda haber visto antes a ese cura.

—¿El cura Anselmo, el del barrio? —pregunta queriendo componer la idea—. Vale. Ya sé quién es.

—¿Y quién es?

—¿El cura pesado o Anselmo?

—Empieza por Anselmo y luego sigues por el pesado.

—Anselmo es el cura de toda la vida, uno de esos curas *pata negra*. Todo el rato venga a rescatar a niños y adolescentes de la calle. Como una manía, tú. Una cosa tremenda. También se mete con los drogadictos, como para darles una segunda oportunidad, ya sabes, dentro de ese papelón de salvar a todo el que pilla. Y el cura pesado… siempre fue un pobrecillo. La madre es una tal Consuelo. Un mal bicho.

—Vamos, que tiene más recorrido que la Nacional I. Voy a decirle al jefe que empezamos nosotros la comparecencia.

Eva se adelanta para hablar con el inspector que está a punto de salir con su coche. Dioni espera a que regrese su compañera. Eva

saluda al cura que está al lado del jefe y sostiene una breve conversación con su superior.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta el policía, que no parece inmutarse.

—Qué le parece bien y que luego hablará con nosotros. Me ha preguntado que cuándo te vas a coger el permiso de Semana Santa.

—¡Yo qué sé!

—Vas a perder los días, estamos a finales de mayo.

—Prefiero trabajar. ¿No se había cogido el día él también?, ¿qué hace aquí?

—No puede estarse quieto. Se parece a ti, ¿no crees? En mi humilde opinión: necesitáis unas largas vacaciones. Los dos. —Tras decir esto, Eva se aleja hasta la entrada de la comisaría.



El inspector conduce por la calle de la Mancha hasta llegar a la avenida de Entrevías. El padre Francisco lo acompaña en el asiento del copiloto. Mira por la ventanilla: no es un barrio perfecto, pero ¿qué barrio lo es? Ve buen ambiente, mamás con las criaturas de paseo, vecinos charlando en las aceras, una pareja de enamorados que caminan despacio agarrados de la mano. Solo las casas humildes delatan que se trata de un barrio obrero, aunque se dice que en los barrios caros no hay tanta cara feliz. La ropa limpia cruza de ventana a ventana las fachadas de ladrillo visto. Se recoloca el bolso negro de bandolera. Jorge detiene el vehículo en el semáforo.

—Esa chica tan jovencita ¿es policía? —pregunta el padre Francisco.

—¿Eva? Sí. Acaba de jurar el cargo. Es del norte. Valiente y trabajadora.

—¿Y el otro? ¿Cómo se llama?

—Dionisio. Ahora está pasando por un mal momento familiar. Se está divorciando de su mujer.

—¿Sabes algo de Carolina?

—No. ¿Por qué?, ¿debería?

—Hombre, porque tú has discutido hace poco con ella y a lo mejor cabe la posibilidad de una reconciliación. El matrimonio es un sacramento y…

—Seguro que le va estupendamente. No he discutido. Me he divorciado, Francisco, es decir, he roto el sacramento sagrado. —El inspector aprieta los labios y lo mira de soslayo—. Desde el instituto que la aguanto. No he hablado y no me apetece sacar el tema. Estamos con Dionisio, estamos hablando de mi equipo. —El inspector carraspea—. Tengo dos más en el grupo: Juancho, el canario, lo más gracioso que hayas visto, tiene unas salidas…—se ríe al recordar algo—. Y Martín. Este es más rarillo, grande, un poco tozudo a veces. Buenos chicos.

El cura guarda silencio. Se fija en un Seat Ibiza de color bermellón desgastado que está justo a su derecha. Cuando el semáforo cambia a rojo, el vehículo se detiene a escasos metros de donde están ellos. «Hay demasiados coches», piensa.

—¿Cómo está el barrio?

El inspector lo mira con tristeza, responde que se hace lo que se puede para limpiar las calles de cabrones, y, sobre todo, en su caso, limpiarlas también de droga. El padre Francisco abre la boca sin llegar a decir nada. Vuelven a avanzar.

El barrio se había convertido en un lugar que nunca descansaba del todo, pero donde el bullicio tenía una nota de incomodidad, como si cada ruido pudiera ser el presagio de algo más. No obstante, había vida: niños jugando con un balón gastado en un rincón, risas apagadas que escapaban de las ventanas y el ocasional grito de una

madre llamando a cenar. El barrio luchaba por encontrar algo de normalidad entre las sombras de una realidad triste.

—¿Has visto a Consuelo? —pregunta Jorge, que saca un clínex de la guantera y se suena la nariz.

—No. ¿Por qué?

—Vive con un tipo y los tres chavales de él en la calle Pedro Laborde. Hace tiempo que no pasa por ninguna comisaría. Ahora está muy tranquila. Hacemos esto y luego, si quieres…

—¡Olvídalo! —exclama el padre.

Le sube calor a la cara de golpe y siente presión en el pecho. Suspira en silencio. A renglón seguido, la culpa asoma y pide al Santísimo que lo perdone por tener sentimientos así; después de todo, se trata de la mujer que le dio la vida. Se persigna.

—Como quieras. —El inspector acelera la marcha.

Continúan avanzando, pero han de hacerlo despacio. Con independencia de la hora que sea, en Madrid, los vehículos circulan como un río de lava que no se detuviera jamás. Se rumorea que en pocos meses se inaugurará la autovía M-40, lo cual será un gran alivio. Vuelven a detenerse. El conductor de la derecha baja las ventanillas de su auto, enciende un cigarrillo y se pone a seguir con los dedos sobre el volante el ritmo de *Pretty Woman* de Roy Orbison. Apenas están unos instantes parados y, enseguida, toman la salida hacia la calle Palomeras.

Aparcan cerca de un edificio nuevo de dos plantas. La puerta de entrada está suelta de alguno de las bisagras y no cierra en condiciones. Una mujer mayor aprovecha que el inspector y el cura entran para ella salir. Suben las escaleras hasta el primer piso. La puerta de la letra C, está abierta.

—¡Daniel! —grita el inspector antes de entrar.

Hay un hombre en cueros frente al televisor que vocea un partido de fútbol. Ni siquiera los ha oído entrar. Los restos de un sándwich de jamón con queso salpican el suelo y hay varias latas de cerveza sobre una mesa de centro que no ha visto un trapo desde hace meses y en la que destacan tres ceniceros a rebosar.

—¡Mierda!

Un gol fallido. Solo cuando tiene delante a los dos visitantes cae en la cuenta de que hay alguien más con él.

—¡Hostia, Jorge! —dice mientras busca sus pantalones entre una maraña de ropa amontonada en el sillón—. ¿Me traes al Pimpinela del Vaticano? —pregunta con buen cachondeo.

—Te has dejado la puerta abierta. Debes tener más cuidado —le dice el inspector mientras mira el desorden del salón con estoicismo.

—¿Cómo? —pregunta Daniel llevándose la mano a la oreja, como si no le hubiera oído.

—¡Que te has dejado la puerta abierta, joder…!

—No estoy sordo, gilipollas. Sabía que vendrías a verme. —Daniel se ríe a carcajadas.

—¿Y cómo es que lo sabías?, listo, que eres un listo. —Jorge no ha dejado de explorar el caótico piso.

—Es miércoles, siempre vienes los miércoles. ¿Quién es el cura? —pregunta terminando de vestirse. Aparta de un manotazo la ropa que hay en dos sillas.

—Sentaos.

—¿Cómo estás? —pregunta el policía, como si eso fuera lo más importante de la visita.

—Bien. Me faltan partes del cuerpo y estoy jubilado. Por lo demás, normal, como cualquiera. —Daniel coge una cajetilla de tabaco negro

y se enciende un cigarrillo—. ¡Ah! Y lleno de dolores. Me duele a…

—Déjate de hostias —le corta el inspector.

—¿Por qué no contestas? —replica el hombre—. ¿Quién es este? —insiste señalando al cura con el cigarrillo.

—Responderé yo mismo —dice Francisco.

—Ahora lo contará todo otra vez. ¿Por qué preguntas? —insiste el inspector a Daniel, que hace un gesto de desconocimiento.

—Vienes a verme y traes a un cura. Lo primero que he pensado es que me ves mal de cojones. Para qué están los curas, ¿eh?: para sermonear y escuchar en confesión y para ponerte una puñetera cruz cuando ya no tienes remedio. No necesito ninguna de las tres cosas, que aún estoy para dar guerra. —Y haciéndole un gesto a Francisco, dice—: Dale.

—Me llamo Francisco. El inspector me ayuda a investigar el asesinato de una mujer llamada María.

—Que se quitó la vida, Francisco —apostilla Jorge.

—Eso dicen los documentos…

—Ya estamos otra vez.

—Hace doce años, estuve en un pueblo de aquí, de no más de mil habitantes. Me habían enviado a reforzar la parroquia porque era verano y llegaban los forasteros, o sea, más celebraciones litúrgicas, confesiones, charlas de formación…. Un día me encontré a una niña con trazas de gitanilla; trazas digo, porque no era gitana… Omitiré detalles. El caso es que entré en la casa, por llamarla de algún modo, y me encontré una mujer que parecía muerta, con una jeringuilla en la mano y una goma oprimiéndole el brazo. No podía dejar a la criatura en esas condiciones, es fácil de entender. Según me dijo, su abuela vivía cerca y la acompañé, pero no había nadie en la casa. Supe por las vecinas que los abuelos se habían marchado a Madrid

por cuestiones médicas. No encontré demasiadas opciones. La niña tenía hambre, así que me la llevé a la parroquia.

—¿Para qué? Se la podías haber dejado a la vecina hasta que vinieran los abuelos. —A Daniel, a pesar de las cervezas, se le ve lúcido y sigue atento a las explicaciones del de la sotana.

—Tenía que darle de comer, era primordial, y, después, asegurarme de que algún familiar viniera por ella. —Francisco mira de soslayo a su amigo, que responde con un asentimiento de la cabeza.

Daniel se levanta y se desplaza hasta el botón de la televisión para bajar el sonido. Regresa al sillón y cruza las piernas.

—No creo en Dios. Creo en las coincidencias, y fíjate que tampoco creo en ellas porque siempre hay una mano detrás que lo organiza todo. Soy la prueba evidente de ello. Ni Dios es tan bueno como se nos vende. Si te tocan buenas cartas, tienes suerte, y si te tocan malas, te dan por saco. Dios es un cachondo, hombre. —Daniel da otra chupada a su cigarrillo—. ¿Qué tiene que ver la niña con la muerta?

—Es la hija de la fallecida.

—La niña es la hija de la mujer que se quitó la vida —añade Jorge.

—¿No crees que se quitara la vida? ¿Por qué? ¿De qué la conocías?

—No la conocía de nada. La madre de la difunta estaba convencida de que su hija no se quitó la vida. María era una mujer trabajadora, de buen humor, y, sobre todo, quería a sus hijos. Angélica, la niña, tenía dos años cuando esto pasó.

—¿Y se puede saber por qué fuiste a ese pueblo? —interpela Daniel, que da caladas repetidas como si sufriera un tic nervioso.

—¿Otra vez? Había que reforzar la parroquia, ya te lo he dicho.

—No lo entiendo —dice Daniel que duda entre apagar el cigarro en uno de los ceniceros o en otro. Se decide por el que tiene restos de cerveza.

—Es lo más normal del mundo —responde el cura sorprendido.

—Han pasado doce años. Y ahora, de repente, quieres investigar un suicidio. ¿Tienes alguna conexión de antes con ese puto pueblo?

El inspector Granados asiste mudo al trueque de preguntas y respuestas. Ya ha tenido una conversación en términos parecidos con su amigo.

—No hay nada más —dice Francisco, molesto—. Pero como decía el filósofo, no hay nadie más desafortunado que el hombre a quien la adversidad olvida, porque no tiene oportunidad de ponerse a prueba. El pasado siempre vuelve. Se esconde un rato, lo justo, pero tarde o temprano… Y a mí me persigue desde entonces.

El inspector y el expolicía se han quedado boquiabiertos. Daniel mira al padre Francisco sin quitarle ojo. Toma un trago de la cerveza que tiene a su lado. Se levanta. Jorge se fija en la melena larga, seca y descuidada de su amigo. Ha perdido peso y tiene las mejillas hundidas. Y los pies negros.

—¿Queréis tomar algo? —pregunta.

Responden que no al unísono. Daniel eructa.

—Perdonad. Padre, ¿qué te une a ese pueblo? —pregunta señalándolo con el dedo índice de la mano derecha.

—Nada. ¿Por qué insistes?

Daniel se acerca a su colega. Sin tapujos, le hace levantase y se lo lleva fuera de la sala.

—Algo no encaja. Hay más de lo que tu amigo dice. ¡Espabila!, olvídate de quién es y míralo, ¿qué es lo que ves? —Daniel ha clavado la jeta en Jorge, que se ha echado para atrás.

—Es imposible que mienta o que oculte algo. Es un cura y no se le ha perdido nada con esto. Los curas se creen que Dios les dice qué tienen que hacer y qué no. —Se calla lo que su amigo le ha contado. Daniel no necesita saber tanto.

—No, no, no. Presta atención a tu amigo y dime, ¿qué ves?

El fondo se vuelve oscuro y el cura se convierte en un inquieto desconocido para el inspector. Lo dice la mano que no para de moverse y que ve desde el fondo del pasillo. Ve que el cura acaricia el brazo derecho del sillón. Luego, se lleva la mano a la altura del cuello y cruza los brazos. Se levanta y da unos pasos hasta la ventana.

—Solo veo a un tipo que viste sotana y que parece nervioso.



Suena el teléfono en casa de Pablo y Rosa. El ruido del tráfico de Madrid se cuela por la ventana abierta, y Gladis, en un torpe intento por cerrarla, debe abandonarlo para atender la llamada. La señora Rosa le tiene dicho que tome nota de quién llama y de su número, y ella no se despega de su libretita ni del lápiz que lleva prendido en el canutillo.

—Hola, madrina... —La sirvienta asiente con la cabeza a las indicaciones de Isabel—, sí, vendrá su hijo Diego a lo largo de la mañana. Se lo tengo que decir nada más colgar a los señores. —Sigue asintiendo con la cabeza—. Era moreno, grande. Sí, estoy bien con los señores, madrina. Gracias.

—Igualmente. Adiós, madrina.

Apenas cuelga la llamada, cuando el teléfono vuelve a sonar.

—¡Ah! Sí... La dirección es... ¿Tiene para apuntar? —Ella palpa su libretita toda orgullosa. No hay como saber hacer las cosas bien.

Gladis acaba de hablar con el padre Francisco, que mira por la puerta del despacho del inspector aguardando a que regrese. La joven sirvienta, aferrada a la idea de que Diego llegaría en algún momento de la mañana, ha creído que era él quien estaba al otro lado de la línea. Cuelga y se dirige a las habitaciones para abrir las ventanas. En el piso reina un silencio peculiar: los coches de la calle, lejanos, parecen hormigas en procesión. Gladis cambia las sábanas de la cama y rebusca en el armario unas limpias. Las usadas las ha dejado en el suelo, como si cierto desorden fuera parte del ritual.

—¡Ya estamos aquí, Gladis! —dice la señora de la casa.

Enseguida que puede, Gladis la intercepta en el pasillo y escupe que el señor Diego vendrá en breve.

Rosa asiente y se dirige al salón. Se sienta en el orejero, coge una revista de moda y pasa las páginas despacio. Pablo llega acto seguido y Gladis repite que Diego vendrá en breve. Pablo, extrañado, abre los ojos y solo dice «¡vaya!».

Llaman al timbre. Gladis camina con premura, «no vayan a decir que no me apuro». Mueve los brazos para ayudarse a dar mejor las zancadas y abre con un ligero sofoco la puerta a Diego; después de años trabajando en el campo, su corpulenta figura y sus aires sarracenos siguen siendo inconfundibles.

Gladis no reconoce al hombretón que tiene delante, pero está segura de que tiene que ser él. Lo recuerda con el pelo largo y la barba poblada, aunque ahora lo lleva corto; los ojos rasgados parecen estar más definidos y la mandíbula más destacada con la perilla. Le permite la entrada con naturalidad y lo acompaña hasta la cocina. Diego se sienta en el taburete, rechaza tomar nada y ella vuela a buscar al señor.

Desde el asiento, Diego se queda mirando hacia el salón y se detiene en la foto del concurso de tartas del año 1979.

Gladis no tarda en volver detrás de Pablo, como una niña pequeña que duda si ha hecho bien o mal. A pesar de sus dieciocho

años largos, sigue siendo una criatura. Pablo le da las gracias, se planta delante de Diego y lo abraza.

—¿Le pongo algo de beber al señor? —le pregunta Gladis a Diego antes de seguir con otras tareas y no deja de observar cada detalle con los ojos de un búho al acecho.

—Un vaso de agua es suficiente.

Gladis asiente, pero a ella no la engañan. Sabe bien que a los señores les gustan los licores fuertes. Abre la puerta del mueble alto y saca un vaso grande de cristal. Lo deja en la encimera para llenarlo con el agua de una botella de la nevera. Echa una mirada corta y se da cuenta de algo. «Ya estás con tus manías», se dice. Y niega con la cabeza. Regresa hasta la nevera, abre la puerta y guarda la botella. Susurra para sus adentros: «tienes que decirlo». Gladis da un taconazo en el suelo.

—Disculpe, señor. Tiene una mancha en la camisa azul —dice ladeando la cabeza.

Pablo se mira en el pecho. Ahí está, justo al lado del botón. Intenta quitarla con el dedo. Se sonroja. Solo de pensar que viene de donde viene, y que más de tres personas habrán reparado en ella, lo pone malo.

—Tienes razón. Espera, Diego, me cambio en un momento. ¡Gracias Gladis!

La sirvienta sonríe. Limpia con suavidad los restos de agua que ha dejado el vaso de Diego.

—¿Le pongo otro poquito?

—No, te lo agradezco.

Regresa a la tarea que había dejado. Diego se sacude una salpicadura de agua que ha caído sobre su polo vainilla, «menos mal que es agua», se dice, aunque, de forma automática, se revisa el pantalón negro de pinzas. Sonríe levantando el labio superior.

Rosa Mendoza aparece con los ojos abiertos. Es una miniatura de su madre Matilde, solo algo más rubia.

—¿Todo bien?

—Sí. Venimos en un rato —dice Diego. Confía en mí. Estoy seguro de que Pablo te lo contará todo a nuestro regreso.

A Rosa no le queda otra que asentir y soltar una falsa sonrisa que oculta su confusión. Pablo regresa con una camisa blanca impecable.

Diego y Pablo bajan por las escaleras hasta el portal del edificio. Salen a la calle y caminan hacia el coche de Diego.

—La empresa de Madrid va bien; por ahí, sin cuidado. Y los contratos en la costa están firmados. —Pablo se esfuerza por sonsacar información—. He leído esta mañana un artículo que hablaba de las hipotecas.

—Perdona, Pablo. Quiero decir que, respecto a las hipotecas, poco podemos hacer salvo conseguir la financiación para el siguiente proyecto. Eso ya lo habíamos acordado.

—Entonces… ¿Qué te ocurre?

Diego se para en su coche y se coloca a la altura de la puerta del conductor. Espera a que su amigo entre dentro; después lo hace él.

—Es sobre tu padre. Tienes que verlo con tus propios ojos.



El inspector Granados mete primera. Sin tráfico, no les llevará más de veinte minutos llegar desde la calle Palomeras. Deben cruzar el corazón de la capital y tomar de nuevo la Avenida de Entrevías.

—Gracias por venir, por echarme una mano —señala el cura.

—No me quedaba otra. Dime por qué te interesa tanto este asunto. Tiene que haber un porqué cojonudo.

El padre Francisco mira por la ventana. Se demora un rato en responder: algo que para él es obvio, puede que para el inspector no revista el menor interés. ¿Cómo hablarle a un negacionista recalcitrante de Dios y de lo que el Todopoderoso espera de su modesto siervo?

—No lo entenderías, Coque.

Jorge bufa. Su amigo debe pensar que ser cura lo dota de una moral superior o algo así, pero él, que es un tipo racionalista donde los haya, no puede evitar dejarse arrastrar por la lealtad, aun cuando sigue dudando si aceptar el caso: sabe bien que, de hacerlo, cruza una línea que no estaría dispuesto a traspasar. Y necesita razones de peso.

—Yo no suelo meterme en la casa de nadie a remover sus historias por más terroríficas que sean. Esto no funciona así. Dime algo si quieres que siga adelante o nos damos media vuelta.

El padre Francisco se aclara la garganta. Piensa que el privilegio de los creyentes es aceptar los designios del Altísimo, a pesar de que se presenten llenos de inconvenientes. Echa un vistazo al cielo azul y respira profundo.

—¿Cómo empezar? —dice casi susurrando para sí. El inspector ladea el cuello de un lado para otro, mientras agarra el volante con más fuerza.

—No lo pienses tanto, Francisco.

El cura carraspea.

—Ya sabes que tuve una infancia de pesadilla. Lo recuerdas, ¿verdad?

El inspector lo mira perplejo. «No dirá que fue por mi culpa», piensa. El coche se detiene a escasos centímetros del parachoques

delantero. El cura se ha llevado un buen susto por el repentino frenazo.

—¡Dios mío, Coque! ¿Estás bien? Te has puesto blanco.

—¡Coño! —dice el inspector que parece recuperar el aliento.

El padre Francisco lo mira extrañado. Se recoloca la sotana y relaja las manos.

—Me he ido del discurso. ¿Quieres que siga?

—Sí, hombre, sí. Una torpeza por mi parte. Lo siento.

—Pues ya sabes lo mal que lo pasé. Cuando me encontré a Angélica —dice el padre Francisco—, estaba como estuve yo, o peor. Acuérdate del día que el padre Anselmo me llevó a tu casa. La vi… y fue como verme a mí mismo. Desde ese momento supe que era responsable de ella. —El cura baja la cabeza y observa sus manos quietas sobre la sotana. Un silencio suave llena el coche. Él levanta la mirada y fija los ojos en el Mercedes plateado que va delante. Respira hondo—. ¿Me entiendes ahora? Si la ayudo a ella…, también me ayudo a mí. Son las señales de Dios.

—Sí, hijo, sí. Tal vez. Pero no lo veo claro como tú, la verdad.

—¿Qué le ha pasado a Daniel?

—¡Ah, Daniel! Qué pobre. Hace menos de un año, estaba destinado en la compañía de reserva de La Coruña. Regresaban de Bilbao tras vigilar un partido de fútbol y los miembros del comando Vizcaya activaron una bomba: cien kilos de amosal y doscientos de tornillería de una camioneta que estaba aparcada en el arcén. Pasaron dos furgonetas policiales junto a ella. La primera recibió de pleno el impacto de la onda expansiva. Mató en el acto a un policía y tres quedaron bien jodidos, entre ellos, Daniel. La metralla le dejó la cara como un colador, ya lo has visto. Y ha perdido varios dedos de los pies. Tiene unos dolores del carajo y no quiere reconocer que está algo sordo. —Baja la ventanilla.

—Estás haciéndole mucho bien. Tiene suerte de que estés cerca. —Francisco hace un gesto de aprobación y Jorge lo mira de reojo. Se enciende un cigarrillo.

—Te voy a ser sincero, Francisco. No sé qué te traes con esto, pero espero que no te quemes las manos —dice el inspector en tono serio mientras que el cura mira por la ventanilla.

El atasco a la altura del Retiro los retrasa y llegan quince minutos más tarde de lo esperado. Aprovechan que hay un hueco para estacionar en la calle Serrano, al lado de su destino. Se bajan del vehículo y caminan entre edificios que se elevan majestuosos, una mezcla armoniosa de estilos arquitectónicos que abarcan desde el neoclasicismo hasta el modernismo. Las tiendas de lujo se extienden a lo largo de cada tramo, deslumbrando con sus escaparates impecablemente iluminados, donde el exceso se disfraza de elegancia y cada objeto parece prometer una vida distinta. El corto trayecto hasta la casa de Pablo se vuelve entretenido y muy vistoso, como un paseo por la historia y lo más granado de Madrid.

Entran por una puerta grande de madera maciza y detalles ornamentales en hierro forjado. No hay nadie en la portería, aunque tampoco necesitan anunciarse. Suben por la escalera de la derecha, más cómoda gracias a la anchura de los peldaños que el ascensor antiguo pero estrecho. Las rejas de metal y el cristal esmerilado le recuerdan al cura a los viejos hospitales de beneficencia, por esa combinación de elementos, donde las rejas aislaban a los enfermos y la función de los cristales parecía distorsionar la luz, siempre opaca y despersonalizada. Son tres plantas. Francisco va delante. Frente a la puerta, pulsa el timbre de sonido claro y resonante. Abre Gladis.

—Buenos días, venimos a ver al señor y la señora de la casa. Nos están esperando —dice el cura.

A Gladis se le suben los colores. ¡Oh, Dios bendito! ¿No era Diego quien había llamado antes?

—Un momento —les dice, y les cierra la puerta en la cara.

Desesperada, busca a la señora y le dice lo que tenía que haber sabido desde tres horas antes. La muchacha no sabe dónde meterse ni cómo disculparse.

—Yo… yo tenía mi libretita y mi lápiz a punto, pero ¡se parecen tanto las voces! Pensé que era su Diego quien llamaba… Lo-lo siento mucho, señora.

Rosa la mira perpleja y suspira. Se dirige a la puerta y Gladis la sigue, dócil. La señora abre y enseguida reconoce al padre Francisco. Gladis mira al cura y al inspector. La sotana le trae recuerdos de su infancia: el párroco de su pueblo fue muy amable con su familia, un hombre que dejó huella en su memoria.

Rosa acerca una mejilla y luego la otra al rostro del cura, y le da un firme apretón de manos al inspector.

—Se llama usted como mi suegro, inspector. Pasen, por favor —dice Rosa.

Los invitados se acomodan en el sofá de piel blanco y ella toma asiento en el sillón.

—¿Quieren tomar algo? —Gladis no pierde ojo al de la sotana.

—No, gracias —señala el inspector, cortés.

—Yo bebería un poquito de agua, si no es mucho pedir.

El inspector vuelve a mirarlo de reojo. «¿Cómo se puede ser tan cursi?», piensa.

—Me alegro de volver a verlo —dice Rosa. Con gesto de cálida cordialidad, extiende sus manos hacia el padre, quien las recibe y aprieta entre las suyas en un sincero y cálido saludo —. ¿Qué tal le ha ido?

—No me puedo quejar. Has crecido mucho desde la última vez que te vi.

—Sí. Tenía trece años, ahora voy a cumplir veinticuatro. Han pasado unos cuantos años.

—Pero se te reconoce. Hay niños que cambian demasiado y apenas los puedes asociar. Te veo muy bien. ¡Vaya!, ¡cuántos recuerdos! —exclama el cura—. ¡Oh! —dice como cayendo en la cuenta—. Hemos venido para hablar con Pablo.

—Claro, ¡por supuesto!, pero ha salido un momento. No tardará… ¡Ay, los compromisos! Mientras tanto, prueben las magdalenas de Gladis. Son exquisitas —dice mirando a la sirvienta un instante más de lo necesario. No altera el gesto; al contrario, mantiene una expresión serena, casi amable, como si nada hubiera ocurrido. Para los invitados, no pasa de ser un cruce casual de miradas; para la sirvienta, en cambio, es una clara reprimenda.



Diego ha dejado el vehículo estacionado en la calle Goya, muy cerca del edificio que hace esquina con Príncipe de Vergara, construido a principios del siglo XX por un arquitecto que ya nadie recuerda. La calle, de vecinos ilustres, es uno de los ejes principales del barrio de Salamanca.

Acceden al interior de un portal amplio e iluminado buscando al portero, que les señala con el dedo índice la escalera que conduce a la quinta planta. Pablo fija la mirada en Diego y este hace un gesto para que lo siga. Camina decidido por un pasillo largo y se detiene en la puerta número cuatro, luego presiona el botón del timbre. Pablo aprovecha la espera para desviar una mirada fugaz hacia la ventana del fondo por la que ve las ramas impasibles de los árboles. Abre la puerta con una amplia sonrisa, el padre de Pablo: Jorge, que viste con una bata de seda negra, un sello de oro en el dedo anular de la mano izquierda y unas zapatillas aterciopeladas. Se queda mirando a su hijo y parece que la espalda, antes erguida, se encoge milímetro a milímetro, como si el aire le pesara. Sus ojos, que hace un instante chispeaban, se apagan.

—Hijo… —La voz del hombre se quiebra antes de que pueda pestañear.

—¿Millonario? ¿Eres tú? —Pablo ríe con una risa seca, peligrosa. Ese primer instante es de total desconcierto. No da crédito a lo que ve—. Me estás tomando el pelo… Da un paso atrás: es su padre, pero es un completo desconocido—. Nos dejaste crecer que no podías alimentarte siquiera. ¿Por qué? ¿Para qué? ¡Eres un puto traidor! —dice, y escupe al suelo.

No era solo que nadara en la abundancia, ni mucho menos. Eran los sacrificios que María, con sus dos trabajos, tuvo que asumir creyendo que eran necesarios. La rabia y la tristeza inician un baile desacompasado en el ánimo del joven. El lujo del padre y tal grado de manipulación lo sonrojan y no sabe si cruzarle la cara al impostor que tiene delante o salir corriendo.

—No sé qué decirte —murmura. Se encoge de hombros, recuperando su papel de hombre insignificante—. Yo soy… como me has visto siempre. Nada más.

—Ahora mismo te vistes y vas a contarle la verdad a tu hija, cabrón. Aquí esperamos.

Jorge, haciendo acopio de entereza, avanza hacia la habitación. Unos minutos más tarde se presenta vestido con la indumentaria que tan familiar le resulta a Pablo: pantalones de pana, desgastados por el tiempo, y un jersey de punto, ambas prendas, testigos de mil historias.

—No puedo creerlo… —murmura su hijo, con la voz temblándole de ira—. ¡No puedo creer que sigas fingiendo! Da un golpe a la pared del pasillo—. Tendrás poca vergüenza… ¡Mentiroso! ¡Cobarde!

Pablo no parpadea. No aparta la mirada del sujeto que tiene delante. Su cuerpo está rígido. Tiene los puños cerrados, y el pecho sube y baja a un ritmo acelerado.

—Vámonos, Pablo. —Diego lo envuelve con determinación por los hombros. Pablo se deja llevar sin oponerse, la voluntad sofocada. La serenidad de Diego lo conforta y ambos se marchan por donde han venido—. Se acabó.

Las mentiras han desestabilizado a Pablo, que percibe la angosta acera del bulevar como una cánula sinuosa sin fin. Diego opta por entrar al bar más cercano para que su amigo pueda sentarse, respirar y recobrar algo de color. La camarera está de pie y los observa detenidamente. La camisa blanca necesitaría dos tallas más en el contorno del pecho, al igual que los pantalones, que sufren la tensión de los buenos muslos. «Un buen mozo, a pesar de todo», se dice sin dejar de moverse de un lado a otro del mostrador como si se deslizara por una pasarela. Pablo tiene la cara pálida y da una arcada que no escapa a la mujer.

—¡Los aseos están a la derecha, señores! —alza la voz, apurada.

Se desvían en dirección a los baños. La camarera sigue secando los vasos con un paño impoluto. Aunque no son habituales, está acostumbrada a escenas parecidas; a veces, eso mismo se repite como un *déjà vu*. Termina de colocar los vasos en la estantería. Lleva una coleta prieta que le sujeta el cabello moreno y liso. Los clientes no tardan en regresar algo más calmados. Le parece adivinar lo que van a pedir, pero asume su papel mientras sigue secando cubiertos y espera instrucciones.

—Dos güisquis.

La camarera coge los vasos apropiados. Rellena el contenido con el líquido de color miel.

—¿Desean algo más, señores?

Diego responde que no con la cabeza. La camarera se gira y vuelve a su tarea aprovechando que no hay demasiados clientes.

Pablo no puede expresar con palabras lo que siente. Es una riña de emociones contrapuestas. Es difícil afrontar un pasado que parece un mal chiste. La pregunta que no para de repetirse como un mantra es «¿por qué?».

Diego se mantiene atento a cada movimiento. El golpe ha sido duro. Está claro que tanto Pablo como su hermana tendrán que renegociar su pasado.

—¿Cómo has…? —La frase queda sin terminar en los labios de Pablo.

—Solo sé lo que he visto con mis propios ojos. Se enteró mi madre. Estaba buscando un sitio para meter a Gladis y cuando entró en esa casa se topó con tu padre. Salió como pudo para que no la reconociera. Las referencias venían de una vecina del pueblo. Tu padre ha tenido mala fama siempre. He indagado y trapichea con cosas —dice haciendo bailar las cejas— prohibidas… Ya sabes.

—Dilo sin rodeos: está metido hasta el cuello en el tráfico de drogas. El muy desgraciado…

—Estos días me he preguntado si era mejor que lo conocieras tal cual es o no decirte nada, pero callarlo me pareció una guarrada. Vamos, si fuera yo, querría saber de quién provengo. Eres un buen tío, Pablo. ¿Habría sido mejor olvidar el asunto y dejarlo pasar? Yo creo que eso no se le hace a un amigo.

—Te lo agradezco. —Pablo se toca la frente con la palma de la mano—. ¡Será malnacido! ¿Cómo…? —pega un brinco—. Todo se nos torció con la muerte de mi madre y el muy cabrón nos dejó tirados… ¿Cómo se puede dejar a unos pobres críos con este hijo de puta? ¡Joder! Ahora entiendo la cara del abuelo José. No hacía más que rezongar cada vez que lo tenía delante, y a la abuela Vicenta se la llevaban los demonios.

Pablo se ve reflejado en el cristal de la barra. Siente que se le parece y lo toma como una mala broma. Apenas se diferencia en que es más blanco de tez y rubio; la mirada, el óvalo de la cara, la curva de las cejas, igual. Se bebe el güisqui de trago.

—No me interesa saber nada más de ese sinvergüenza. Ya no es mi padre —dice. Y se dirige a la camarera de los pechos prietos—: La cuenta, por favor.

Pablo entra en casa. El incienso lo acoge con su mezcla de dulzura y acidez, como un refugio breve; sin embargo, el estruendo del salón lo sacude y lo devuelve al ruido del mundo. Sus ojos recorren la habitación: ve a Rosa, al cura Francisco y un señor que no conoce de nada. Rosa se aproxima, extiende la mano y le presenta a los invitados. Pablo saluda al cura con familiaridad, «¡Padre!, qué

inesperada sorpresa», dice con un tono de respeto y afecto. Al dirigirse al inspector, adopta una postura más formal y asiente con un gesto de cabeza.

—¿En qué puedo serle de ayuda? —termina por decir mirando intermitentemente a uno y a otro.

—Pablo, te presento al inspector Granados de la Policía Nacional. Le he pedido que investigue la muerte de tu madre… Sé que hace mucho ya, pero nunca llegó a esclarecerse lo que pasó de verdad —aclara el padre Francisco.

Pablo abocina los labios, mira a los presentes y se acerca al mueble bar. Da una voz: «¡Gladis!». La moza se persona en un santiamén. «Un güisqui, por favor». Ella se acerca al mueble bar y selecciona un *blended*; la última vez que su señor lo bebió le dio una buena propina, así que no duda. Elige un vaso *tumbler*, le añade un par de cubitos de hielo y termina por verter el líquido con delicadeza. Avanza con pasos medidos llevando en una bandeja de plata la copa de licor ámbar, que coloca, con gesto preciso, sobre un posavasos de madera de nogal con diseños en relieve dispuesto en un extremo de la mesa de centro. Al volverse para abandonar de nuevo la sala, cae en la cuenta de que no ha puesto la rodaja de naranja. Ya no tiene remedio y hace una mueca de fastidio.

—Pero si tú no bebes… —apunta Rosa.

«Ja». Gladis se dice que ella sabe más de unos y otros que muchos de los presentes. Es así como debe ser: quien limpia, sirve y pasa desapercibida acaba oyéndolo todo. Eso, y guardar discreción, como le insiste Isabel. Gladis asiente siempre; no por obediencia ciega, sino porque ha aprendido que callar también es una forma de estar a salvo.

—Hoy sí —responde sin dar más explicaciones—. Hace tiempo que estuve hablando con un guardia civil y me dejó las cosas claras. Mi madre tomó una decisión que yo no puedo más que encajar: se largó sin mirar atrás. —Hace una pausa y bebe un trago de la copa—. Por lo visto, le importábamos poco Angélica y yo.

Al inspector le sube el rubor hasta el nacimiento del pelo y tiene más ganas que nunca de coger al entrometido de su amigo por la

oreja y sacarlo a la fuerza, pero el cura parece no darse por vencido.

—No, no fue así; te equivocas. Yo hablé con tu abuela Vicenta... Tu madre os quería con locura. Jamás os abandonaría. Incluso en el hospital la querían mucho y a ninguno le casaba lo ocurrido.

—¿A qué se dedicaba tu madre por aquel entonces? ¿Trabajaba fuera de la casa? —pregunta el policía, que desea acabar cuanto antes.

—Trabajaba en dos hospitales a la vez. De uno se iba a otro: del Gregorio Marañón a La Paz. Yo me quedaba con Angélica. Era muy pequeña.

—¿Qué hay de tu padre? —pregunta el inspector.

Pablo llama a Gladis. La chica llega a su altura esperando instrucciones.

—Mi padre es... —rectifica— y era un despojo. ¿Sabes —fija la mirada en Rosa— que el muy desgraciado vive cerca de aquí? Hasta es posible que tenga más patrimonio que tu familia.

Rosa abre los ojos. ¿Qué quiere decir Pablo? A lo mejor es el güisqui el que le hace decir eso... Prefiere aguantarse; ya habrá tiempo después de preguntar. Pablo le da la copa a Gladis y le pide que se la rellene; después, centra la mirada en el inspector—. Para el caso, como si no existiera. Le veíamos los domingos y de casualidad. Nos mudamos al pueblo para estar más cerca de mis abuelos.

—¿Recuerdas qué hiciste el día de la muerte de tu madre? —El inspector piensa que el padre de Pablo debe nadar en oro. Pocas veces ha visto tanto lujo en una vivienda y el sitio.

—No puedo decir mucho, salvo que mi hermana y yo nos fuimos a dormir a casa de mi abuela Vicenta. Una patrulla de la Guardia Civil nos despertó de madrugada.

—¿Qué hora sería?

—Muy temprano. Recuerdo que tenía mucho sueño. Todo era raro, como si no estuviera pasando de verdad. Debían ser..., no sé, quizá las tres de la madrugada. —Pablo baja la cabeza.

—¿Pudiste ver a tu madre?

El joven se lleva la mano a la cabeza y se alborota el pelo en un intento de que pudieran saltar mejor las imágenes de aquel día horrible. Gladis le trae la copa que ha pedido, esta vez con su rodaja de naranja. Pablo la coge y se la bebe de un tirón. La deja en la bandeja y Gladis, que sabe cuándo se la necesita y cuándo no, sale.

—No. —Hace una pausa y recorre con la mirada a los presentes. Se lo ve incómodo—. Solo me entrevisté con el guardia civil.

—¿Recuerdas cómo estaba la casa, si había objetos tirados, rotos, muebles movidos? —El policía se levanta y camina mientras gesticula con una mano.

—No volví a entrar nunca más. No lo sé —dice Pablo, que arruga la frente y parpadea.

Se produce un profundo silencio. El inspector repasa la conversación, busca dar con la clave de algo.

—¿Qué día era?

—El veinte de noviembre de 1975; eso sí que lo recuerdo bien —responde sin fuelle.

—El mismo día que fallece Franco… —Pablo cruza la mirada con Rosa, que le lanza un mensaje de apoyo cerrando los ojos. Al inspector le ha resultado curiosa la coincidencia de fechas—. ¿María fue a trabajar al hospital de La Paz esa noche?

—Sí.

El inspector vuelve a dar un par de paseos cortos por la habitación. Se oyen susurros de palabras sueltas: muerte, Franco, veinte de noviembre. «Las fechas suelen tener estas cosas. A veces parecen traídas aposta», se dice. El padre Francisco habría querido intervenir en varias ocasiones, pero se ha contenido. Solo falta que su amigo sienta que le comen el terreno, después de que ha consentido en ayudarlo.

—Tenemos que hablar con las enfermeras —se atreve a decir cuando se ha vuelto a hacer silencio.

—Hay una mujer… Siempre me felicita por mi cumpleaños. Dice que fue compañera de mi madre. Se llama Tomasa. Tengo su teléfono. —Pablo se levanta del sillón con el arrebol en sus mejillas y se dirige a su despacho—. Vuelvo en un minuto —dice desde la puerta del salón.

Regresa con un número apuntado en un papel. Se lo entrega al inspector.

—Gracias por vuestro tiempo —dice cogiendo el papel, se despide con un fuerte apretón de manos, le hace un gesto al cura y, como si hubiera venido solo, se encamina hacia la salida. El padre Francisco va tras él.

—Os iré informando de lo que averigüemos.

Bajan por el ascensor. El cura entrelaza las manos a la altura del vientre. El inspector se apoya contra la pared cruzando los brazos y con la mirada perdida en los botones de las plantas. Solo se oye el zumbido del ascensor. La máquina se detiene y, antes de que se abran las puertas, Jorge le entrega el papel con el número de teléfono de Tomasa a su amigo.

—Y… ¿ya está?, ¿es todo lo que piensas hacer? No fastidies, Coque, y, ¡maldita sea!, que Dios me perdone… —Se santigua.

—Tengo mucho trabajo. Si me consigues algo que no sea una mera intuición, una obsesión enfermiza por querer ayudar a esa niña para aliviar su malestar, tu malestar o el puro aburrimiento de un párroco joven, me lo pensaría. Quizá entonces podría ayudarte.

—No podrás negar que había casualidades que resultan sorprendentes.

—Se acabó, Francisco. Te llevo a tu casa.

—Encontraré las pruebas y me ayudarás.

El padre Francisco vive en la plaza de Arteijo, en el número seis, dentro del distrito de Fuencarral-El Pardo. Cada mañana se detiene junto a un mendigo gordo y tullido, que suele sentarse a la entrada del portal. En esta ocasión, le deja unas pesetas en el cacillo roído y le susurra algo al oído. El mendigo sonríe con manifiesta debilidad y el cura, sin detenerse, reanuda la marcha al tiempo que se santigua —tres veces, tres— con prisa, mascullando palabras incomprensibles.

Es una zona residencial rodeada de comercios. Agarra la sotana para dar mejor las zancadas. Cree que ha perdido el autobús, pero suspira aliviado cuando ve la fila de pasajeros que espera en la parada. Revisa el bolsito negro una vez más. Lleva el dinero exacto para la ida y la vuelta.

Desde su Renault Clio gris, Daniel López vigila en silencio. Después de que el padre Francisco y el inspector visitaran la casa de Pablo, el policía regresó para hablar con él. Le pidió que se uniera al cura en su desesperada carrera por encontrar pruebas. Confiaba en la obstinación del sacerdote y con ese fin le dio los datos para que lo contactara. Pero no lo hizo.

El expolicía se ha comprometido con el inspector y ayudará al cura, solo que lo hará a su manera. Arranca cuando el autobús inicia su camino, concentrado al máximo; no quiere que el de la sotana se le escabulla entre la gente cuando llegue su parada. El trabajo resulta más fácil gracias a la vestidura talar.

El padre se apea en Ciudad Lineal y avanza con paso firme hacia la dirección anotada en la hoja de papel. Daniel no le pierde de vista y aparca cerca, sin llamar la atención. El sacerdote ignora que lo siguen y que Daniel terminará en el mismo portal que él. El expolicía finge leer los nombres en los buzones y presta atención al murmullo de voces que le llega, posiblemente, desde la segunda planta. Deduce que es una conversación entre el cura y una mujer mayor. Por lo que lee en el panel, hay dos vecinos por planta. En la letra B, Daniel lee el nombre de Tomasa Rueda Carrillo, escrito con una caligrafía redonda. Lo apunta en su libreta.

En efecto, dos plantas más arriba, la señora Tomasa conduce al padre Francisco al salón y le ofrece asiento. Deja a solas al invitado y se dirige a la cocina. El cura aprovecha para echar un vistazo al

mobiliario: una vieja televisión adornada con un pañito de ganchillo blanco en la parte superior y una figurita de porcelana que representa a un querubín tocando un saxofón; un aparador con varios retratos y una mesa camilla cubierta con un faldón de flores; junto a ella, un silloncito sobre el que reposa un cojín verde y una labor de punto.

Tomasa regresa con un plato de pastas caseras aún tibias y una taza de café con leche bien caliente. Se sienta frente a él en otra silla y, con gesto pausado, acerca a sus labios arrugados una taza con un sobrecito de manzanilla.

—Es por la tensión. El médico dice que no tome ni café ni azúcar. ¡Qué tristeza!

—Claro. Hay que cuidarse, Tomasa.

El cura saborea el aroma de la masa cálida recién horneada.

—¡Esto está buenísimo! —Da un gran sorbo al café—. Le doy mi enhorabuena… Es como si esto lo hiciera usted cada día. —Hace una pausa y carraspea—. Verá, tal como hablamos por teléfono…

—María Muñoz, sí, María… Ohhh… La buena de María. —Se sacude la falta y esboza una sonrisa—. Hace mucho tiempo de eso.

—Se ha abierto una investigación sobre su muerte.

—¿Su muerte? ¿Una investigación? Lo dice como si la hubieran asesinado o algo así… Yo tengo entendido que acabó con su vida. Que Dios la perdone. —Mira al cuadro de la Virgen que está sobre la máquina de coser y se santigua—. Y fíjese que siempre me dije que había gato encerrado. María era una niña muy compasiva. ¿Para qué iba a quitarse la vida? Lloré mucho por ella. No se escondía, ¿sabe? —Hace una pequeña pausa—. No… no; iba siempre con una sonrisa en los labios hasta con los enfermos más problemáticos. Ay, el Campuzano… —Se santigua de nuevo—. Solo la quería a ella. Mire que yo intenté sustituirla, pero no había manera. La lloré mucho, ya se lo digo, muchísimo, y no se imagina cuánto lamenté no haber podido ayudarla. Si hubiera sabido que estaba tan mal, habría hecho algo; no sé, lo que fuera. Nunca entendí… No había motivo. Claro, ella tendría sus razones. Pero no… no. Y ahora dice usted que hay

una investigación. Si ya lo decía yo… —Y como si de repente cayera en la cuenta de la trascendencia del hecho, pregunta extrañada—: ¿De veras hay una investigación?

Tomasa se recoloca en la silla y la acerca a la mesa antes de continuar hablando.

—Yo lo recuerdo a usted. Hace tiempo que vino preguntando por lo mismo. ¿Qué ha pasado ahora?

El padre Francisco se lleva otra pastita a la boca y algo se le va por donde no es. Tose. Se dice para sus adentros que come con demasiada ansiedad.

—Ay, un vaso de agua… Se lo traigo volando.

—No, no hace falta; ya pasó. Tranquila. Decía usted…

La mujer se asegura de que el cura ha superado el atragantamiento, se sonríe y retoma el hilo:

—Decía que no es la primera vez que está usted a vueltas con esto. Ya estuvo preguntando antes. Que digo yo que no se abre una investigación, así, sin más, después de tanto tiempo.

—Claro, y tiene usted razón —asiente Francisco moviendo la cabeza—. Pero cada cosa a su tiempo. ¿Recuerda la última persona que estuvo hablando con María la noche en que falleció?

—¡Uy, aquella noche fue muy complicada! La planta estaba revuelta porque Franco había dejado este mundo. Cómo son las cosas, ¿verdad? Ir a morirse en un día así… Vamos, como para no olvidarlo. Todos estábamos atolondrados y no vimos con malos ojos que María dijera que se encontraba mal. Sería sobre la una de la madrugada. La última vez que la vi estaba hablando con Aurelio, el celador. Me acuerdo de haberlos visto salir. Se ve que la acompañaba hasta el coche, porque no tardó en volverse solo.

—¿Cómo podría contactar con ese hombre? ¿Tiene usted su número de teléfono?

Tomasa se levanta y se dirige a un mural que ocupa toda la pared. Hay una foto de una chica joven que tiene detrás el Big Ben de

Londres. Rebusca entre los objetos pequeños del segundo cajón. Saca una agenda desgastada. Se coloca unas gafas que lleva en el bolsillo de la bata, abre la agenda y busca en la letra A. Anota un número en la página de una libreta, escribe algo más y arranca la mitad de la hoja con cuidado.

—Aquí tiene. Le he anotado también la dirección y el nombre de su restaurante. Porque tiene un local, ¿sabe? Dejó el trabajo de celador y abrió un bar. No sé decirle si lo seguirá teniendo abierto.

—Gracias por su ayuda. —El cura termina de tomarse el café y el último trocito de la pasta, que toma buen cuidado en ensalivar para que no se desvíe del camino correcto. Se levanta y le da las gracias nuevamente a su anfitriona.

Poco después, espera en la parada de autobús ajeno a la vigilancia de Daniel. Quiere llegar cuanto antes para dar la misa de la tarde. Ha contado el tiempo igual de bien que el dinero del billete. Daniel se ha encendido un cigarro, baja la ventanilla del coche y expulsa el humo fuera. Se da cuenta de que no es el único que sigue al padre Francisco: un *jeep* negro lleva un rato pisándole los talones.

ARCO, MAYO 1991

Manuel Prado y Colón de Carvajal conversa por teléfono, de manera distendida, con el rey Juan Carlos I. Lo hace sentado en un mullido sillón iluminado por una lámpara de pie. De fondo, una melodía clásica se cuela como el canto embaucador de una sirena en un mar en calma.

—¿Puedo hablarte con franqueza? —pregunta el rey a su mano derecha.

—Claro, ahora tienes secreto de telecomunicaciones, no tenemos que andar con el dichoso código. —Manuel Prado se arrellana dispuesto a escuchar lo que Su Alteza tiene que decirle y cruza una pierna.

—Me ha llamado Felipe… y me ha preguntado si sabía algo de unos americanos que están en un local de Villa de Vallecas. Le he contestado que no me sonaba de nada, y es la verdad, pero… ha dicho «americanos» —dice poniendo especial énfasis en cada sílaba—. Y claro, eso no me ha dejado tranquilo, ¿sabes? ¿Acaso hay algo que ignoramos, querido amigo?

Manuel Prado se afloja el nudo de la corbata y endereza una figurita de porcelana que descansa en la mesita del teléfono.

—Los americanos —repite—. No debes preocuparte. Has tenido siempre su apoyo. De hecho, son bastante discretos. Te apoyaron con la sucesión, con el tema del Sáhara… —responde Manuel Prado en tono pausado.

—Sí, claro, pero… ¿Cómo me puede afectar? Tenemos que averiguar por nuestros medios lo que ocurre. —El rey desvía la mirada un segundo y tapa el auricular; alguien se acerca a su despacho. Falsa alarma: comprueba que está solo y que cualquier ruido se ha atenuado. Su tono es firme, aunque no puede ocultar un fino hilo de inquietud.

—No te preocupes. Insisto en que te tienen en muy alta estima personal, que para ellos representas la garantía institucional de la

estabilidad y el progreso, al igual que para todos los españoles. Nuestros proyectos son sus proyectos. Tienen plena libertad para hacer y deshacer lo que quieran.

Sostiene el auricular entre el hombro y la oreja y tamborilea los dedos sobre el brazo del sillón.

—Me vuelve la sequedad de la boca. La misma de la que se quejaba Franco los días previos a morir. Qué cosa más extraña —dice el rey con su voz nasal—. Reconozco que los americanos me ayudaron mucho; sin ellos... Y, sin embargo, no estoy tranquilo. Mi intuición me dice que pasa algo y nunca me falla.

—Relájate —apunta Manuel Prado condescendiente—. No, no... Déjate de tonterías. Siempre has tenido buen olfato, pero esta vez no hay nada. Si hubiera un problema real, ya lo habríamos visto venir.

—No me fío —recalca el rey, inquieto.

—Vamos... —Manuel Prado suelta una carcajada vacía.

—¿Puedo estar tranquilo entonces?, ¿me aseguras que no me pasará nada?

—No te pasará nada —declara Carvajal—. Pero voy a llamar al Dr. K de tu parte, como es habitual, para que confirme lo que te digo. Él lo sabrá seguro; así te quedas más tranquilo. Solo por si acaso, que conste. Si hubiera algo, te lo diría. —Colón de Carvajal cuelga el auricular tras despedirse. Hace una pequeña pausa, titubea y después marca un número de teléfono.

—Me temo que tenemos dolencias de parto, de nuevo —dice Manuel Prado.

—Escucho... —contesta una voz al otro lado del teléfono.



—Así es, madrina. Luego lo pensé... Después que hablamos usted y yo, creí que me llamaba el señor Diego, pero no. Era el cura. Me pidió la dirección de la casa de los señores y yo se la di. Ese día, que vinieron el cura y el policía, el señor Pablo se enteró de que su padre

no es pobre, no, ni mucho menos, sino rico, muy rico. Madrina..., ¿estoy haciendo mal si te lo cuento? La verdad, antes que nada, ¿no?

—Estaría mal si hablaras con extraños. Entonces, serías una chismosa y me encargaría de echarte a la calle. Has obrado bien. En la familia, la sinceridad, ante todo. Sigue como hasta ahora. Sé que los señores están contentos contigo. Nos vemos pronto. Adiós, querida, adiós.

Isabel deja el auricular colgado en el teléfono de pared. Echa un vistazo a la encimera de mármol blanco de la cocina, debajo de la ventana que da al jardín, ahora manchada por la sangre de los conejos recién cazados. Roberto se ha pasado a dejar las piezas y, de paso, a mantener una pequeña charla con Matilde antes de marcharse. Isabel no sabe de qué se conocen, pero el cazador acostumbra a ser muy complaciente con la señora. A Isabel, lejos de molestarle su presencia, le agrada: Matilde se ríe mucho con él. Al ama de llaves le encanta verla risueña y que descanse de la lectura, que no hace otra cosa desde que se fueron los hijos, que hay que ver la manía, como si no hubiera otras formas de evadirse del mundo. Y Angélica, bueno..., no es que sea la alegría de la huerta y menos, de un tiempo a esta parte.

Isabel recoge unas migas de la mesa y las echa a la basura. Luego se acerca a la bolsa de la compra y extrae con calma los artículos del interior. Sube a la pequeña escalerita para colocar un bote de tomate natural triturado, mayonesa y mostaza en el armario de madera blanca. Mira de soslayo las piezas abatidas y le viene a la mente que a la cocinera se le da muy bien el conejo al ajillo. Antes de hablar con ella, quiere hacerlo con Matilde. Sale de la cocina y se dirige al salón en busca de la señora, que está sentada en el orejero junto al ventanal, absorta en la lectura y bañada por la luz del sol de la mañana.

—Perdona, Matilde.

—Dime.

—Ya lo saben.

—¿A qué te refieres?

—A la mentira del padre de la niña, el que se suponía que era recolector ocasional. Me lo acaba de confirmar Gladis. Angélica había pensado visitar a su hermano justo este fin de semana. Quizás deberíamos adelantarnos y...

Matilde cierra el libro de golpe y deja escapar un suspiro. Se lleva los dedos a la frente, como si ese gesto pudiera ordenar el tumulto de sus pensamientos. Inclina la cabeza, permanece unos segundos en silencio y luego alza la vista hacia el horizonte. Algo parece habérsele revelado.

—Pues nosotras haremos lo mismo: nada. Que se queden las cosas como están.

—¿Y Angélica?

—Para qué se lo vamos a decir. Solo le aportará un nuevo disgusto. Ya sabes qué racha lleva. No le digas nada. —Matilde deja el libro, se levanta y mira por la ventana. Mariano sigue con las reformas del jardín. El sol pega con más fuerza según van pasando los días; el verano se anticipa este año—. Será lo mejor. ¿Sigue durmiendo?

—Está en su habitación.

—Despiértala, por favor. ¡Ah! Se me olvidaba. Hay que limpiar la casa de Vicenta. Los últimos lo dejaron todo lleno de barro y porquerías.

—De acuerdo. ¿Hasta cuándo durarán las visitas de la casa?

—Hasta que Angélica decida irse a vivir allí.

—¿Y la otra? —Matilde hace un gesto de incomprensión y enseguida cae en la cuenta de lo que Isabel le quiere decir.

—Es cierto. La otra. Bueno…, lo cierto es que el ayuntamiento ha parado las obras. Desde que murió María, esa casa parece estar maldita. Los tejados se terminaron, gracias a Dios. Este alcalde tiene buenas palabras, pero… no sé. Soy un poco malpensada. En la familia de Tomás también ha habido sus más y sus menos. Por supuesto —añade en tono de disculpa—, no quiero decir con eso que él… Solo que habrá que esperar a que las palabras se refrenden con hechos.

—Sería buen momento para hacer algo con esa propiedad, Matilde.

—Tienes razón.

La señora se queda mirando cómo Mariano da golpes con el azadón en el jardín y luego vuelve a centrarse en el libro. Isabel marcha para buscar a Angélica. El ama de llaves conoce la casa de los Villansalma como la palma de su mano. Cada día repasa con esmero las esquinas del techo, decidida a impedir que las arañas se adueñen del espacio. No es que las deteste —sabe que devoran insectos—, pero

su presencia le resulta intolerable. Deja a la señora sumergida en la lectura y se dirige a la habitación de Angélica. Golpetea con los nudillos varias veces la hoja blanca y entra con determinación. El ambiente está cargado. Apenas una brizna de luz se cuela por la ventana, dibujando sombras inciertas. Se aferra al vestido con ambas manos y recorre el cuarto con la mirada, como si esperase que algo se le revelara en el silencio.

—¡Niñaaa! Será posible… —Isabel alza los brazos, indignada, y descorre las cortinas como si allí se ocultara algo inadmisible. Luego sube la persiana y Angélica se despierta con el chirriante sonido del material replegándose—. ¿Qué te ha pasado, alma cándida?

Angélica no contesta. Se levanta con esfuerzo. Recoge la veintena de clínex usados, esparcidos por la cama, y, como si fuera una tarea ímproba, los deposita en el cubo de su cuarto de baño. El color pálido del rostro contrasta con los ojos, hinchados y enrojecidos. Esquiva a Isabel como puede. Prefiere lavarse la cara con agua fría un rato. No quiere dar explicaciones y piensa que, con suerte, Isabel se marchará hastiada. Eso quiere creer, aunque en el fondo sabe que el ama de llaves no se irá; que aguardará paciente sin perderla de vista.

Isabel permanece con los brazos en jarras, esperando a que Angélica termine en el baño. Cuando aparece, lo hace exhausta, como si acabara de perder la final de un partido. Se detiene frente a ella y fija la mirada en los ojos del ama de llaves. Antes de que puedan intercambiar palabra, suena el teléfono. Isabel baja las escaleras, descuelga el auricular, asiente en silencio y regresa a la habitación, donde Angélica se mantiene a la espera.

—El padre Francisco está al teléfono, quiere hablar contigo —dice en voz baja.

Angélica respira aliviada. Recorre el largo pasillo bañado por la luz, sintiendo bajo sus pies descalzos la frescura del mármol veteado con delicados hilos de color esmeralda. Con cada paso, parece recuperar parte de su compostura. Desciende las escaleras apoyándose en la barandilla y se acerca a la mesita cuadrada de madera, de estilo clásico francés, situada junto al sofá.

—Diga… —articula con voz indiferente.

—Angélica, soy el padre Francisco. ¿Cómo estás?

—Bien —responde, y se deja caer en el esponjoso asiento.

—Continúo investigando el asunto de tu madre. He hablado con Tomasa, que fue una compañera de trabajo en el hospital. A ella tampoco le encaja que se quitara la vida. Quiero que te quede claro que tu madre no se fue voluntariamente y…

—De acuerdo, padre. —lo interrumpe. Su voz parece más estridente que otros días—. Usted sabrá qué es mejor. —Carraspea y se lleva la mano a la boca—. Lo siento. Debo marcharme ya. Tengo que estudiar para selectividad.

—Bien…, eso está bien. — El padre guarda unos segundos de silencio antes de continuar, como si midiera cada palabra, y la niña no quiere cortar de forma abrupta—. Estudiar te abrirá puertas. No desaproveches la ocasión. ¿Has hablado con Pablo? —Angélica responde que irá a verlo este fin de semana. Por la respuesta, el padre entiende que todavía no sabe nada—. Tengo una visita pendiente con un tal Aurelio. Era celador y trabajó con tu madre el último día. A ver qué se cuenta…

—Gracias —dice.

Se despide y suelta el auricular muy despacio, como si fuera un objeto frágil y temiera dañarlo. El cura insiste en el asunto y ella se mantiene indiferente; en realidad, piensa que el hombre no debe tener nada mejor que hacer y está convencida de que no descubrirá nada nuevo. Para ella, su madre seguirá siendo una desconocida que se fue cuando más falta le hacía.

Matilde ha pospuesto la lectura. Desde el marco de la puerta, observa a Angélica casi en secreto, con la mirada fija en la joven que permanece sentada unos segundos en el sillón. Sopesa si será el momento adecuado para hablar sobre la casa de María Muñoz, hasta que decide que será mejor esperar.

—¡Angélica! —exclama, y se adelanta hasta llegar a la altura de la chica—. Solo quería decirte… —la muchacha le devuelve una mirada triste— que tienes que preparar la maleta o pequeña bolsa con tus cosas para mañana. Lo que necesites para dos días, que tu hermano no tendrá nada que te sirva. ¿Qué te ha dicho el cura?

Angélica se encoge de hombros y responde que no se ha enterado muy bien, pero que tiene que ver con la investigación de la muerte de

su madre. Matilde asiente con la cabeza y ve cómo su hijastra se levanta del sillón con la misma destreza de una persona de ochenta años. Se muerde los labios y regresa a la lectura, por más que sabe que tendrá que leer dos o tres veces para alejar el ruido de su cabeza.

Angélica regresa a su habitación con pasos mecánicos, el cuerpo movido como por inercia. Al entrar, encuentra a Isabel ordenando sus cosas. No puede evitar sentirse como una niña extraviada en un mundo demasiado vasto, demasiado ajeno. Se dirige al cuarto de baño buscando un refugio. El ama de llaves se detiene, permanece inmóvil y se queda mirándola sin saber qué decir. Esa niña convive con una soledad que pesa más de lo que puede sostener: no tiene amigos en el pueblo ni compañía en casa, ni siquiera alguien con quien distraerse. Enrique, su hermanastro, está lejos, estudiando en la Academia Militar del Aire en Murcia, y Rosa vive con Pablo en Madrid.

Angélica disimula su cansancio: el de estudiar, el de relacionarse, el de sostener la vida misma. Se esfuerza por reprimirlo, aunque a menudo se le escapa, incapaz de ocultar tanto desarraigo. La energía que al principio le permitió encarnar a la hija modelo se desvanece poco a poco, transformándose en una sombra borrosa que la hace sentirse vulnerable y agotada. En lo más profundo, sabe que no podrá sostener esa fachada por mucho más tiempo, pero aún se aferra a ella, como quien intenta contener la pesada roca de una montaña que se desmorona.

Por la cabeza de Isabel se entrecruzan ideas y retiene la más fácil de poner en práctica. Supondrá implicar a los demás, aun cuando no le gusta tener que depender de nadie, «pero todo sea por ayudar a la niña», piensa.

Una vez en la cocina, descuelga, marca decidida y se mantiene a la espera de que Diego conteste.

—Hola, hijo. Verás. Quería preguntarte por la chica que limpia tu casa. Julia se llama, ¿verdad? Te cuento: tiene un hijo de la edad de Angélica, creo recordar… Javier, eso es: Javier —Isabel sonríe complacida—. Me sonaba que era así. Bien, bien… Diego, verás lo que he pensado.



El padre Francisco repasa la dirección anotada en un fragmento de papel que sostiene entre los dedos. Camina distraído por una calle peatonal en el centro de Madrid, conocida por su ambiente literario y la abundancia de bares. Los cuenta con el dedo índice y suman diez. Se pregunta si son necesarios tantos locales. La respuesta le llega de golpe al cruzarse con un grupo de turistas japoneses acompañados de su guía. La mayoría lleva colgadas al cuello buenas cámaras de fotos, herramientas imprescindibles para capturar y preservar una perspectiva única de su viaje.

Es entonces cuando se da cuenta de que el suyo —su único viaje— no fue motivado por el placer, sino por la necesidad. El concepto de placer sigue siendo para él un misterio que no logra descifrar. La curiosidad, el deseo de entender y conectar con otras culturas… «¿Qué se sentirá?», se pregunta. Automáticamente, su mente lo planta al lado de uno de esos turistas que hacen fotos, sonríen y disfrutan. Se sorprende de ese pensamiento. «¡Vaya! El Señor guarda infinidad de secretos en nuestro interior». Revisa de nuevo la dirección anotada, la pliega cuidadosamente y la desliza en su pequeño bolso.

Al doblar una esquina, se topa con el establecimiento que estaba buscando. Tiene una puerta de madera pesada y, al entrar, las bisagras suenan como si nunca hubieran sido engrasadas.

Huele mal. Aunque el interior está limpio, el padre Francisco tiene que hacer un ligero esfuerzo para dar el primer paso porque la suela se le queda pegada al piso. Su olfato se va aclimatando lentamente, con más facilidad gracias al aroma del café recién hecho. Hay dos clientes y uno de ellos acaba de terminar su consumición.

El lugar tiene la presencia de esos clubs parisinos llegados a España a mediados del siglo XX. Hay cinco mesas y un pequeño espacio destinado a música en directo, ahora vacío, con un pequeño piano que aguarda cerrado.

El camarero echa la vista al frente y se sorprende al ver al padre haciendo una inspección superficial al local.

—¿Se ha perdido?, ¿en qué puedo ayudarle?

—Busco a Aurelio, el dueño.

—El jefe no está en estos momentos.

—¿Cuándo vendrá?

—Hoy no.

El padre Francisco afloja los hombros. Se acerca un poco más a la barra, separada de la cocina por unas cortinas de canutillos marrones. Una mujer con aspecto de ama de casa abre los canutos y sale a toda prisa, como urgida por alguna tarea. No dice nada y se detiene delante del cura. Su cara está llena de arrugas y manchas.

—¿Quiere desayunar? Las tortitas son mi especialidad. Las cubro con chocolate hecho por mí —dice exhibiendo una sonrisa desdentada.

El padre Francisco se sienta en la primera mesa que ve. Tiene delante una foto en la que hay otro piano, el del Café Americain, con Sam en la escena principal. Rick Blaine está detrás del instrumento en un ambiente tenso y cargado de emociones. Ilsa Lund, le había pedido a Sam que tocara *As Time Goes By*. La suave luz de la foto ilumina los rostros de los personajes atentos a la melodía. La tensión, la nostalgia, el amor perdido, las decisiones difíciles que se tienen que tomar en tiempos inciertos. «Qué bonita escena. ¿Dónde estará ella ahora?», se pregunta.

El camarero sirve el café con leche, tal como lo pide siempre: con poco azúcar y caliente. Enseguida aparece la cocinera con las tortitas humeantes bañadas de un cremoso chocolate blanco. El padre Francisco corta la primera porción y se lleva el bocado a la boca saboreando su textura como si fuera sagrada. Queda absorto, casi hipnotizado, y, finalmente, asiente con un gesto de aprobación. La cocinera, satisfecha, aprovecha el momento y se sienta junto a él.

—Enhorabuena —dice el padre convencido.

—Gracias. Llevo entre los fogones desde que tengo uso de razón. Perdone que sea tan indiscreta… ¿Puedo preguntarle de qué conoce a Aurelio?

El padre Francisco termina de masticar antes de contestar.

—No lo conozco. He venido para hablar con él sobre cierto asunto.

—Déjeme ser franca con usted. ¿Sabe que Aurelio es masón? —El padre la mira ofuscado—. No es algo que oculte, pero me sorprende que un católico visite a un masón. ¿Acaso se han arreglado las diferencias y no me he enterado? Yo, padre, soy católica apostólica y romana, voy a misa todos los domingos y me confieso ante Dios todos los días con el cura de la parroquia. —Toma aire antes de continuar—. Aurelio es un buen hombre; el pobre ha sufrido mucho. Sepa que gracias a él tengo trabajo, que nadie quería contratarme, ¿sabe? Le debo mucho, pero me preocupa su alma. Esa masonería no deja de ser una secta y nadie, salvo Dios, sabe lo que allí se cuece. Yo no tenía idea de que existiera algo así hasta que conocí a Aurelio. Lo hablé con el cura y él me lo explicó todo. Me da tanta pena Aurelio… —Deja la frase en alto y agacha la cabeza con tristeza. Poco después, añade:

—Mujer, siempre se puede hacer algo. A lo mejor no sabe usted que se está haciendo ya en las altas esferas.

—¡Qué está usted diciendo, padre!

—Así es. La Iglesia reconoce que la historia es compleja y que Dios obra también a través de los actos de aquellos que no comparten nuestra fe. Puede que no comprendieran el propósito sagrado de aquellas construcciones que levantaban, pero actuaban como instrumentos de un plan mayor.

—¿De qué construcciones habla? Dígame a qué se refiere, por amor de Dios.

La mujer atiende perpleja.

—Vamos a ver. Los masones de la Edad Media eran gremios de constructores. Eso lo sabe usted, ¿verdad? —Ella, incrédula, arruga

los labios—. Es así. Jugaron un papel crucial en la construcción de catedrales y otros edificios sagrados, maravillas como Chartres, como Notre Dame y tantas otras. Son obras que no solo reflejan el genio humano, sino que, en su belleza y magnificencia, elevan el alma hacia Dios.

El padre hace una pequeña pausa antes de rematar:

—El juicio final sobre sus intenciones solo le corresponde a Él. —Asiente con la cabeza—. Verá, no pretendo restarle importancia a su angustia, en absoluto, pero dígame si Aurelio continúa trabajando en el hospital.

Ella respira hondo, como si en ese acto buscara acomodar lo que acaba de oír. La serenidad del sacerdote y el hecho de compartir una misma fe la conforta y la invita a confiarse.

—Ahora solo se dedica al bar —responde—. Suele estar por las tardes.

El padre hace amago de querer pagar el desayuno.

—No se preocupe. Le invito.

—Oh, muchas gracias, doña…

—Remedios —dice ella—; discúlpeme, que ni siquiera me he presentado.

El olor a café recalentado se mezcla con el de la comida del día que sale de la cocina. Algunos clientes habituales van entrando sin saludar, ocupando mesas a las que parecen abonados. El padre Francisco agradece la aclaración y le responde con naturalidad:

—Y dígame, Remedios, ¿por qué dice que Aurelio ha sufrido mucho?

—Perdió a su mujer hace mucho tiempo y todavía no se ha recuperado.

—Vaya, entiendo. Hay pérdidas de las que cuesta reponerse, y más, si uno no confía en la gracia divina. Pensemos también que el Creador no da puntada sin hilo, hija. —La mujer comprende las palabras del cura, aunque la comprensión no alcanza el sentido

profundo de lo que transmiten. El religioso retira la silla y se levanta —. Gracias por la conversación y por la invitación. ¿Puede hacerme un favor, Remedios?

—Lo que sea, padre.

—Para que esta no sea una visita perdida, le pediría que le dijera a su jefe que le haré una visita mañana por la mañana..., en su templo. ¿Lo hará?

—Por supuesto, lo que quiera. Dice usted cosas muy... interesantes —termina por decir la cocinera mientras lo acompaña hasta la puerta de salida.

El padre abandona el local y la cocinera vuelve a su puesto distraída en sus pensamientos.

—¿Qué has estado hablando tanto tiempo? —pregunta el camarero molesto.

—Cosas sin importancia. Ya sabes que tengo debilidad por la religión, los curas...

—A mí no me la cuelas. Has visto la oportunidad perfecta. Todas las mujeres sois iguales: no dejáis a nadie tranquilo. Si el jefe quiere ser masón, que lo sea. ¿A ti qué te importa?

—Son artes oscuras.

—¿Quién lo dice?

—El papa Juan Pablo II. Es un pecado grave.

—Pamplinas mojigatas. Deja el tema, mujer. Te pagan para cocinar y no para meterte en asuntos que no te incumben.

—El jefe me incumbe, so bruto —responde afectada.

—Al final va a ser que está enamorada y todo... —suelta el camarero dándose la vuelta y en tono burlón.

—¡Eres tonto del culo!

—Claro —termina por decir, y, aunque no hace falta, vuelve a pasar la bayeta por la barra.

El padre Francisco camina hacia la parada de autobús más cercana. Las deliciosas tortitas le han llenado el estómago y es posible que no tenga hambre ni a mediodía. Llega hasta una calle en la que apenas circulan vehículos y se confía para cruzar sin mirar. No ha girado la cabeza cuando un todoterreno oscuro, grande, pasa a su lado a toda velocidad y provoca el vuelo de la sotana.



Alejandro sigue en su despacho leyendo el periódico, pasa muy despacio las páginas con la yema de los dedos; avanza línea a línea sin saltarse ni siquiera los anuncios pequeños. Mira el reloj de su muñeca de nuevo y continúa con la lectura. No se percata de que Isabel ha efectuado su rutinaria comprobación del estado en que se encuentran las habitaciones y de que sonríe satisfecha. El señor sigue concentrado en las grandes y rugosas hojas de papel y ella, que se mueve como una sombra, cierra la puerta con cuidado y va al salón, donde se encuentra la señora que está leyendo *El velo descubierto*, de George Eliot. Quién sabe por qué, al ama de llaves le gusta fijarse en lo que lee cada uno.

—Perdona, Matilde. No quiero molestar, pero no tardará en llamar el muchacho, ese tal Javier, el de la cita con la niña. ¿Recuerdas que te lo comenté y te pareció bien?

Matilde mantiene la mirada distante hasta que cae en la cuenta.

—Sí, recuerdo. Bien. ¿Sabes algo más de él?

—Por lo que me dice Diego, parece estudioso y cumplidor. Conozco a su madre, Julia, y es un cielo. Lleva limpiando la casa de mi hijo más de diez años. —Matilde cierra el libro y lo deja en el antebrazo del sillón. Se levanta hasta ponerse a la altura de Isabel.

—Sube, y si te dice que no bajará, dile de mi parte que se acabó el dinero para música. Nada de *Nirvana*. ¿No se iba a Madrid a ver a su hermano?

—Sí. Mañana viernes cogerá el primer autobús.

—Está bien, así la tenemos distraída. Ve a por ella.

Antes de que Isabel pueda subir a la habitación, se apresura a abrir la puerta. Es don Emilio, el párroco del pueblo. Acaba de llegar con las gafas de lectura colgando del cuello. Al inclinarse para saludar, su respiración tarda un segundo más en acomodarse.

—Buenas tardes, padre. ¿Viene a su partida de ajedrez?

—Buenas tardes, Isabel. Así es, pero antes tengo que hablar con Matilde.

—Muy bien, pase usted, no se quede en la puerta. Enseguida aviso de su llegada.

Entra en el espacioso recibidor de suelos laminados de madera de nogal, que brillan como si acabaran de ser encerados. Se deleita con el estanque de nenúfares pintado en el cuadro de la entrada: el agua refleja el cielo azul y las nubes esponjosas. Don Emilio cruza el umbral. La señora recibe al párroco con una amplia sonrisa, le hace un gesto con la mano para que tome asiento en el sillón situado junto a la ventana. Isabel, con su falda recta por debajo de la rodilla y una blusa lisa de manga larga, exhibe una dignidad profesional discreta y se aproxima cautelosa.

—¿Se le ofrece tomar algo?

—Sí, por favor, un vaso de agua, que se me ha quedado la boca seca por la subida.

El ama de llaves hace sonar el repiqueteo de los mocasines de tacón bajo y bien lustrados y abandona la estancia.

Don Emilio es el sustituto en las partidas de ajedrez que Alejandro tanto disfrutaba con su padre. El marido de Matilde también ha recuperado conversaciones sobre la vida y la política, algo que echaba mucho de menos.

—Eres una mujer excepcional, hija mía —dice el párroco con una afable sonrisa—. He visto lo que has hecho de la niña. Es toda una señorita. Sin duda, es una obra del Señor que has tenido la voluntad de llevar a cabo. Tienes que estar orgullosa.

—Gracias, padre. Dígame.

—¡Oh!, sí. No es agradable, en verdad. Es remover el oscuro pasado que nos acompañó con la pérdida de María, pero el Chaval no puede más. Le ha entrado un miedo inexplicable de repente, como si tuviera prisa por ir a algún sitio. No me lo ha contado en secreto de confesión, no; dice que solo te lo dirá a ti. Sin embargo… —Calla al entrar Isabel. Echa un trago y deposita el vaso en la mesa de cristal del centro—. Como iba diciendo, me gustaría que me hicieras ese favor.

—¿Solo me lo contará a mí?

—Eso parece. Habla con él. Tiene mucho deseo de contarte lo que vio. Solo confía en ti para este asunto. Hazme caso, hija. Pregúntale. Yo no puedo hacer más que venir aquí implorando que utilices tus dones para negociar con el chico.

—Desde luego. Lo haré. Yo no olvido a las personas que me han ayudado.

—Que Dios te bendiga. Me quitas una espina clavada en el corazón.

El padre se levanta apoyándose en los brazos. Matilde lo ayuda y, juntos, se encaminan hasta el despacho de Alejandro, que aguarda impaciente. Tienen mucho de qué hablar.

Isabel marcha con paso firme y decidido en busca de la niña, pero la interrumpe de nuevo el timbre de la puerta. Debe ser el chico que le ha buscado a Angélica. Matilde también ha oído la llamada y se queda unos instantes meditando lo que le acaba de decirle don Emilio antes de tomar asiento de nuevo. «¿Qué será eso tan importante que el pobre infeliz solo quiere confiarme a mí?», se pregunta.

Isabel se da prisa en recibir al chico e ir en busca de Angélica para poner en marcha su plan. Abre en un movimiento ágil y se topa con lo que para ella es un galán de telenovela latina. Lo mira discretamente y ve el rostro dulce de un ingenuo, demasiado delgado, la frente amplia. «¡Jesús bendito!, un cándido, pero tiene pinta de inteligente», se dice para sus adentros.

—Buenas tardes, he quedado con Angélica —dice Javier con tono suave.

Isabel lo mira con una especie de alucinación cinéfila. «Y es educado», no obstante, prefiere que no pase de la puerta. Confianzas, las justas, no vaya a ser que acabe metido en la casa al tercer día de haber conocido a la niña.

Angélica baja desganada e Isabel le informa de que la cita acaba de llegar. Se sorprende de que muestre colaboración. Le alegra que no haya tenido que utilizar las amenazas.

—¡No es una cita, Isabel! —grita Angélica a la defensiva.

—Claro. Por eso vistes como si fueras a la fiesta fin de curso del colegio, ¿verdad? —apostilla Isabel con sorna.

Angélica baja la mirada y se da media vuelta. Sube las escaleras de dos en dos y regresa con lo primero que ha encontrado, como si el gesto sirviera para reparar lo irreparable.

Para su sorpresa, está delante del niño simpático del teatro, más mayor, aunque recuerda los ojos azules.

—¡Guau! Estás preciosa..., si me permites decirlo. —Se ajusta la chaqueta, un tanto envarado.

—Gracias —responde Angélica ruborizándose y echando una mirada de odio a Isabel.

No esperaba que su voz fuera tan cálida; al escucharla, su expresión se suaviza sin llegar a darse cuenta. Los dos jóvenes marchan por la calle e Isabel se queda hablando sola, apoyada en el marco de la puerta:

—Es pronto para adelantarnos a los acontecimientos. Habrá que esperar a ver lo que pasa —dice antes de cerrar la puerta.

Javier ha elegido el bar más moderno dentro de las escasas opciones disponibles. El dueño ha querido ambientar el local con objetos de la cultura estadounidense: una máquina de poner música Jukebox Wurlitzer 1800 que no funciona, otra de videojuegos Super Pang y varios sombreros de *cowboy,* que adornan la parte alta de la

barra. Han dejado un hueco para la diana de dardos con velcro. Las mesas son pequeñas, con taburetes redondos y sillones variopintos. Es un híbrido entre pub y cafetería del lejano Oeste.

Al fondo del establecimiento, se encuentran con los amigos de Javier: Cristina, sentada junto a Sara, las superamigas que hablan como urracas y no saben pasar la una sin la otra. La conversación cesa de manera abrupta cuando Cristina se percata de la llegada de Angélica. Al verla, eleva ligeramente el labio superior y entrecierra los ojos. El aire entre ambas se espesa y Angélica necesita un respiro antes de tragar saliva.

La sonrisa se le escapa sin que pueda contenerla con cada beso en la mejilla de los amigos de Javier, que denotan una buena acogida, eso sí, un tanto ceremoniosa. Solo al llegar a Cristina aprieta la mandíbula.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta Javier.

—Un descafeinado.



El responsable del consistorio, Tomás Angulo, del PSOE apoya un codo en la barra, inclinado hacia el hombre trajeado que tiene a su lado. Entre ambos, dos vasos a medio terminar y una carpeta abierta con papeles que sobresalen.

—Como le decía, alcalde —dice el del traje—, el proyecto está listo para arrancar en cuanto firme la autorización. Solo necesitamos acceso al camino viejo —añade en voz baja, señalando un lugar del documento con la punta del bolígrafo. Tomás Angulo asiente despacio, abocinando los labios.

—Ese camino es delicado. Los vecinos no quieren máquinas pasando a todas horas. Ya sabe cómo se ponen.

—Lo entiendo, pero hablamos de un plazo corto. Dos semanas, quizá menos. Y habrá un gran beneficio para el municipio…, para usted. —De vez en cuando, el alcalde vigila a cuantos entran y salen

del local. Al divisar a Angélica se dice «es la hermana de Pablo»—. Espere aquí un momento, por favor.

El representante sonríe con rigidez y, desconcertado, baja el boli, que lo ha mantenido en alto hasta entonces, haciendo pequeños golpecitos sobre la carpeta.

—Hola, Javier. ¿Qué tal Nicolás?, ¿y Julia? —pregunta al chico antes de que pida en la barra.

Tomás conoce el nombre, los hijos y hasta las manías de medio pueblo; no por cercanía, sino porque le encantaba tener material con el que mover los hilos cuando le conviene.

—Bien… bien, gracias —responde brevemente.

—Voy a invitaros a esta ronda —dice resuelto el alcalde—. ¿Me podrías hacer un favor? —pregunta sacando un billete que deja en la barra.

—Si está en mi mano…, señor —añade Javier, extrañado.

—Preséntame a la chica —dice sin preámbulos.

—¡Ah! Claro. No la conozco mucho, pero no hay problema.

Tomás nunca soportó que el hermano de Angélica brillara más que él. Hace unos años, cuando Sandra —su novia por entonces— empezó a dudar, él se deslizó entre ellos con palabras medidas y sonrisas calculadas, hasta quedarse con lo que no era suyo. Con el tiempo, Tomás y Sandra terminaron casándose, y ahora tienen un hijo que él presume como si fuera la prueba definitiva de su victoria.

Javier solicita al camarero un café y un descafeinado. Luego, con un leve gesto de cabeza, invita a Tomás a seguirlo hasta la mesa.

—Angélica, te presento a Tomás Angulo. Es el alcalde…

El hombre se acerca despacio hasta la chica y la saluda con un beso en cada mejilla.

—Eres hermana de Pablo, ¿verdad? Fuimos amigos hace un tiempo. Buenos amigos.

—¡Oh, vaya! Creo que alguna vez me habló de usted.

Angélica se esfuerza en ser cortés. No debían ser tan amigos cuando Pablo jamás lo había mencionado.

—Dile a tu hermano que me has visto y dale recuerdos. —Angélica asiente con la cabeza y muestra una sonrisa forzada—. Una curiosidad: la casa de María Muñoz…, tu madre, ¿verdad?, está a tu nombre, ¿no es cierto?

Asiente con la cabeza otra vez.

—Sí, sí.

—Me temo que tienes que abonar las cuotas pendientes para que puedas llevar a cabo las obras que solicitas. Es un tanto embarazoso contártelo aquí, delante de tus amigos. Por nuestra parte no hay problema para que empieces cuanto antes, pero primero tienes que regular la situación. Luego te enviaremos la documentación necesaria. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro, señor. No hay problema con eso.

Tomás sonríe mostrando una dentadura perfecta y se despide con un breve gesto.

Es jueves, un día cualquiera en el calendario de Daniel, que yace desnudo cual estatua de mármol en el sillón de tres asientos. La televisión se ha convertido en su compañera inseparable durante las largas noches de insomnio. Nunca la apaga, salvo cuando sale de casa. Ahora, por la mañana, Televisión Española retransmite el programa *De par en par*, presentado por Jesús Vázquez.

En otros tiempos, habría estado a punto de tomarse su segundo desayuno antes de pasarse por el gimnasio, pero el fuerte malestar lo inmoviliza hasta que no aguanta más y se levanta como un muelle para ir al cuarto de baño. Coge el bote de pastillas de la primera repisa del armario y se traga un puñado de golpe. En el espejo, que resiste roto después de un codazo que ya no recuerda ni a qué se debió, repasa su rostro magullado con detenimiento; revisa la barba frondosa y los mechones que no logra sujetar la coleta. El dolor se va mitigando, sí, pero más despacio de lo que le gustaría.

Se acerca a la pila de ropa nueva y rescata unos calzoncillos azules, arranca la etiqueta con desgana, se los pone y camina con paso más firme hacia el cuarto oscuro, decidido a examinar las fotos del cura que ha ido haciendo. Las lleva hasta el improvisado despacho de trabajo que ha creado en el dormitorio principal. Ha preferido utilizar la cama como escritorio y las ideas sueltas e interrogantes que Daniel López lleva mascullando desde que conoció al padre Francisco se amontonan en anotaciones ordenadas en hileras. Gracias al inspector Granados tiene la filiación completa y el documento nacional de identidad del cura. Daniel sospecha, con indudable acierto, que su amigo le ayuda para que esté entretenido en algo. Sabe que, en realidad, el inspector opina que la investigación no tiene ni pies ni cabeza. Daniel no volverá a ignorar su intuición; hacerlo lo ha llevado hasta donde se encuentra ahora. «Hay algo seguro: si el cura no miente, tampoco dice toda la verdad», no deja de repetirse.

El corcho de la pared le sirve para ir colocando las fotos a medida que vayan cobrando sentido. De momento, las acaba de separar para tenerlas visibles. Le gustaría disponer del contorno del puzle y situar ya las piezas del exterior. Chasquea la lengua. Se le ocurre ordenarlas

por antigüedad: tiene una foto de Tomasa que ubica cerca del nombre de María, en el centro.

Cuando el padre Francisco se marchó tras la visita a Tomasa, Daniel López se coló en el hogar de la compañera de la difunta enfermera mostrando su carné de policía jubilado. Inventó que la hija de María estaba muy interesada en averiguar lo que le había ocurrido a su madre y que le había contratado como detective privado, aprovechando sus conocimientos para ayudar al religioso sin incomodarlo. Fue tan convincente en el discurso que la mujer quedó gratamente conmovida. Tomasa le explicó a Daniel su día a día en el hospital, su relación con María y con Aurelio, el celador: se pasaban pequeñas notas de mano a mano, procurando que nadie los viera, le contó.

Daniel permanece absorto en su mural y su mente divaga sobre la identidad del mendigo mutilado que yace junto a la puerta del portal del cura. Se pregunta si ese mendigo estará vinculado con María y con el *jeep* que sigue al padre Francisco. El teléfono suena. No deja de repiquetear una y otra vez en su cabeza. Se acerca al teléfono y lo toma con firmeza antes de descolgar.

—Buenos días, Antonio. Estaba esperando tu llamada. —Daniel respira aliviado.

—Tengo lo que me has pedido. Yo no lo he visto con mis propios ojos, pero el compañero del Juzgado de Arganda me ha comentado que el informe del médico forense tiene frases tachadas imposibles de leer.

—¿Sabes qué médico fue el que redactó el informe?

—Sí. Está jubilado. Se mudó a Madrid capital. Creo que no está bien de salud. La forense de nuestro juzgado dice que lo conoce y le ha llamado para preguntar si podías ir a visitarlo hoy por la mañana. Está viviendo con su hijo. Te recibirán.

—Gracias, Antonio. Eres increíble. Seguís siendo de lo mejor que he conocido. ¿Cómo está la jueza?

—¿Susana? Su mente y espíritu siguen tan firmes y agudos como de costumbre. Dice que te pases pronto a verla para tomar un café.

—Claro que lo haré. Ahora estoy muy ocupado, ya sabes. Tengo esa cita pendiente. ¿Y el resto?

—Vanesa, la garantía silenciosa para descubrir el misterio más oculto. Y Alberto, archivo inagotable de hechos y datos, siempre dispuesto a prestarte su ayuda, y Ana, la que encuentra la manzana podrida detrás de cada sonrisa y… —Antonio se detiene y cae en la cuenta de que se ha excedido—. Perdona, me he dejado llevar. Ya ves, en general, todos estamos bien.

Daniel cuelga con una sonrisa nostálgica dibujada en el rostro. Regresa al cuarto con la foto de una chica rubia.

—¿Quién será?, ¿una parroquiana? No suelen ser tan guapas… —dice en alto antes de abandonar la habitación.



Estaciona sin problemas en la calle Caridad de Pozuelo de Alarcón. Llama a la puerta y lo recibe un joven que bien podría encajar en una película de terror por su aspecto blanquecino, demasiado reflectante, y por los sombríos, profundos ojos que acompañan una larga mata de pelo desaliñada. Daniel echa la vista atrás por si se hubiera equivocado de casa; se había imaginado otra cosa. Pero no, confirma que es el lugar indicado. A pesar del aspecto inquietante, el joven se dirige al expolicía con unos modales exquisitos y le invita a pasar. «Tiene que ser el hijo del forense», piensa.

—Le encanta recibir visitas. Es la única distracción que tiene, aparte de la televisión. Hace mucho que nadie viene a verlo —susurra el joven, que se ha vuelto y contonea el cuerpo como una mujer.

Lo conduce por un pasillo que se abre a varias habitaciones y, una vez que deja a Daniel acomodado en una de ellas, se acerca hasta el anciano.

—Padre, permítame presentarle al policía que viene recomendado del Juzgado de Arganda, Daniel López.

Se despide con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa educada, como si el protocolo fuera parte de su piel.

El médico forense está sentado en un sillón eléctrico. La artrosis le impide moverse con agilidad y un respirador situado a la altura de los pies le alivia la disnea. En una pequeña mesa, hay un tablero de ajedrez con una partida iniciada. Las piernas del hombre, tan ágiles en otro tiempo, ahora se muestran inertes, como dos ramas secas. Sin embargo, su mirada sigue viva, y se clava en el tablero con la intensidad de quien busca respuestas en cada movimiento. Entre sus dedos, un alfil negro gira con lentitud, como si el mero hecho de acariciarlo lo ayudara a pensar. Afuera, la lluvia golpea la ventana con un ritmo monótono, y el leve crujido del sillón al inclinarse hacia un lado es lo único que interrumpe el silencio del cuarto, cargado de un aire denso, casi fúnebre, como si las sombras de los cadáveres que un día estudió estuvieran jugando con él su última partida.

—No te recuerdo. ¿De qué partido judicial eres? —pregunta sin saludar, más perplejo que curioso. No recuerda a ningún policía con ese pelo tan largo y la barba desaliñada. Le salva la ropa impoluta.

—Me he movido bastante. He pasado por muchos sitios —responde Daniel, que siente como una puñalada la mirada del viejo.

—Dime, ¿a qué debo este honor? —responde como si hubiera pasado la prueba.

—Vengo a preguntar por el caso de la difunta María Muñoz Sánchez. Un hecho que ocurrió el veinte de noviembre de 1975. ¿Lo recuerda? —Daniel carraspea y se endereza. Intenta meter un poco la barriga, pero no le sirve de nada.

—Hace mucho… Demasiados casos —dice con voz cansada. Al viejo forense le cuesta situarse—. Es posible que… —El alfil sigue entre los dedos de la mano que ahora se mueve con un vaivén tembloroso.

—Ocurrió el mismo día que falleció el caudillo —dice Daniel para ayudarlo a recordar.

El hombre se recoloca en el sitio con poca destreza, como si en lugar de su propio cuerpo manejara un bloque de hormigón. Ha

dejado de llover. Es un momento breve, casi imperceptible, pero un rayo de sol se abre paso entre las nubes y parece iluminar el interior desordenado del cuarto.

—Franco, Franco… El pobre hombre estaba en las últimas desde que le dio el infarto. Fue lo más parecido a un buen padre. He de reconocer —deja pasar unos segundos para continuar— que su marcha me quitaba el sueño, así que cuando me llamaron de madrugada para que acudiera a aquella casa, estaba despierto.

—¿Recuerda el caso? —Daniel se espabila.

—Sí, sí. Por aquel entonces vivía en Villarejo. ¿Sabe dónde le digo? Está cerca del pueblo de la difunta María Muñoz. —A Daniel no le suena e interroga con el gesto—. Sí, hombre, sí, yendo por la carretera de Valencia. No está lejos del pueblo que usted mencionaba. Esa mujer debía tener unos cuarenta años, poco más o menos. Ya me vienen mejores recuerdos de aquella noche. Era una vivienda de dos plantas. Me abrió la puerta un guardia civil con bastantes kilos de más. El alcalde estaba junto al cuerpo de la mujer. Vestía un uniforme de enfermera.

—Hablamos de la misma mujer. —Daniel se acomoda de nuevo en el sofá, aunque el forense no le ha perdido de vista en ningún momento.

—Parece que la medicación no le está funcionando bien, joven. Esas heridas duelen mucho. Siempre he admirado a los policías: convivís con lo peor de las personas y seguís adelante una y otra vez. En mi profesión he visto las consecuencias de las malas obras y los comportamientos llevados al límite. Es admirable que estés aquí. Cualquiera se hubiera dedicado a sus quehaceres cotidianos o… yo qué sé… a pasar y disfrutar del paso del tiempo, sin más, pero estás aquí, intentando averiguar algo de hace ¡dieciséis años! Tengo las piernas inservibles, pero esta —se da unos golpecitos en la cabeza— me sigue funcionando a la perfección. Esa pobre… estaba bien nutrida. Presentaba una cuerda de cáñamo alrededor del cuello. Las livideces cadavéricas indicaban que llevaba en esa postura alrededor de tres horas —hace una breve pausa para coger aire—, perdone —se aclara la garganta y continúa—, creo que la muerte rondaría sobre las

dos de la mañana. No presentaba otorragia bilateral, equimosis palpebral ni conjuntival.

—Perdón, son términos que no entiendo. ¿Qué significan?

—Oh, sí, disculpe. No le sangraban los oídos ni tenía hematomas. Nada que indicara traumatismos, aunque no llegué a practicar la autopsia del cuerpo.

Se produce un silencio incómodo. El anciano parece haber perdido el hilo de su discurso, aunque, más bien, ha terminado, pero Daniel no comprende qué alcance tiene lo que acaba de decir. Espera unos segundos para ver si el médico añade alguna conclusión, pero no lo hace. Daniel se impacienta y se mueve. El sillón cruje; parece aguardar también una reacción en el forense que no llega.

—¿Se suicidó o no? —pregunta Daniel. Es lo que necesita oír.

—No. No se suicidó. Al menos no con una soga. Pero no pude hacer un examen clínico. Todo quedó anotado en el informe y en estos términos.

—¿Lo dejó bien anotado? ¿Sin equivocaciones o tachaduras?

—Eso es. Bien anotado.

Es suficiente. No puede sino reconocer que el cura estaba en lo cierto, algo que le inquieta más todavía porque deduce que sabe más de lo que dice. Se pregunta cómo habría reaccionado el páter ante esta información. «Con lo estirado que es, habría hecho un gesto diminuto y punto». Se acaricia la barba de manera inconsciente y da pequeños toquecitos con el talón en el suelo. Regresa a la realidad con un suave sobresalto, imperceptible por el forense, que le sigue con la mirada tras las gafas de cristal ancho.

—¿Recuerda si estaba la casa desordenada?

—Tal vez.

—Bien. No lo entretengo más. Ha sido usted muy amable. Gracias por su tiempo. —Daniel se da por satisfecho y se levanta con ímpetu.

—¡Espere! —El forense agarra un maletín que tiene a su altura. Es antiguo, tanto como la ropa que viste y que Daniel no sabe

diferenciar si se trata de un pijama o de un pantalón de chándal negro. Las manos del especialista tiemblan sin control. Pulsa un botón y el maletín se abre de golpe. Saca una cuartilla en blanco junto con una pluma y anota unas cuantas frases ilegibles—. Dele este papel al farmacéutico que está al final de la paralela a la principal y dígale que va de mi parte. —Daniel se aproxima y coge el papel con cara de asombro—. Tómese una pastilla cada ocho horas. Tiene que ser bastante disciplinado. Esto le quitará el dolor. El tratamiento dura tres meses, de modo que, en cuanto acabe, tendrá que venir a verme de nuevo.

Daniel no sabe qué decir. Le sobreviene otro pinchazo fuerte sin avisar —otro de tantos— y se agarra el costado con fuerza. El viejo lo observa sin perder detalle. Daniel se recompone y le da las gracias.

—Lo haré, doctor. Volveré a verlo en tres meses.

El anciano forense asiente con la cabeza y con las manos, que le responden a duras penas, coge el mando de la televisión que tiene a la derecha y aprieta el botón de encendido.

Daniel tiene que darse una buena carrera hasta el coche para mitigar un dolor difícil de soportar. Se sienta al volante, abre la guantera y coge un bote medio lleno de pastillas blancas, pequeñas, que engulle como si fueran gominolas. Siente un fuerte nudo en la garganta que le quema por dentro. Palpa el suelo del asiento del copiloto con la mano hasta dar con una botella. La destapa y bebe de un solo trago, sin pensarlo. «Qué mierda; sabe a rayos». Espera un rato hasta que el dolor va cediendo y, después, algo más recobrado, arranca para continuar con las siguientes citas de la mañana.

El cielo, bajo y plomizo, le cala el ánimo. El aire húmedo se le pega a la ropa y le enfría las manos. Piensa en el cocido humeante de Cándida en su recorrido hacia el Seminario Conciliar de Madrid.

Llama a la puerta y tardan en contestar. Un par de minutos después abre el bedel de la institución, un hombre grotesco, bajito y pelirrojo al que le faltan varios dientes. Daniel le cuenta una historia algo mal preparada sobre la presunta implicación del padre Francisco en una estafa.

Y, bueno..., ocurrió lo que esperaba: el bedel se puso en contacto con el rector y este le dijo que no podía dar información de ningún tipo sin una petición formal. Daniel guarda su libreta, cubierta de anotaciones, y asegura la pestaña del bolígrafo en el bolsillo de la chaqueta. «Qué pérdida de tiempo y qué idea más estúpida», piensa. Sale por la entrada del edificio, mezcla de arquitectura moderna con detalles tradicionales, hacia su Renault Clio gris aparcado en la esquina de la calle San Buenaventura, pegado a la valla del seminario. El bedel lo sigue, cojitranco, a unos metros.

—¡Oiga!, ¡espere! —le grita.

Daniel voltea y lo ve llegar sin aliento.

—Yo le diré lo que quiere. Aquí dentro no encontrará a nadie que hable. Me conozco las historias de los estudiantes que han pasado por aquí y soy un buen ciudadano; me gusta contribuir con lo que puedo a que esto no sea un nido de ratas. Porque esas de ahí son ratas, ¿sabe? —dice el hombre señalando el edificio. Se ha quitado la gorra para hablar con Daniel y, entre la maraña de pelos, se entrevé una calvicie prematura.

—Habla —dice muy serio Daniel.

—La vida está muy cara, señor. Tengo diez hijos que alimentar. —Se pasa una mano por la nuca. El aire frío lo alivia de la carrera, aunque las rodillas protestan.

Hace meses que Daniel no pasa tanto tiempo en la calle, y ahora, frente a ese caradura, nota cómo el cansancio le sube por la espalda.

—Ya podías haberte inventado otra cosa, joder. Diez hijos. ¡Si no te llega la edad ni para el quinto! Espero que lo que vayas a contarme sea bueno, porque no estoy en uno de mis mejores días.

Saca un billete de cien pesetas y se lo entrega. El hombre se lo guarda en la bragueta con un ágil movimiento.

—Ese cura era especial, amigo, muy especial. Aquí se portó bien, era muy inteligente y buena persona. Aborrecía las injusticias. Era muy respetado, hasta que le dio por marcharse a África sin acabar los estudios, se fue como estos... no me sale el nombre. —Se toca la

frente para recordar con más claridad—. Como un voluntario. ¡Eso es!

—¿Me estás mintiendo?

—Nooo…, por Dios. Solo colaboro con la policía —asevera el bedel, que más que un trabajador parece un niño disfrazado.

—Se colabora gratuitamente —resuelve Daniel mirando hacia otro lado.

—Vamos, no se ponga así. La información es buena. ¿Quiere que le diga más cosas que sé de buena tinta?

El bedel sonríe, achica los ojos y Daniel le hace entrega de un segundo billete de cien pesetas.

—Dicen que, en un pueblo remoto de África, el cura estaba con unas mujeres de la tribu, de esas que van vestidas de colorines, cerca de un pozo, cuando llegó un grupo de bandidos. Días antes habían estado acechando el pueblo para secuestrar a las jóvenes y venderlas como esclavas. Por lo visto, se encaró y les gritó que aquellas chicas eran hijas de Dios, que nadie tenía derecho a tocarlas. Pero no lo escucharon. Arremetieron contra él hasta dejarlo tirado en el suelo, inflado a latigazos.

—Ya. ¿Qué más?

—Cuentan que, al oír los gritos desesperados de las muchachas, el cura se levantó con la furia de un San Miguel en batalla y se lanzó sobre ellos como un oso desatado: puñetazos, patadas, hostias a manta. La ira, señor policía, lo poseyó la ira. Fíjese hasta qué punto que en medio de la pelea se hizo con un machete y le cortó el brazo a uno. Ahí acabó la emboscada. —Daniel busca la mentira en el bedel, pero no la encuentra—. Se convirtió en leyenda… y no es para menos. Las mujeres armaron historias sobre la valentía del joven curita y la protección de Dios. Mire, hablando en plata: los tiene bien puestos. Regresó antes de tiempo porque cogió la malaria y se puso malísimo.

—Entonces, ¿no es cura? —pregunta Daniel. El bedel se hace el remolón. Al policía no le escapa lo que pretende—. No me vas a dejar ni para tomar un café.

Daniel rebusca en los bolsillos y solo encuentra un billete de quinientas pesetas. Se lo entrega a regañadientes al hombre, que le sonríe mostrando un incisivo superior roto y tres caries oscuras.

—Su tío Anselmo tiene mucha mano en las altas esferas. Francisco tiene su parroquia, en el barrio del Pilar: Santa María del Val. Muy cerca de donde vive.

—Eso ya lo sé. ¡Devuélveme mi dinero, saco de pulgas! ¡Gnomo del infierno! ¡No corras, cabrón!

El bedel se aleja cojeando, pero a una velocidad sorprendente. Daniel sabe que si se excede, el dolor volverá: se detiene, jadeando, y escupe en el asfalto.

Tendrá que recurrir a otro bote de fabada. Se ha quedado sin dinero para comer fuera. «Adiós al cocido de Cándida», se lamenta. En los pantalones le quedan unas monedas sueltas y busca una cabina de teléfono. Hay una cerca y está libre. Entra y marca.

—Quedamos para comer en el bar de la esquina de mi calle. Hacen un cocido de muerte. Tengo nueva información sobre el caso del cura.

—…

—Estupendo, sabía que podía contar contigo. ¡Ah! Una cosa, Jorge, hoy te toca pagar a ti.



Casa Cándida es un bar acogedor, no muy amplio, que atiende a los clientes con mucho cariño. La cercanía de la señora e hijos que sirven compensan las sillas desgastadas, las patas desiguales de las mesas arañadas que brindan un singular vaivén a quien se confía. Jorge Granados está sentado en una mesita pegada a la esquina desde la que puede ver la entrada. Va vestido a tono con el día: oscuro y gris. Aparta el visillo blanco de la ventana con la mano y ve a su amigo Daniel aparcar el Renault Clio cerca de la puerta. Da unas fuertes caladas al cigarro que sujeta entre los dedos y presiona la colilla contra el cenicero hasta apagarlo por completo. Daniel empuja

la puerta del bar con un amago de sonrisa en los labios. Sus ojos recorren el local buscando caras conocidas y localiza al inspector que le hace movimientos con la mano para que se acerque. Se dan un efusivo abrazo.

—¿Has estado aquí antes? —pregunta Daniel.

—No, la verdad es que no. ¿Se come bien?

—De lujo. ¿Tienes dinero?

—Sí. Me alegro de que alguna vez comas algo decente.

—¡Joder! Yo estoy sin blanca. Menudo hijo de puta de bedel. Vamos a pedir primero y ahora te cuento desde el principio.

Cándida asoma por la cocina y se fija en Daniel. Le falta tiempo para llegar y saludar. Con su habitual ritual de preguntas sobre cómo estaba y qué tal iba todo, les arranca una sonrisa antes de tomar nota de lo que iban a pedir.

—Anda, habla. ¿Qué has descubierto? —El inspector coloca cuidadosamente la servilleta sobre los muslos antes de llevarse el vaso de vino a los labios—. Me tienes intrigado.

Daniel le cuenta su visita al médico forense. Sin terminar de exponer los detalles técnicos del expediente, llega Cándida con una olla repleta de humeante caldo.

—¡Que aproveche! —dice la buena mujer, que se seca las manos en el delantal.

El inspector se lleva la cuchara a la boca y no parece sentir el mismo placer que su amigo, que al primer bocado cierra los ojos para prolongar la delicia.

—Entonces…, ¿no se suicidó?

Daniel regresa súbitamente de su ensoñamiento. Se lleva un trozo de pan a la boca y sin dejar de masticar responde que no. Detalla su visita al seminario y el encuentro con el rastrero bedel. El inspector asiente como si también él hubiera asistido al encuentro y se pasa la servilleta por los labios. Hace un regreso simbólico al pasado para ordenar los hechos que conoce. Las Navidades del 73 no puede

olvidarlas por mucho que quiera: aquel día del encargo, Francisco quedó a merced del animal de su padrastro y, poco después de esas fechas, su tío Anselmo lo acogió en el centro. Dejaron de tener contacto y tampoco su madre volvió a verlo hasta mucho después. Jorge creyó que Francisco lo culpaba a él de algún modo por la situación tan penosa que le tocaba vivir; y, desde luego, Marisa, que lo quería como a su propio hijo, lamentó mucho que se olvidara de ellos.

—Hablaré con mi tío Anselmo, por si sabe algo más de Francisco —dice Jorge. Daniel asiente con la cabeza.

—Pero hay algo peor: le sigue un todoterreno, así que me pregunto hasta qué punto está metido el cura en este asunto. Ya te dije que mentía en algo. Oculta cosas; eso sí, no parece sospechar que lo están siguiendo. Me da que se la están jugando a sus espaldas. Así que, una de dos: o es un ingenuo total o un buen pastor.

El inspector palidece de repente. Deja la servilleta bien doblada encima de la mesa.

—No es tonto. —Jorge agacha la cabeza unos segundos recordando la puerta que nunca pudo atravesar. Si hay que catalogar a Francisco entre tonto o buen pastor, la respuesta es clara. No hay nadie dispuesto a hacer un sacrificio de esa índole como no sea él. Cuidó y cuida de su rebaño de los peligros dando su vida si es necesario. «El afeminado de Francisco ya ha demostrado los cojones que tiene», se dice el inspector—. Tenemos que averiguar quién lo está siguiendo. Yo iré contigo. Extraoficialmente, claro.

VIERNES, 31 DE MAYO DE 1991

El padre Francisco viste vaqueros y una camiseta negra de manga corta, ceñida al cuerpo. Su figura es atlética, aunque la delgadez lo acompaña desde la infancia como una sombra persistente. Camina con paso firme por el inicio de la calle José Lázaro Galdiano, con la mano afianzada sobre su bolsito negro de bandolera.

Se detiene delante del templo masónico y se pregunta qué verdades se esconderán tras esas puertas. Llama y lo reciben. Se presenta como amigo de María Muñoz Sánchez y pregunta por Aurelio. No tiene que esperar demasiado frente a la puerta. Aurelio, un hombre de sesenta y cinco años llevados con sorprendente gracia, se persona enseguida. «Tiene un aire al actor francés Alain Delon», piensa el cura.

—No puedo serle de gran ayuda. Apenas conocía a María, salvo del hospital. Parece que no pudo con la presión de vivir con el vago de su marido y sus dos hijos. Tuvo que marcharse al pueblo para que sus padres le echaran una mano con los niños. Una pena.

—¿Un vago dice usted que era el marido? —El padre Francisco eleva las cejas y se toca la bandolera inconscientemente.

—Un vago, sí. Nunca le daba dinero para nada. Jorge García creo que se llamaba… No estoy seguro. María…, qué buena persona. Qué carácter. Un ángel. Pero, como le he dicho, apenas la conocía. No sabría contarle mucho más.

El padre Francisco se toca el mentón.

—Dígame, ¿qué pasó la noche de su muerte?

—No lo recuerdo. Hace demasiado tiempo y… me están esperando. Será mejor que entre ya. Véngase otro día, o mejor: pásese por mi bar y hablaremos extenso de María. Recordarla me hace bien. Era tan especial…

El cura lo mira resignado y promete esa visita. Agacha la cabeza y luego le tiende la mano para despedirse.

—¡Aurelio! Escuche esto: «El vencedor heredará todo esto. Yo seré su Dios y él será mi hijo. En cambio, los cobardes y desconfiaos, los depravados y asesinos, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y embusteros de toda clase tendrán su lote en el foso de fuego y azufre ardiente, que es la muerte segunda». Apocalipsis 21:8.

Aurelio asiente como si le diera la razón. El padre no puede ver la cantidad de preguntas y de objeciones que se cruzan en su cabeza.

—¿En qué consiste servir a Dios, padre? —El cura guarda silencio, con las manos entrelazadas y la mirada fija—. En hacerle bien a la humanidad. Eso es todo. —Aurelio le da unas palmaditas suaves en la espalda—. Espero volver a coincidir con usted. Me ha encantado conocerle.

La esbelta figura de Aurelio desaparece bajo el umbral. El cura mira su Casio, farfulla en voz baja y sale disparado hacia la parada antes de que el autobús se le escape.

Jorge Granados y Daniel están dentro del Renault Clio elucubrando hipótesis sobre la conversación que ha podido mantener el cura. Va cobrando fuerza la idea, por la expresión que refleja la cara de Francisco y lo rápido que ha terminado la visita, de que no ha conseguido nada nuevo. Daniel se entretiene guardando la cámara en su estuche, concentrado en ajustar cada cierre con precisión. El inspector le da un leve codazo y levanta la barbilla señalando en una dirección. Daniel levanta la vista y ve que Aurelio sale a hurtadillas del templo, volteando la cabeza para mirar atrás. Jorge actúa rápido: se baja del vehículo y lo sigue sin ser visto. Daniel hace lo mismo, pero Jorge le hace señas para que se quede dentro.

Aurelio dobla la esquina y camina hasta una calle paralela al templo masónico. Un todoterreno negro, aparcado en batería, espera con alguien dentro. Aurelio se aproxima, abre la puerta y se acomoda en el asiento del copiloto. El inspector se ha detenido delante de un escaparate. Le ha parecido ver a un tipo de pelo largo y barba, aunque no está del todo seguro.

El conductor del *jeep* es un gitano payo de piel aceitunada, conocido como Melenas. Hoy lleva el pelo suelto, cayéndole hasta los

hombros; le da un aire despreocupado. Se ajusta la chaqueta cuando entra Aurelio, que apenas lo ha visto un par de veces. Lo que más le intimida no es su porte, sino esa nariz: grande, ligeramente torcida, como si guardara memoria de viejas peleas. «¿En cuántas se habrá metido para acabar con ese careto?», se pregunta el masón.

—No he podido venir antes —se excusa Aurelio.

—¿Qué quería?

—Me ha preguntado por María.

—¿Y qué has dicho?

—Nada.

—Nunca me quedó claro que fuera ella la que se llevó lo que estamos buscando —dice Melenas, que desvía la mirada y suspira.

—Claro que lo hizo —asegura Aurelio con rotundidad—. Yo estaba allí y lo vi todo. Llevaba tiempo trabajándose al abuelo en el hospital. Cada vez que podía, le lavaba el cerebro con esas ideas raras suyas. Nos infectaba a todos con sus locuras. Eso que la mayoría no le hacía ni caso, también es verdad.

—¿Qué locuras?

—Hablaba de vivir sin gobernantes —dice impostando la voz—. ¡Yo qué sé! ¡Ah! Y decía también que cada persona tenía que ser responsable de sí misma.

Aurelio rompe a reír y Melenas tuerce la boca. Sus ojos permanecen fijos en el horizonte, como si allí se escondiera un sobre con la respuesta a sus dudas.

—¿Cuál es tu papel en todo esto? —pregunta Melenas.

—Ya sabes. No nos toca meternos en los asuntos de la sociedad, pero mi obligación era poner en conocimiento el lavado de cerebro que esa mujer quería hacerle a Franco en los últimos días de su vida.

—¿Qué quería conseguir? —Melenas coge una libreta de la guantera.

—No lo sé —asegura Aurelio—. Lo que sé es que aquella noche salió de la habitación con un maletín. El dictador le entregó algo. Se excusó diciendo que se encontraba mala y ni siquiera se cambió de ropa. Se fue sin más. Con el maletín.

Melenas recuerda que tuvo en sus manos ese portafolios, pero estaba vacío y lo dejaron en la entrada de la casa de María. Ahora se percata de que podría haber llevado doble fondo. Arruga la nariz y suelta una pequeña maldición para sí.

—No me gusta trabajar con desconocidos.

—¿Sabes qué? A mí tampoco.

Aurelio sale del vehículo dando un portazo.

El inspector vuelve a buen paso y entra en el auto. Mira a Daniel y, con tono urgente, le recita la matrícula del *jeep* Cherokee antes de ordenarle que arranque. Daniel obedece sin dudar y gira en la primera calle que encuentra, decidido a no perder de vista el vehículo.

Dan varias vueltas sin rumbo hasta que el todoterreno, por fin, parece encontrar el camino que buscaba. El coche del inspector se mantiene a una distancia prudente y sus ocupantes llevan ya diez minutos de trayecto sin cruzar palabra, avanzando en dirección a Villaverde, que también dejan atrás. Se desvían por Santa Eugenia, bordean la estación de tren y siguen descendiendo por una calle en la que apenas hay tráfico. El paisaje está salpicado de grúas junto con esqueletos de edificios en construcción.

El *jeep* ha reducido la velocidad y todo apunta a que busca un sitio donde aparcar en las inmediaciones de una clínica de rehabilitación, en la calle Sierra de Gredos del distrito de Villa de Vallecas.

Melenas sale del vehículo y entra en el local como si fuera el dueño. Saluda con confianza a la recepcionista, una joven rubia de ojos azules que le devuelve una mirada insinuante. Sin detenerse, desciende por las escaleras de la derecha que conducen al sótano y abre la primera puerta metálica que encuentra. Al otro lado, en una sala amplia y luminosa, hay una mesa cuadrada blanca en el centro,

rodeada por doce sillas vacías. Al fondo, dos hombres conversan en voz baja, ajenos por completo a su llegada.

En esos sótanos llevaban tiempo trabajando en la puesta en marcha de la Operación Tabula Rasa, una iniciativa encaminada a manipular a la sociedad a través del individuo y destinada a crear el ser obediente perfecto

—Estamos trabajando para mejorar los resultados —refiere Philip, el hombre que dirige el laboratorio. Viste una bata impoluta en la que destaca el bolsillo superior lleno de papeles doblados pintados, y rotuladores multicolores que delatan no solo cansancio, sino también desorden.

—La confianza se pierde rápido. Es algo muy sencillo: nos das lo que te pedimos y continúas jugando con tus cacharritos. Que no hay nada, pues a por el siguiente candidato —añade Thomson, el máximo responsable de la operación Tabula Rasa. Se ha desplazado personalmente desde Londres para asegurarse de que se cumplen los mismos objetivos que en el resto de los laboratorios repartidos por el mundo. Pero en España, las cosas no están saliendo como esperaban. Se ajusta el botón de la chaqueta de su traje verde oliva.

—Trabajar con ciertas sustancias no genera consecuencias inmediatas. Las pruebas obtenidas en los sujetos confirman un amplio espectro de posibilidades. Para conseguir dominar la voluntad y doblegar como queremos…

—¡Silencio! —exclama Thomson anotando unas líneas en los folios que tiene apoyados encima de la mesa—. Se acabaron las excusas: o me ofreces mañana lo que te he pedido o cancelo el proyecto y regresas a tu antiguo puesto. No hay más que hablar.

Philip recoge exaltado los informes y los guarda en una carpeta portapapeles marrón de clip metálico en la parte superior. Se dirige con paso ligero hasta la puerta de salida, camuflada en la pared, en la esquina del final de la sala.

—Siguiente cuestión —dice Thomson, que hace un gesto con la mano para que pase Melenas—. Bien, ¿qué tenemos por aquí?

—El cura se ha entrevistado con el masón. No sabe una mierda, pero los polis me han seguido hasta este lugar. He intentado despistarlos, pero no he podido.

—¿Cómo te has dejado seguir, imbécil? ¡Pareces nuevo! —Thomson se queda pensativo y luego mira al frente—. Hay que moverse. Aunque, total..., para los resultados que tenemos, lo mismo da.



Los dos compañeros recorren el local, escrutando cada rincón en busca de algún indicio que pueda revelarles información. Descubren un acceso al sótano. Es estrecho y Daniel duda si podrá entrar. Mientras el inspector permanece en guardia, atento a cualquier presencia que pueda interferir en su investigación, Daniel se vuelve al coche y se aprovisiona de un par de herramientas incautadas: una cizalla, una palanca y una pequeña linterna que guarda en el bolsillo del pantalón. Regresa al agujero medio tapado por una reja oxidada y rota en la pared de un callejón sin salida. Arranca el hierro con la palanca y corta lo que puede. Echa un vistazo con la linterna y deduce que el suelo está cerca.

—Un vistazo rápido, sin entrar en detalles. ¡Deprisa! —le ordena el inspector.

Daniel se quita la chaqueta y se desliza ignorando los pinchazos con los que se le queja el cuerpo. Llega a una sala lúgubre donde lo único visible es el suelo polvoriento y un montón de sillas apiladas en la esquina. El fuerte olor a humedad le sofoca la nariz y le provoca un escalofrío en la piel.

Avanza por un pasillo en el que hay varias puertas, una está abierta. No se lo piensa y entra. El cuarto tiene el aire de un quirófano. La lámpara que cuelga del techo proyecta una luz tenue que apenas logra disipar las sombras. El frío es más intenso ahí y se le mete en los huesos como agujas heladas. En el centro de la habitación hay una silla blanca con correas de seguridad, salpicada de sangre. Se acerca despacio hacia una mesa de metal. Hay un bloc

abierto. Se detiene a hojearlo dirigiendo el foco de la linterna. Está escrito a máquina:

ESTUDIO SOBRE EL MÉTODO DE CONTROL POLÍTICO APLICADO EN PROGRAMAS DE MODIFICACIÓN DE LA CONDUCTA SOCIAL

El ser humano es inestable emocionalmente. Se tiene que desarrollar una política que sirva para el control social…

Los ignorantes son más fáciles de manipular y destruir…

Las drogas son la herramienta fundamental para anular al individuo y…

—¡Qué mierda es esta! —exclama Daniel de viva voz.

Suelta la libreta de un manotazo y se acerca a una grabadora. Dentro hay una cinta. Oye pasos y, de un brinco, se gira hacia la libreta para dejarla como estaba. Busca un escondrijo, pero no ve dónde y se oculta en el lugar más sombrío de la habitación.

Entran dos hombres y aguanta la respiración como puede. Uno de los primeros se dará de bruces con él si no sale rápido. La puerta está entreabierta y logra colarse; apenas se ha movido el aire de la estancia. «Ratas», murmura el tipo que regresa después de haber dado un portazo.

Daniel coloca varias sillas para acceder a la salida. El inspector lo sujeta con las manos mientras él se ayuda de la verja oxidada. Tira de bíceps para que el resto del cuerpo pueda terminar de salir.

—Aquí dentro hay tela que cortar, Jorge.

Vuelven a repartirse las tareas: el inspector se dirige a una cabina de teléfono y Daniel vigila. Granados contacta con la centralita y recibe el mensaje de que han llamado del Centro en el que trabaja su tío Anselmo para decirle que fuera lo antes posible; al parecer, se encuentra muy mal. El agente al otro lado de la línea no puede facilitarle más información, solo pedirle que acuda cuanto antes. El inspector solicita un indicativo policial para que se dirija al local de Vallecas, pero todos están ocupados en el incendio de un colegio del

que han tenido que evacuar a los niños. Pregunta por su equipo, sin éxito: están desplegados en la calle. Evalúa rápido la situación y ordena al agente que contacte de inmediato con alguno de los suyos para que se persone en la dirección que le dicta y regresa al coche.

—Ponte en marcha. Me tienes que llevar a ver a mi tío.

—¿Y qué hacemos con estos cabrones?

—No está lejos. Me llevas rápido y regresas. He avisado a mi equipo para que venga alguno lo antes posible. No creo que en diez minutos desmantelen un sitio como este. ¡Dale, hostia!

Daniel arranca y pisa a fondo el acelerador.

ARCO, SÁBADO 1 DE JUNIO DE 1991

En lugar de las butacas individuales y acolchadas que solían adornar el despacho de la Moncloa, Felipe González ha preferido sillones más amplios y confortables. También ha renovado el mobiliario, optando por piezas funcionales y minimalistas que liberan espacio y facilitan el tránsito.

Felipe mira por la ventana mientras aspira su habano y reflexiona sobre cómo aliviar la carga de la deuda de los españoles. La realidad que enfrenta está marcada por sanciones, impuestos y obligaciones financieras, y multitud de cambios que espera sean bien recibidos. Los tiempos evolucionan, y con ellos, la política.

El presidente escucha el crujido de la puerta al abrirse. Entra Arco.

—¿Cómo te presentas así? ¡Por Dios, y qué mala cara tienes! ¿Te persigue alguien? —Felipe suelta una risa burlona.

—Tú lo has dicho. Tenía que verte. Vengo a hablarte sobre los americanos y la clínica de rehabilitación.

Arco se acomoda en un sillón, cruza las piernas y pone las manos sobre su regazo. Felipe González la mira sin pestañear. El silencio entre ambos se carga de significados. Las palabras solo esperan que ambos sincronicen su atención para revelarse. Felipe sabe que lo que está por decir Arco no será trivial.

—Cuando quieras.

—Los americanos se han ido de Villa de Vallecas. El local se ha quemado por completo.

—¿En serio?

Exhala una voluta de humo que se expande por la sala y su mente regresa a la llamada con el rey. Algo dijo que lo dejó sin habla por un instante: «¿qué era?», se pregunta haciendo esfuerzos por acordarse.

Se levanta y da unos pasos como para equilibrar el peso de los pensamientos que lo molestan.

—¿Qué hacían allí?

Arco no responde. Su mirada está fija en un punto de la habitación. Y Felipe también presta atención a la misma esquina, pero no hay nada. El presidente ladea la cabeza y vuelve la mirada de nuevo a ese rincón sin encontrar lo que ha dejado hipnotizada a su mano derecha.

—¡Arco! —Felipe se impacienta y la chica regresa a la conversación.

Arco se levanta y va hacia la ventana. La sombra ha salido por ahí, pero ahora solo ve los perfiles de los edificios con una luminosidad casi dorada y una leve brisa que mueve las copas de los árboles.

—No hay rastro de la sombra —musita.

—¿Cómo dices?

Arco se detiene en el rostro del presidente, que eleva una ceja esperando una respuesta.

—El fuego ha sido provocado desde varios puntos. La policía llegó tarde por culpa de otro incendio en el distrito, un colegio. Qué casualidad, ¿verdad? No tenemos nada. Si vuelven a intentarlo, me ocuparé de localizar la nueva ubicación, aunque… será complicado.

—Bien. Mantenme informado. Pero ¿se puede saber qué hacían allí?

—En resumen, moldear la conciencia colectiva, influir en cómo piensan y actúan, y llevar a la gente justo adonde quieren… Usan drogas de diseño.

—¿Qué dices? Parece el guion de una película mala.

—¿Cómo van las obras del búnker? —pregunta ella antes de salir por donde había entrado.

—Para finales de año. Eso espero.

ANGÉLICA, SÁBADO, 1 DE JUNIO DE 1991

Gladis llama con unos golpecitos. Angélica abre con desgana, desvelando un cuarto en penumbra, con el aire viciado de la noche. Espera que la sirvienta pronuncie lo que le parece que está a punto de decir, pero lo que hace Gladis es ordenar el caos de la habitación con la mirada. Angélica sigue con la mano aferrada al pomo de la puerta, en pijama y con malas pulgas.

—¿Qué quieres?

—El desayuno está listo. ¿Se encuentra bien? Tiene mala cara.

Angélica no responde y, sin inmutarse, le cierra la puerta en las narices. Gladis cree comprender el motivo de su enfado. «Es por lo de su padre, ese sinvergüenza», se dice. Menea la cabeza y siente lástima por la chica. «Habrá que poner más variedad en el desayuno». Y se da media vuelta.

Huele a café recién hecho y se oye el cacharreo de Gladis en el fregadero. Las tostadas acaban de salir. La sirvienta se seca las manos, saca el pan caliente del tostador y lo unta de mantequilla y mermelada de fresa. Deja el pan en un plato aparte junto con los huevos y el beicon. Angélica se acerca a la mesa y besa en la mejilla a Rosa, cuñada por matrimonio y hermanastra por crianza, antes de saludar también a su hermano Pablo. Un poco de maquillaje no oculta las marcadas ojeras, pero disimula la palidez de su rostro. La chica lleva el pelo despeinado, la mirada apagada y camina más encorvada que otras veces. El matrimonio intercambia una mirada resignada y Pablo continúa hojeando el periódico como si no pasara nada.

Angélica se planta delante de los huevos fritos con beicon, el zumo de naranja recién exprimido, el café con leche templada, las tostadas y el cuenco con cereales. Se sienta y de un sorbo acaba con el café.

—Debería alegrarse en lugar de ponerse triste. Ojalá me enterara yo de que mi padre es rico en lugar de pobre. Me cambiaría la vida de

arriba abajo —dice Gladis, risueña.

—¿Cómo?

—¡Gladis! —Pablo suelta el periódico de golpe y la sirvienta se ruboriza. Siente la mirada acusadora de su señor y sabe que lo mejor es desaparecer. No termina de entender la reacción de Pablo.

Angélica fija la mirada en su hermano a la espera de una respuesta. Él vuelve a concentrarse en el periódico. Rosa tiene una tostada a medio camino entre el plato y la boca.

—¿Qué pasa?

—Nada, cariño —apunta Pablo, que simula leer alguna noticia interesante, a juzgar por las interjecciones que suelta.

Gladis, que ha subido como si la persiguieran, recoge las sábanas de la cama con manos temblorosas. No se ha dado cuenta de que Angélica la mira desde el quicio de la puerta.

—¡Gladis! —La sirvienta se gira. Angélica está pálida y, con la mano, le pide que se siente a su lado—. ¿Qué has dicho antes de mi padre? —Su voz suena amable y su mirada sostiene un brillo tranquilo—. Perdóname. Me he comportado como una idiota contigo. Me encanta cómo eres. Además, siempre tienes buenas palabras conmigo. Cuéntamelo todo, por favor.

—¿En serio?

Angélica asiente con la cabeza.



Es una parroquia modesta de ladrillo visto con una arquitectura moderna que se aleja de lo convencional. La construyeron bajo la influencia del plan de 1960 de la Diócesis de Madrid. Hay quienes dicen que la distribución es un completo desastre, que nunca se tuvo en cuenta el espacio, ya sea por la disposición de la puerta de entrada o, sencillamente, por la forma que adoptó. Muchos coinciden en que las vidrieras de la capilla mayor son lo único que se puede considerar

valioso. En la capilla pequeña, los confesionarios se alinean como guardianes de los secretos.

Para el padre Francisco y para muchos feligreses, es un refugio. El oasis perfecto en medio del ajetreo de la ciudad. El momento de conexión con Dios, con la armonía y la paz. El sacerdote avanza hasta el confesionario con pasos sigilosos. Abre la puerta y se adapta a la penumbra, a la tenue luz que se filtra a través de la celosía. La estola morada cuelga sobre la inmaculada túnica. Solo los susurros que emiten los feligreses al recitar sus plegarias rompen el silencio, al que se suma el crujido de la puerta lateral. La persona se acomoda en el reclinatorio. Por lo que deduce el cura, se trata de un hombre corpulento. El recién llegado estornuda un par de veces —el sacerdote se contiene para no decir nada antes de tiempo—, se suena y de su garganta emerge una voz profunda y resonante que susurra la consabida fórmula:

—Bendígame, padre, porque he pecado.

—Dios, que es misericordioso, está con nosotros. Cuéntame, hijo mío, ¿qué pesa sobre tu corazón? —contesta el padre en tono acogedor.

—Padre..., hace tiempo que no confieso. Ni sé si sirve de algo. Solo sé que necesito decírselo.

—Dios siempre escucha. Aunque a veces parezca que no.

—Ayer mismo, me encargué de que todo el barrio tuviera comida para una semana. Tenía que haber visto la cara de aquellas personas. Estaban felices.

—Eso te honra —dice mientras aguarda, paciente, la razón auténtica de su pesar.

—He tenido una vida difícil. Mi madre era prostituta. Murió de sida. Soy huérfano o lo era hasta que encontré a mi verdadera familia. Me protegieron cuando más lo necesitaba; bien es verdad que las ayudas nunca son desinteresadas. —Hace una mueca y continúa—. Me piden hacer ciertas cosas y... las hago.

—¿Qué cosas?

—Matar. —El padre Francisco agudiza su atención—. Quito la vida a personas. Muchas veces. Son personas a las que no odio y por las que no siento nada. Son encargos. Pero una vez..., una vez sí lo hice por mí. Hace menos de un mes. Descuarticé a uno que abusaba de su hija. Até partes de su cuerpo con cuerdas y me salió la forma de una caja. De algún modo, soy un Dalí —dice tratando de imprimir a su confesión un aire menos grave; luego vuelve a estornudar, pero el cura no osa ni remotamente perder el hilo del relato—. ¿Sabe? Es un modo de arte. La cabeza terminó encajando porque empujé con fuerza. No podía dejarlo vivo. No sé si fue justicia o venganza. Todo el que pasó por la plaza del barrio vio mi obra maestra. La gente tiene que aprender a hacer lo correcto a la fuerza, no hay otra.

El cura cierra los ojos. Un zumbido le taladra las sienes. Solo hay oscuridad y la plata filosa de un cuchillo. Una sombra temblando en el suelo y sus propias manos manchadas. Respira hondo y vuelve en sí.

—¿Te arrepientes?

—No lo sé. Nunca pienso en ello, salvo en una ocasión. Sigo viendo la cara de esa mujer en mis pesadillas una y otra vez. Tenía hijos pequeños. Y lo hice de todos modos. Mire la ironía de la vida, padre, un huérfano acaba haciendo más huérfanos. Tendría que haberla dejado viva con sus niños, pero no; y no temblé, ni mucho menos. Creo que me llevé a un ángel y eso... se paga. ¿Tengo perdón?

El padre Francisco no responde. Le tiemblan los finos dedos escondidos bajo las ropas. Se esfuerza por ver más allá de la rejilla, pero no distingue ningún rostro, solo la silueta. Y sombras; sombras como las que habitan en su corazón. Matar. Piensa que, tal vez, ese hombre... le está robando las palabras que él nunca se atrevió a decir. Lo que siente al escucharlo no es rechazo, sino un extraño alivio. Matar. Morir.

—No siempre llega el perdón en forma de olvido. A veces, llega cuando uno se atreve a mirar al monstruo... y no aparta la mirada. ¿Te arrepientes en lo más profundo de ti?

—No. Sin embargo, si volviera atrás en el tiempo, sí que dejaría a la chica con vida.

El cura tuerce los labios en una media sonrisa. Se lleva una mano al pecho, donde late ese órgano que debería inclinarse por la justicia, por la condena contra aquel que ha osado arrebatar la vida a otros. Pero no puede. No logra ver en ese hombre a un monstruo. Piensa que solo Dios tiene el poder de dar y quitar la vida, y que él, como sacerdote, no es más que una herramienta dentro del gran plan divino, y no precisamente con la potestad de juzgar.

Aun así, un frío lo recorre. Las manos le tiemblan muy a su pesar. El corazón se le desboca: tiene delante a un asesino confeso, alguien que no teme mostrar su verdadero yo. Y, sin embargo, incluso en esa actitud de quien no lamenta haber llevado un acto ignominioso —«¿es valentía o, tal vez, socarronería?»—, percibe dudas, vulnerabilidad. «¿Será Dios dándole una oportunidad para cambiar?», se pregunta.

Deja caer las manos sobre las piernas. A pesar del espanto, levanta la mano derecha con toda la templanza de la que es capaz. Recuerda que los hombres buenos no son los que no sienten temor, sino los que siguen adelante a pesar de él. Le pide a Dios que lo asista en el camino, pese a la cobardía y el dolor que acarrea. Le pide a Dios la fuerza para liberar su propia alma. Por primera vez, no se siente solo. Y solo entonces se centra en quien lo espera buscando perdón.

—Todos somos hijos de Dios y, por eso mismo, tenemos algo en común: estamos hechos a su imagen y semejanza. Tenemos oscuridad al matar, y tú la muestras al mundo. Pero estás aquí, confesando tus pecados. No somos perfectos, pero podemos elegir. Te entiendo más de lo que imaginas. Yo sigo con Dios porque aún creo en la salvación. Y tú también lograrás la liberación si dejas de matar. Arrepiéntete, hijo. Dios hará el resto.

—¿Y si eso no sirve? Matar es necesario. Es mi trabajo. Y, a veces, se hace justicia.

—Entonces…, ¿por qué recuerdas a la chica?

—¿Remordimientos? —Se produce una breve pausa—. No lo sé. Alguien tiene que ensuciarse las manos. Yo estoy sucio desde hace mucho. Los remordimientos son como el óxido: entran despacio y, cuando te quieres dar cuenta, estás podrido por dentro.

—A lo mejor estás aquí porque esa podredumbre ha llegado al máximo y solo te queda limpiarte. —El padre Francisco agacha la cabeza. La mano ha dejado de temblar. Respira profundamente—. ¿Quieres hablar de algo más?

—No —dice muy tajante; y se aparta de la celosía cuando le sobreviene un nuevo estornudo.

—Bien… Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. La Pasión de nuestro Señor Jesucristo, la intercesión de la Bienaventurada Virgen María y de todos los Santos, el bien que hagas y el mal que puedas sufrir te sirvan como remedio de tus pecados, aumento de la gracia y el premio de la vida eterna. Vete en paz. ¡Y cuida ese catarro!

—¡Espere!

—¿Qué ocurre?

—No quiero matar a otro ángel. ¿Entiende?

El hombre sale rápido del confesionario. El padre Francisco cavila apenas un instante y decide ir tras él. Es, como anunciaba su silueta, un hombre corpulento, moreno; diría que lleva una coleta, pero no está seguro. Aligera el paso y entonces alguien lo sostiene por el brazo y le hace detenerse en seco.

—¡Padre! —exclama una voz familiar.

El cura gira la cabeza y exclama:

—¡Angélica!, ¿qué haces aquí?

—¿Podemos hablar?

—Claro, por supuesto. Ven, acompáñame.

El padre Francisco no tiene otro remedio que dejar ir al sujeto. Eleva la cabeza para ver algo más a través de los feligreses que deambulan por el pasillo central buscando el mejor asiento para la

misa. Ve que el hombre se le pierde de la vista al cruzar la puerta de salida.

El cura vuelve la vista a la chica, que está pálida y algo despeinada. La coge de la mano y busca alejarse de la gente. Se sientan en el primer banco de madera junto a una de las capillas. A pocos metros, una anciana vuelve a encender una vela por cada una que se apaga. Hace ademán de sentarse a su lado, pero se los queda mirando y decide alejarse. La ven arrodillarse en uno de los bancos de oración, juntar las manos e inclinar la cabeza en actitud devota.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué existe la mentira? —pregunta Angélica sin preámbulo alguno—. ¿Qué gana Dios?

—Dios, no gana nada. La mentira viene de nosotros porque es más fácil mentir que enfrentar el dolor. Uno miente para defenderse o para proteger a alguien. —El padre, que no termina de salir de su sorpresa, reflexiona sobre lo que acaba de decirle a la adolescente—. Pero la verdad, aunque duela, es lo único que sana. Lo más triste es que vivimos tan rodeados de mentira que cuando alguien dice la verdad, resulta escandaloso y lo tachan de descarado. O de loco.

—Entonces…

—Entonces, la mentira es más cómoda y eso mismo la hace más peligrosa. Cuando uno miente por sistema, puede perderse. A la larga, acaba por no distinguir lo que es de lo que finge ser. Yo prefiero decir la verdad. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Alguna vez habrás mentido, ¿no?

El padre Francisco agacha la cabeza.

—Sí, Angélica. He mentido. Y con cada acto perdido, Dios nos vuelve a dar la oportunidad de cambiar y de elegir bien. No nos fuerza porque se trata de que lo hagamos nosotros. Ese es el camino de la perfección.

—Entiendo. A mí…, ¿sabes?, me ronda la idea de marcharme de casa de Matilde. No pinto nada allí. A veces siento que soy dos personas. Una que quiere… y otra que no quiere.

El cura cierra los ojos. Vuelve a respirar profundo. Los abre para captar el sentido que esconden las palabras de la chica.

—Confidencia por confidencia, querida Angélica: yo soy tres: el que cree, el que duda… y el que aún grita por dentro. —La joven lo mira divertida—. Ellos te quieren mucho.

—Se han portado muy bien, pero… me han mentido. Todos. Gladis ha sido la única que me ha dicho la verdad. Me ha contado lo de mi padre. Creo que tú también lo debes saber. Todo el mundo lo sabía menos yo.

El padre Francisco no le responde de inmediato.

—Hablas así porque estás enfadada. Se te pasará.

—No quiero volver a esa casa, padre. ¿Alguna vez has sentido que no tienes algo como un hogar?

Las luces de las capillas laterales se encienden una a una, con un parpadeo tenue que va despertando los volúmenes de piedra y las hornacinas. El silencio se quiebra a intervalos por el vaivén de las puertas de acceso: un golpe sordo, el roce de las bisagras, pasos que entran y se apagan. El altar, ya iluminado, emerge al fondo con una claridad contenida: la mesa desnuda, los dorados apagados, las sombras recogidas en torno al crucifijo. El padre Francisco cierra los ojos y exhala con fuerza. Mira el retablo como si buscara una respuesta en el pasado.

—Somos las mismas personas con distinta cara. Sé a lo que te refieres. Más o menos, a tus años, hice lo mismo que tú ahora. Terminé en África. Huía, pero Dios tenía sus planes y me trajo de vuelta antes de lo que hubiera deseado. Cuando regresé, todo seguía igual. Nada había cambiado. Créeme: si no resuelves lo que te atormenta, tarde o temprano acabarás igual, solo que, con más años, más cansancio y cargando el peso de más errores. Hay que hacer frente al monstruo.

—Yo no sé cuál es el mío. No reconozco…

—Tranquila. Paso a paso. Yo estoy en proceso de aceptación de muchas cosas. Quiero ayudarte. Si quieres, puedo acompañarte a ver

a tu padre. Gladis tiene su dirección, ¿verdad? No hace falta pedirle nada a tu hermano ni a Rosa. ¿Qué te parece?

Angélica asiente con la cabeza.

—¿De qué huías?

—De mí, Angélica, de mí. —La chica lo mira con ojos incrédulos. El padre Francisco permanece impasible, con el rostro ensombrecido y una sonrisa triste—. Te acompañaré. Mereces saber la verdad. Creo que Dios nos ha hecho equipo para sacar a la luz los trapos sucios tanto de tu familia como de la mía, y por el camino se nos van a ir revelando nuestras propias mentiras, ¿no te parece? —Su voz es firme, pero hay un matiz de ternura en ella. Sopesa sus siguientes palabras y añade—: Respecto a no volver a tu casa: lo mejor será que termines selectividad. Después, veremos juntos qué hacer. ¿Trato hecho? —Angélica asiente en silencio. El padre le dedica una última mirada serena—. Dios no nos olvida. No estás sola. Y no creas que huyendo arreglas algo, ni mucho menos. Cargas la mochila de lo que te pasa contigo, donde quiera que vayas.



Gladis camina al frente marcando el ritmo; no ha podido negarse desde que Angélica se muestra más amable con ella. Llegan al edificio y ven que la puerta está abierta; el conserje habla con el quiosquero de enfrente y en ese instante está de espaldas. Llaman al ascensor y suben hasta la quinta planta. La sirvienta señala una puerta y se aparta: ha tenido demasiadas emociones y ha llegado a la conclusión de que vivir en la ignorancia es, a veces, la única forma de conservar la paz. Se vuelve y su figura desaparece al inicio de la escalera.

Angélica mira al padre Francisco y él responde con un leve asentimiento. La chica llama al timbre. No hay respuesta. Insiste una y otra vez, sin suerte.

—Era de esperar. ¡Vámonos, padre! Ni siquiera tiene valor para abrir. ¡Que se vaya a la mierda!

FRANCISCO, JUNIO DE 1991

Desde la ventana del dormitorio, el padre Francisco ve al mendigo mutilado, fiel a su rutina de pedir limosna. Como cada día, se santigua tres veces, intentando ahuyentar los pensamientos que amenazan con atormentarle.

Acaba la última operación matemática de su libro y lo guarda en el cajón del escritorio junto con el lapicero. Se acerca hasta el mueble de puertas de madera, adornadas con motivos geométricos, y entreabre el primer cajón. Saca una pequeña foto, vieja, desgastada. Le da la vuelta y lee con nostalgia: «Te quiero, Francis. Anaís». Y vuelve a dejarla donde estaba.

Se viste, se cepilla los dientes, termina de asearse y toma su bandolera. Tiene dentro el documento nacional de identidad, lo extrae del interior y lee en alto su nombre completo. Cae en la cuenta de algo: ¡es mañana! Abre con ímpetu el segundo cajón del escritorio —siempre se atranca—, coge un papel en el que hay anotada una fecha, una hora y la dirección de un notario en la zona de las Ventas. El padre lo memoriza y lo deja donde estaba. A punto de salir de la casa, algo se lo impide.

Es ella, Anaís.

El corazón del cura ha subido de revoluciones; le ha entrado un calor intenso en las mejillas y se ha quedado sujetando el pomo de la puerta como si fuera lo único estable a lo que aferrarse para no caer. No tiene la mente clara ni sabe qué decir.

—¡Dios mío, Francis!

Anaís le sostiene por el brazo, entra con él en el piso y lo guía hasta el sofá. Toma un vaso de la cocina y lo llena de agua. Vuelve, se arrodilla junto a él y le acerca el vaso. Él da un pequeño sorbo y se lleva una mano a la frente como para asegurarse de que eso está sucediendo. Las mejillas recobran su tono habitual. Solo entonces, como si despertara de un sueño largo y confuso, alza la vista. Sus ojos tropiezan con los de Anaís. Le cuesta creer que esté ahí, delante

de él, a escasos centímetros. Francisco nota que esa mirada le desordena todo. Algo se le mueve por dentro, un crujido leve, antiguo.

—Has cambiado —susurra él.

Anaís sonríe, ladeando un poco el rostro.

—Y tú no tanto.

Una risa ligera, casi temblorosa, escapa de los labios de esa mujer carismática que tenía la virtud de llenar los espacios con su sola presencia. El pasado no llega pidiendo permiso, sino que se alza entre ambos con una claridad incómoda. El sacerdote le sostiene la mirada, como si intentara reconocer en ella a la joven que una vez amó.

—Creí que había olvidado… —admite con voz baja, como si se tratara de una confesión—. Pero no, nunca fue olvido… Solo fue que lo enterré.

Anaís no parece sorprendida, pero entre ambos se alza una claridad incómoda.

—Yo también lo enterré —susurra.

Francisco vuelve a cerrar los ojos. Su postura pierde por un instante la rigidez aprendida y en ese mínimo gesto reaparece el sentimiento viejo—. Si las cosas hubieran sido distintas… —comienza a decir, pero Anaís lo interrumpe.

—No lo fueron. Y no lo serán.

Ella baja la mirada. Nerviosa, se frota las manos antes de soltar lo que lleva tanto tiempo guardando y que ha venido a confesar.

—María murió por mi culpa.

Francisco, incrédulo, levanta la cabeza.

—¿Qué?

Anaís traga saliva para recobrar impulso y poder continuar. Son muchos años de sostener la carga.

—Fue por mí…

Francisco se hace cargo de la dificultad, aunque está seguro de que lo que tenga que contar no es tan grave como pretende. Anaís, tan locuaz en otro tiempo, hecha de contradicciones tanto como de un corazón generoso, se parece a la mujer que tiene delante, pero quizá no es la misma. Tampoco él lo es. La mira y la remira sin juicio, solo con una mezcla de incredulidad y compasión. Con una pizca de asombro también.

—¿Qué pasó? No creo que fueras tú. No, Anaís —dice.

Ella se deja caer sobre el respaldo del sofá, los ojos brillantes. Francisco extiende una mano hacia ella, como quien busca un modo de consuelo en el contacto. Sus dedos rozan los de Anaís. Por un instante, pasado y presente se entrelazan en un gesto que no necesita palabras. Anaís ha detenido su mirada en el vaso que aún sostiene. Se ha incorporado y ahora tiene los hombros rígidos.

—El general ingresó en el hospital. Y lo convencimos para que… —Juguetea con el borde del cristal y declara—: Yo lo orquesté todo.

—¿Tú…?, ¿qué dices? ¿Por qué?

La sonrisa de la mujer es amarga, como si la única respuesta posible fuera obvia.

—Creí que era lo correcto. Creí que, si podía manipular la situación, evitaría que la sangre llegara al río. —Su mandíbula se tensa—. Algo pasó en el camino.

—¿Qué? ¿Qué… fue? —Trata de moderar sus ansias y eleva una íntima petición a las alturas: «Templanza, Dios mío; concédemela cuando más lo necesito».

Anaís se afloja y deja caer la cabeza contra el respaldo del sofá.

—Me acobardé. Era demasiado grande para mí. Yo, Anaís, que no era más que una adolescente, liderando a las personas hacia el nuevo mundo. Los dejé en la estacada. Mi padre tuvo que improvisar. Y la tragedia siguió su curso.

—¿Quién es tu padre?

—Trabajaba en el mismo hospital que María. Era celador.

—¿Aurelio, el celador, es tu padre? ¿El masón?

Francisco aprieta los labios. No ha tenido que decir tal cosa. Y entonces pregunta:

—¿Qué pasó esa noche?

Anaís se encoge de hombros y baja la mirada.

—Franco firmó el documento que le pedimos. —Se echa a reír sin ganas y sus ojos se humedecen—. Solo he venido a decirte que dejes de investigar. María no se suicidó. No lo hizo. Ya tienes lo que querías. Déjalo estar. La gente que va tras el documento es peligrosa. Mataron a María y matarán a cualquiera que se meta en este asunto. Me hago cargo desde ahora: tenemos una pista para encontrarlo.

—¿Está perdido ese documento?

Anaís suspira y le devuelve una mirada sin respuesta. Al poco, dice:

—Sí. María lo escondió y nadie sabe dónde. O nadie sabía dónde hasta ahora. Pero no necesitas saber nada más. Lo que buscabas es esto y ya lo tienes: María no se suicidó.

—No lo hago por mí, créeme. Lo hago por Angélica.

—He hecho lo que he podido para ayudarla. No puedo dar marcha atrás en el tiempo. Si pudiera, lo haría. Me habría presentado allí y habría cogido ese maletín yo misma. Nos has ayudado mucho con ella. Sabía que lo harías. Por eso te mandamos allí.

—¿Cómo sabes…? ¿Me mandasteis…? —El padre Francisco hace una pausa y cae en la cuenta de algo—. Madre mía.

—Nunca te he dejado solo. Te he estado acompañando todo este tiempo.

—¿Fuiste tú? Aquella voz en la casa de María… Creí que me lo había imaginado. —Anaís asiente con la cabeza.

Francisco aprieta los puños y rememora el día en que se adentró en la casa buscando, si no respuestas, algún indicio siquiera. No tuvo suerte. En su interior se ha desatado una ola de emociones que lo golpea sin piedad: el pasado, las heridas y las decisiones mal tomadas lo alcanzan con una claridad desgarradora.

Anaís se pone en pie: la conversación la ha agotado. Se levanta, se yergue y se atusa la melena. La conversación ha llegado a su límite. Francisco se levanta también y da un paso hacia ella. No oculta la preocupación que siente.

—Olvida este asunto.

—No puedo. Me habéis metido sin saber qué hacía y ahora necesito averiguar la verdad. Espero que puedas hallar paz en tu corazón.

—Paz —repite, y la palabra le sabe en la boca como si fuera un fruto extraño, desconocido por completo—. La única paz que puedo conseguir es si termino lo que empecé. Tu Dios no es el mismo que el mío.

Francisco percibe que ya no hay vuelta atrás. Anaís toma aire y agradece que el encuentro toque a su fin.

—Me voy, Francisco. No quiero que sigas investigando, no quiero que sigas desenterrando lo que no tiene arreglo. Déjalo ir. Déjame ir.

El cura hace oídos sordos y la toma por el brazo en un vano intento de hacerla desistir. Le dice que aún pueden hablar, que hay opciones. Solo la determinación en los ojos de la mujer que amó le descubre que ha dicho su última palabra.

Anaís se acerca a la puerta y la abre sin mirar atrás. En el aire, la certeza de que algo se ha cerrado para siempre.

Francisco se queda a solas con su zozobra, que se manifiesta con una presión en el pecho. Consulta el Casio y se levanta con desgana, pero aún aguarda unos minutos para salir a su compromiso con la misa de las siete. Se ajusta la sotana casi por instinto, como si el gesto mecánico pudiera devolverle la compostura.

Baja por las escaleras estrechas del portal. Alguien ha dejado la marca de las suelas de las zapatillas en la pared impoluta. Se detiene. Esa huella sucia en la pared inmaculada. Le sube un fuerte calor que le colorea el rostro. Recuerda a su madre subir por unas escaleras con paredes llenas de suelas de zapatos distintos. Consuelo decía que su nuevo novio los sacaría de la pobreza. Recuerda la suciedad, los portazos, los buzones rotos, el edificio grafiteado con feo arte callejero, el olor rancio. «Es como si el mundo nunca cambiara, como si las huellas que dejan las personas siempre estuvieran para recordarte lo que eres, lo que siempre fuiste y serás». Se pregunta si es un cobarde. Le asalta el impulso de dejar las cosas como están, de aferrarse a lo que ya tiene: su iglesia, los feligreses, la tranquilidad. Eso debería bastarle… ¿o no? Se dice que sí hasta que el recuerdo de Angélica irrumpe. Si él no quita esa huella en la pared, ¿quién lo hará? Saca un pañuelo del bolsillo y frota la pisada. Unos cuantos frotes más y desaparece. Se guarda el pañuelo en el bolsillo y continúa bajando.

Ya en el portal, se topa con el mendigo gordo al que le faltan las manos y los dientes. No tiene cabello, salvo un camino de pelo encrespado que coloniza la encarnecida zona baja del cuello, que termina en una coleta fina. Deja dinero en el cacillo roído. El mendigo hace el gesto de querer decirle algo en secreto. Se aproxima y le susurra. El indigente queda contento y abre satisfecho su boca desdentada. El padre Francisco se endereza. Sus ojos recorren cada rincón, farola, escaparate y detalle de la calle: no ve nada raro ni sospechoso. Se santigua tres veces tres y camina a buen paso por la calle que lo conduce a la parroquia.

Desde su posición han visto cómo el sacerdote examinaba su alrededor con desconfianza.

—Podía habernos visto —dice Daniel apurado.

—Pero no lo ha hecho —responde Granados.

—¿Estás seguro de esto? Si sale mal…

—No se me ocurre nada mejor. Tenemos que esperar a que vengan por él y entonces les damos caza.

—¡Joder! Cómo se ha complicado este asunto. El local quemado y ni un puto hilo que seguir. Y lo de tu tío.

—¿Qué pasa con lo de mi tío?

—¿Qué pasa, que estoy aquí para que veas lo que se pone delante de los ojos? No me jodas, coño. Tu tío estaba cojonudo. Hizo un paripé, un teatrillo como el mejor de los actores. No tenía nada. Lo dijo el médico.

—Anselmo no es de esa calaña.

—Y este cura no mentía y fíjate lo que trae detrás. Un sicario de los cojones. —El inspector deja caer la cabeza al oír a Daniel—. ¡Vaya con los clérigos de las pelotas!

—Tienes razón. Es demasiado arriesgado. Te he metido en este asunto y no tenías por qué hacerlo. —Se pasa la mano por el cabello, inquieto. Hay pesar en su voz que no sabe cómo disimular—. Déjame en la esquina. Iré solo.

—No, ¿qué dices? No me he debido explicar bien. Vamos a dejarnos de tonterías y al lío.

Daniel arranca el vehículo, mete la primera y circula despacio en dirección a la iglesia.

El padre Francisco llega a la puerta de la iglesia y tiene oportunidad de ver a un pequeño grupo de feligresas que discute sobre quién irá a visitar a una enferma. La conversación se torna acalorada, hasta que el sacerdote se interpone con firmeza:

—Lo haré yo —dice resuelto—. ¡Venga para dentro, que no es malo orar antes de que la misa empiece!

La sorpresa se dibuja en los rostros. El cura, sin detenerse ni dar pie a explicaciones, se aleja del corrillo, pero la vista se le va a la acera de enfrente. Le ha parecido reconocer a su amigo Coque y no se va a quedar con las ganas de decirse cuatro cosas. El mendigo se lo ha dicho con claridad: la policía te está siguiendo. Justo cuando se dispone a cruzar la calle, alguien grita:

—¡Francis!

Se detiene en seco. Es la voz de Anaís.

Un golpe seco irrumpe en el aire, seguido de algunos gritos y pasos apresurados. La gente se aparta con desconcierto; hay murmullos, alguien llora. En el suelo, una mujer permanece inmóvil.

La Policía Nacional tiene acordonado el lugar de los hechos. El agente que se entrevista con el padre Francisco es bastante joven. Luce una alianza en el dedo anular de la mano izquierda y con la mano derecha anota lo que revela el cura de manera atropellada.

—¡Espere! Cálmese. Así podré entenderle mejor. No me da tiempo a apuntar los nombres. ¿Quién es la mujer? —El acento ceceante delata que es de Cádiz. No se quita la gorra de plato. Es más bajito que el padre Francisco y el atuendo le queda un tanto desajustado: el bajo de los pantalones, corto, y las costuras de los hombros de la camisa gris le caen un par de dedos por debajo de su sitio.

—Perdone, agente —responde Francisco tratando de adoptar una calma que está muy lejos de sentir—, le decía que esta mujer se llama Virtudes Soria, que es una parroquiana, que al verme ha cruzado la calle para saludar. Siempre lo hace. Pero no ha visto el coche que venía a toda velocidad. El conductor se la ha llevado por delante y ni siquiera ha parado para ver lo que ha ocurrido.

—¿Puede darme algún dato más del vehículo? —El agente sigue con la mirada al cura, que sostiene las llaves de la parroquia en la mano.

—Era negro, muy grande. Uno de esos que se usan para el campo. No he podido ver la matrícula. Solo… el cuerpo de Virtudes saliendo disparado por los aires sin control, delante de mí y sin que yo pudiera hacer nada. —El padre aprieta los puños.

—¿Adónde iba usted con tanta prisa?

—Pues, oiga, iba a hablar con el inspector Granados y ese compañero suyo que tiene ahí: Daniel se llama. Sepa que me han estado siguiendo.

El agente se rasca la cabeza con el boli pensando en la conexión que podría haber entre un cura, un inspector y un policía jubilado.

—Dice usted que se detuvo en seco porque oyó que alguien lo llamaba. ¿Quién era? —Francisco encaja la pregunta y responde que era Anaís, una amiga—. ¿Y bien?, ¿dónde está ahora? —El cura baja la mirada y niega con la cabeza—. Vale, entonces se para en seco porque cree escuchar la voz de su amiga que lo llama, se gira, no hay nadie, y, cuando inicia la marcha para cruzar, presencia el atropello. —El párroco palidece. Recuerda el gesto de Virtudes sonriendo—. Hay que tomarle declaración en comisaría. —El padre Francisco parece no haber escuchado: se ha girado como si la cosa no fuera con él—. ¡Oiga!

—Sí, sí. No se preocupe.

El sacerdote apenas ha dormido. Camina titubeante, como si le costara mantener el equilibrio, y está más pálido que de costumbre. La noche anterior salió tarde de las dependencias policiales y aún resuena en su mente el martilleo de la Olivetti Studio 46 verde. Termina de arreglarse para ir a la cita con el notario. Daniel lo espera en el salón para acompañarlo y sabe que, a partir de ahora, será su guardaespaldas. Antes de salir juntos de la casa, el policía jubilado le sugiere que se quite la sotana para no llamar tanto la atención. El padre se niega sin vacilar:

—No cederé al chantaje, ni renunciaré a mi identidad. La Iglesia es mi hogar, la sotana mi estandarte, y jamás permitiré que el mal me doblegue. Si ha llegado mi hora, confío en que Dios me protegerá.

Daniel, al oír la respuesta, inclina levemente la cabeza en señal de respeto.

Estacionan el vehículo en las inmediaciones de la Plaza de Toros de Las Ventas y cruzan entre los vehículos hasta llegar al portal que buscan. El cura se detiene frente al telefonillo; en un recuadro diminuto, junto a la tecla del primer piso, apenas se distingue el nombre de la notaría Ferraz Sanz.

Presiona y, sin que nadie responda, la puerta maciza se abre. La notaría está en el interior de un piso antiguo de Madrid. La recepcionista desprende la típica sonrisa forzada para agradar a quien llega y el padre Francisco piensa que la mueca se le ha debido quedar fija de tanto abusar. Saluda de manera cortés y pide el carné de identidad al cura, que lo extrae de su bolsito negro. La recepcionista lee en alto los datos del párroco para comprobar que son correctos y los anota en una cuartilla blanca recién estrenada. Cuando termina, la chica de ojos pequeños se levanta y les indica que la acompañen. Se mantiene erguida en los tacones altos; con la práctica, ha conseguido caminar igual que una modelo de pasarela. Sostiene en la mano derecha un boli de la empresa y con la mano izquierda se toca el collar de perlas que le cuelga del cuello.

Entran en una sala con una mesa amplia rodeada de multitud de sillas. Las cuatro paredes exhiben estanterías llenas de libros, muchos de ellos de derecho, y diplomas que acreditan la formación

del notario. Hay varias fotos en blanco y negro de la Plaza de Toros de Las Ventas, del año 1960, que adornan la pared.

—Es mejor que espere fuera —le dice Daniel al cura.

El ayudante del inspector le pregunta a la recepcionista dónde se encuentra la salita de espera al tiempo que Francisco lo agarra del brazo con firmeza.

—¿Qué ocurre? Sé que apenas nos conocemos, pero en este asunto prefiero… No quiero estar solo.

Daniel contempla con ojos atentos al padre Francisco: nota el temblor en la mano que le sujeta el brazo. Asiente con la cabeza y se acomodan cerca de la puerta.

Instantes después, aparece una pareja que escanea el lugar con la mirada. Daniel no les quita ojo. Por el parecido, deduce que son hermanos: mismos pómulos altos, idéntica nariz y el mismo tono de cabello enmarcando dos rostros casi calcados. Se hablan al oído, con la inocencia de los niños, aunque no pierden de vista al padre Francisco, que no soporta bien las miradas que presiente acusadoras. Daniel se percata de que los tres son hermanos: el parecido es indudable y, de los tres, el padre Francisco parece ser el mayor. La nariz, los ojos, el pelo espeso y abundante que los tres peinan hacia atrás, el óvalo anguloso de la cara… Es la primera vez que ve tanta similitud, ni siquiera entre miembros de una misma familia.

El albacea y el notario terminan de completar la reunión. La secretaria del notario cierra la puerta y sale.

—Buenos días, gracias por venir. Estamos aquí reunidos para proceder al reparto de la herencia del Sr. Poveda Figueroa, quien lamentablemente nos dejó hace unos meses. Antes de comenzar, quisiera confirmar que todos los herederos están presentes. ¿Están todos de acuerdo en proceder? —Los asistentes responden afirmando con la cabeza—. Perfecto. Según el testamento del Sr. Poveda Figueroa, los bienes se repartirán de la siguiente manera: la casa familiar será para su hija, Belén Poveda Figueroa; el negocio familiar será para su hijo, Luis Poveda Figueroa; y el resto de los bienes, para el Sr. Poveda Pérez —dice mirando al cura—. ¿Tienen alguna pregunta o comentario antes de proceder?

—Sí, tengo algo que decir… —Luis se ajusta la corbata con un gesto mecánico y eleva la barbilla—. No creo que esto sea justo… —El abogado hace un gesto de desaprobación y le dice que ya lo han hablado—. ¡Déjame! El señor notario me ha dado permiso. Bien, como decía, no me parece justo que este señor, al que no conocemos de nada, se lleve toda la herencia de mi padre. ¡Es un bastardo! ¿Qué certeza podemos tener de que fuera su padre? —El cura Francisco se muerde la lengua y se aguanta la respiración—. No, querida… —le dice a la mujer que se sienta a su lado—, déjame que me desahogue por lo menos. Es el hijo de una meretriz, reconocido desde hace ¿cuánto?, ¿un año?; vete tú a saber por qué nuestro padre haría eso…, y resulta que se queda con el dinero y las pertenencias familiares. ¡No es justo!

—Sabes de sobra que Francisco Poveda, tu padre, dejó escrito en el testamento que legaría todo a su primogénito Francisco. Como albacea, tengo la obligación de insistir en la última voluntad de mi cliente, vuestro padre. Me consta que su primogénito no recibió nada de él en vida y no fue así con vosotros… El caso es que quería compensar el daño causado. Ya hemos hablado de las consecuencias, tanto legales y civiles como penales, sobre negarse a seguir con el procedimiento.

—Pero esto son migajas en comparación con lo que este señor, este… se lleva. ¡Que le den! ¿Para qué coño quiere un cura…?

El hombre palidece y pierde el habla.

—¡Por Dios, Luis! —Belén se ruboriza—. Por favor, dense prisa. Queremos acabar cuanto antes.

—Yo tengo algo que decir. —El padre Francisco adelanta el pecho —. Rechazo la herencia.

Hay un silencio perturbador. Francisco acaba de quitarse un peso de encima. Los hermanos se asombran y los rostros muestran un súbito e inesperado relajo.

—Es lo justo —señala Luis asintiendo con la cabeza.

—¡Espera! ¿Qué? —Daniel da un par de respingos en la silla. Lleva un rato presenciando lo que a su parecer es como una película en la

que el villano vence a la víctima, sin importar los obstáculos que haya pasado esta para escapar de las garras del mal—. Ni loco. Espere un momento, señor notario. —Daniel se levanta de la silla y se lleva consigo al cura fuera de la sala—. No te dejes amedrentar por estas arpías. Ese dinero es tuyo. Se ve a la legua que sois hermanos y que el remordimiento le pudo al hijoputa de tu padre. Fue su redención. No puedes quitarle eso o seguirá siendo eso: un hijo de puta. Eres cura, crees en la otra vida y tienes ocasión de redimirlo así, aceptando su perdón. ¡Vamos, hombre! Si no te quieres quedar con el dinero, lo donas después, pero no se lo pongas tan fácil a esos cabrones. Los veo y me producen náuseas. Piensa que tu padre te ha dado de golpe todo lo que no te dio en vida. Acéptalo. Por el descanso de su alma, como dirías tú.

El padre Francisco medita unos instantes con la mirada fija en un punto indefinido. Frunce las cejas mientras procesa la información. Inhala y exhala despacio. Las manos tensas se relajan y endereza la espalda. Mira a Daniel, que no sabe ya qué palabras utilizar para que el cura entre en razón. El cura desliza la mano sobre el antebrazo de Daniel, ejerce una leve presión, y regresan a sus lugares ante la atenta mirada del resto de los asistentes.

—Dónde hay que firmar —dice dirigiéndose al notario con rostro sereno.

—¿Qué…? No. ¡Ese dinero no te pertenece! ¡Serás miserable…!

—¡Luis! No faltes al respeto a este hombre, que, además, es un ministro de Dios. Se acabó. Como abogado, te recomiendo que te disculpes de inmediato.

Luis se mueve intranquilo en la silla. Junta las manos y da pequeñas pataditas en el suelo.

—Lo siento —masculla.

—Excelente. Entonces, procederemos con la distribución de los bienes principales según lo estipulado en el testamento. Aquí están los documentos que necesitan firmar para formalizar la operación. Por favor, revisen y firmen cuando estén listos. Con esto, hemos concluido el proceso de reparto de la herencia. Si tienen alguna otra

pregunta o necesitan más asistencia, no duden en contactarme. Gracias por su cooperación.



—¡Pasa, Francisco! Siéntate —invita el inspector, y aprovecha para decir—: Parece que tenías razón —afirma con una leve sonrisa.

El padre Francisco y se acomoda en la silla del despacho que le indica. Instantes después, Daniel entra y estrecha con firmeza la mano del inspector. Francisco debería sentirse victorioso, como bien acaba de señalar el inspector. Sin embargo, no es así. Desde su encuentro con Anaís y la herencia recibida, ha comenzado a imaginar un mundo por completo distinto. Dios, a quien ahora más que nunca siente como un padre verdadero, tampoco parece poner freno a sus nuevas andaduras.

El sonido monótono de la conversación que sostienen se diluye entre los pensamientos del sacerdote: «Soy millonario —se repite una y otra vez—. Podría marcharme lejos, a donde quisiera, ser otra persona, y nadie me lo podría impedir. Tengo dinero; ahora soy millonario. ¡Qué paradojas se guarda el Señor! Toda la vida viviendo como un miserable y ahora…». Se imagina recorriendo los majestuosos pueblos de los Alpes, ascendiendo entre selva y montaña hacia las ruinas incas, y respirando la brisa salada de mares cristalinos que acarician costas de suave arena. No está solo. Anaís lo acompaña, cámara en mano, capturando instantes en un mundo donde solo habitan el entendimiento y las buenas palabras.

La fuerte voz de su amigo lo arranca de sus pensamientos y lo devuelve al presente. De inmediato comprende que tiene una responsabilidad entre manos, asuntos que reclaman resolución aquí y ahora.

El inspector y Daniel parecen haber concluido su debate sobre la investigación. Jorge enciende un Ducados, lo apoya en el cenicero y observa cómo el humo asciende en un hilo delgado hacia el techo. El padre Francisco desvía el rostro, buscando una bocanada de aire más limpio.

—El tío Anselmo quiere verte ahora. Es importante, dice.

—¿Qué puede ser? ¿Algo sobre su mareo?

Daniel carraspea con fuerza y echa un vistazo al atestado sobre la mesa. Su cometido es secundar lo que diga Jorge.

—No lo sé. Yo os llevo, pero no puedo quedarme porque tengo mucho trabajo —el inspector le quita el atestado que Daniel tiene en la mano—. Luego iré a buscaros.

—Estoy esperando, Coque. —El inspector lo mira sorprendido—. Ya sabes, me debes una disculpa. Me trataste como a una vulgar pitonisa, como si estuviera loco. Y ahora, ¿qué? Tal vez, si me hubieras hecho caso antes, no estaríamos donde estamos.

—Ya estabas, Francisco. Te llevan siguiendo desde hace bastante tiempo, lo que significa que la historia viene de atrás, ¿desde cuándo? No lo sabemos. ¿Lo sabes tú? ¿¡Quién coño es esa Anaís!?

—Prefiero guardarme eso para mí, si no te importa. Es algo personal.

—¿Personal? —El inspector mira de soslayo a Daniel, que abre los ojos y mueve la cabeza como diciendo «ya te lo dije»—. Vamos a hablar con el tío y luego ya veremos qué hacemos contigo. Otra cosa, ¿Pablo o Angélica te han dicho si los han molestado?

—No. Ellos van sabiendo las novedades a través de mí.

—Venga, vámonos.

Es una antigua nave industrial cedida por un generoso industrial. Tiene dos plantas. Hay una pequeña entrada cercada con tres espacios vacíos para estacionar. Suelen dejar allí su coche los repartidores, los voluntarios y algún que otro mecenas para ver con sus propios ojos en qué se está invirtiendo su dinero. A la derecha, subiendo por unas escaleras, se encuentra el despacho del padre Anselmo, que hace las veces de oficina. Al lado, hay un lavabo.

En la misma planta, pero al fondo, se encuentran la cocina, el comedor y un pequeño almacén y dos habitaciones similares para el

estudio y los juegos. En el primer piso están las habitaciones; diez en total, la mayoría compartidas por seis niños, salvo cuatro algo más grandes cuyas literas dan cobijo a otros diez. Para los mayores, se reserva una habitación individual que deben abandonar al cumplir los dieciocho años. Entonces tienen que buscar trabajo y un lugar nuevo en el que vivir, aunque no pocas veces regresan porque navegan sin brújula. Se los conoce como «los invitados», aunque ahora sigue vacía. Hay una pequeña capilla al final del pasillo.

Las demandas son más que las plazas y, encima, el industrial que les cedió la nave ha fallecido. Los nuevos propietarios quieren vender las infraestructuras y le han dado de plazo un año al arrendatario para desalojar.

En la fachada lateral izquierda un par de adolescentes pintan la pared amarilla con pintura blanca de exterior. El padre Anselmo hace ya un rato que ha dejado de mirarlos para estar más pendiente de la llegada de la ansiada visita.

—¡Por fin! —A lo lejos, ve el coche de su sobrino, que no tarda en tenerlo delante. Le indica al conductor dónde puede estacionar el vehículo. Daniel, el padre Francisco y Jorge bajan despacio—. ¡Francisco!, dichosos los ojos —da un fuerte abrazo al cura—, has tardado mucho en pasarte por aquí.

—He estado muy ocupado —le responde el padre Francisco.

—Lo importante es que has venido.

Y, acto seguido, abraza a Jorge Granados:

—¡Sobrino, qué alegría!

Jorge le devuelve el abrazo y se lleva la mano a la frente y, de ahí, hacia arriba. No hacen falta más palabras para indicar lo de siempre, pero se despide diciendo que regresará en un par de horas. Daniel le hace un gesto para que se quede tranquilo.

—Te presento a Daniel, compañero de Coque.

—Encantado. Venid conmigo y os mostraré las instalaciones.

El padre Anselmo les indica que lo sigan. Les hace una visita rápida por los servicios básicos y se detiene en aquellos aspectos más relevantes.

La visita termina en el despacho del sacerdote: una estancia mediana con estanterías llenas de libros que cubren las paredes. Cerca de la ventana, en la pared orientada al sureste, siete macetas: cintas, esparragueras y un ficus dan color al espacio. Una mesa redonda de reuniones y un escritorio de madera oscura, abarrotado de papeles, añaden el punto funcional a la estancia. Los invitados se sientan alrededor de la mesa.

—¿Qué es este sitio? —pregunta Daniel.

—Acogemos a los niños del barrio con problemas. Con los años, hemos llevado a cabo más proyectos, como ayuda a domicilio a los ancianos, por ejemplo. Lo fundamental aquí es que los chicos salgan cuando ya tienen autonomía y saben manejarse. Les damos la estabilidad y la seguridad que no han podido recibir de sus padres y familiares.

—¿Y cómo se financian? —Daniel echa un vistazo a su alrededor —. Un edificio de esas características por fuerza debe ser costoso de mantener.

—Vendemos muebles reparados de segunda mano y la comida que prepara la cocinera. Son famosas sus tartas y sus pestiños caseros; ¡tenéis que probarlos! Y, luego, cuando los chicos que se marchan y consiguen estabilizarse en un puesto de trabajo, siempre que quieran y durante un tiempo, colaboran con dinero. Aparte, tenemos una mínima ayuda del ayuntamiento, donativos de la Santa Iglesia y varios padrinos fijos, cuya generosidad es loable.

A Daniel le ha parecido ver encima de la mesa del escritorio una foto antigua en la que aparece el padre Francisco de adolescente junto con esa mujer que llama Anaís.

—¡Padre Anselmo, por favor!, ¿puede venir un momento conmigo? —interrumpe una voluntaria viuda que prefiere estar en el centro antes que en su propia casa; se aburre demasiado y, mientras las piernas le aguanten, se quedará. Los chicos la llaman Gruñilda, pero le han cogido mucho cariño.

—Francisco, acompáñame y así nos ponemos al día. ¿No le importa esperar aquí, Daniel?

—No, por favor. Estaré leyendo el periódico. Veo que los tiene todos.

—Sí. También son gratuitos. La gente tiene buen corazón.

La viuda los lleva a uno de los cuartos de baño de la nave. Uno de los grifos gotea sin cesar y amenaza con reventar en cualquier momento.

—¿Qué hacemos? —pregunta la mujer apurada—. El otro día estuvo el marido de Clarita arreglando el grifo y… y mire la chapuza. Yo lo arreglaría mejor con los ojos cerrados. Es que la gente de este país no funciona. Hacen los arreglos sin ganas, no ponen interés en lo que hacen y… así nos va. Eso sí, todo el día dale que dale con las quejas. Espero que lo haga mejor en su trabajo diario, porque si no…

—Bueno, tampoco se queje usted tanto. Mire que este hombre viene por voluntad. Acérquese hasta la casa de Clarita, dígale al marido el problema que tenemos y que es urgente, y que cuando acabe se pase por mi despacho para hablar conmigo. Iría yo mismo, pero tengo a estos invitados que no se dejan ver muy a menudo.

—No se preocupe, padre —dice la viuda que se encamina hacia la puerta de la calle.

El pasillo los conduce a los dormitorios y el padre Francisco parece haber regresado al momento álgido de su pesar.

—¿Sabes adónde te llevo? —pregunta abriendo los ojos.

—A mi habitación —Francisco responde a la pregunta más sencilla del examen—. La de invitados.

—Exacto. Está igual que la dejaste. No ha tenido que venir nadie desde entonces y mira que ha pasado tiempo. —Lo tiene delante y, aun así, no da crédito—. ¿Qué tal estás? No me llamas ni me escribes. ¿Merezco eso?

El padre Francisco se detiene frente a uno de los dibujos colgados en la pared. Recuerda cuando colocó el suyo: una playa, una ventana

hacia otra vida. «¿Dónde estará ese lugar?», se pregunta antes de responder.

—Mereces una explicación, pero nunca encuentro el momento… y yo…, la verdad, no estoy preparado. Eres para mí como un padre.

—¿Qué ocurre? —dice Anselmo. Se detiene y lo encara para no perder detalle.

—Tú me mandaste a ese pueblo sin haber acabado el seminario. Don Emilio también lo sabía; me consta que está metido en el ajo. Y creo que Matilde también. Anaís me ha visitado y me ha dicho que lleva bastante tiempo detrás de mí sin yo saberlo. Este policía que nos acompaña, Daniel, está a punto de descubrirlo todo si es que no lo sabe ya. Ahora, dime: ¿por qué no me lo dijiste? Lo habría hecho igualmente.

—Era y es peligroso. Ya lo sabes. Se trataba de ocultar toda la información posible para protegeros a todos.

—Te escucho y no te reconozco. ¿Qué ha pasado con el Anselmo que conocí?

—Las experiencias nos van cambiando, hijo.

—Necesito que me expliques cuál es la conexión entre Anaís, Matilde y tú. Las mentiras…, todos esos silencios y subterfugios, ese supuesto método de protección ha hecho pedazos a demasiadas personas.

—Te recuerdo que tú ya estabas mal, hijo.

—No me refería a mí, sino a la niña. Está cada vez peor… Algo la está devorando por dentro. Necesitaba a su madre: conocerla, amarla, odiarla, atravesar con ella las emociones de la vida, las etapas propias de cualquier criatura. Pero no solo le fue arrebatada, sino que, para mal de males, nadie quiere nombrarla. Esa mujer se ha convertido en un enigma, una sombra que todos esquivan como si su recuerdo fuera peligroso.

Al padre Anselmo le cuesta dar con palabras convincentes. La realidad es demasiado compleja como para poderla encapsular en conceptos reducidos.

—Desde que Anaís entró en mi vida, parece que siempre esté surfeando entre olas gigantes. No sabes de lo que es capaz ni los dones que le ha otorgado el Señor. Yo lo he visto a lo largo de estos años.

—¿Dones, dices?

—No es algo que ande mostrando ni que exhiba a conciencia. Hay personas que nacen especiales: escuchan lo que otros no oyen y ven en lo invisible. Ahora entiendo mejor a la pobre Angélica cuando vino a verme. Decía que su vida estaba basada en la mentira, que era como una serpiente de terciopelo que se deslizara suave, silenciosa… y se fuera enredando en el cuello, como una caricia, hasta que aprieta. —Ahora es Francisco quien lo encara—. ¿Quién eres, Anselmo? Porque el hombre en el que yo confiaba… nunca habría permitido esto. —El padre Anselmo calla y el padre Francisco da una patada al suelo—. ¡Han matado a una feligresa! ¡Y yo estoy en peligro!

—La verdad no se entrega. Se revela… cuando estás preparado para soportarla. ¿Ya estás mejor?

El padre Francisco asiente con la cabeza, pero se mantiene a la espera. Ha venido dispuesto a encajar cuanto haya que encajar. Está harto de encubrimientos y verdades a medias en el mejor de los casos.

—Deja que te cuente, Francisco: Matilde y María eran amigas del pueblo. Pero no es que tuvieran cualquier amistad, sino que eran amigas del alma, de esas que se eligen sin saber por qué, como si algo antiguo las uniera. María le habló de nosotros: de Anaís, de Consuelo, de ti, de mí. Y cuando murió de aquella forma, Matilde vino a verme. Le conté lo que pude, lo que entendía, y cómo habían quedado sus hijos, desamparados, rotos, pobres criaturas sin culpa alguna. Fue ella quien ideó la estrategia para quedarse con Angélica sin levantar sospechas. Es cierto que te utilizamos. Tenía que parecer un acto fortuito, y la verdad es que salió mejor de lo que esperábamos. Emilio, mi compañero de seminario, te acogió como a un hijo, sin preguntas. Matilde se quedó con la niña. Anaís, de algún modo, pudo descansar. Y nosotros… nosotros encontramos consuelo en lo que hiciste.

—María… era la enfermera que me atendió cuando…

—Sí. Esa mujer era María. Hicimos amistad después de aquello. Es normal que no la recuerdes. Estabas fuera de ti aquella noche. —El padre Anselmo aprieta los labios—. ¿Sabe algo tu hermano, quiero decir, Jorge?

—Por supuesto que no. No.

El padre Anselmo no deja de mirarlo.

—Dios mío… Esa mirada. ¿Qué quieres ahora de mí?

—Dos cosas. La primera, que vayas al pueblo, hables con Matilde y me entregues el documento. Después, todo volverá a la normalidad. Y dos… Ven. Hay algo más. No quiero que te alteres, tan solo que utilices lo que has aprendido para aplicarlo como siervo del Señor que eres. ¿Me comprendes?

Anselmo lo lleva hasta la sala de juegos. Entran despacio. Hay un futbolín y una mesa de pimpón. Al fondo, en una silla, está sentada Consuelo.

—¿Qué significa esto?

—Ha venido a verte. Quiere confesarse contigo. No te puedes negar. Está muy mal, hijo. Mírala.

El padre Francisco se detiene ante la imagen olvidada de su madre. Apenas la reconoce. Viste de negro, con ropa amplia de abuela y zapatillas de estar por casa donde la guata asoma ya por algunas perforaciones de las puntas. Un pañuelo negro transparente deja entrever el escaso pelo canoso. No tiene dientes. Se levanta al ver a su hijo, al que reconoce a duras penas —su vista tampoco es la que era— con una agilidad que choca en alguien así.

Daniel abre el primer cajón del escritorio. Huele a cartón concentrado, pero no hay nada relevante, salvo unos bolígrafos nuevos, varias libretas sin usar y folios en blanco. Se propone abrir el último, el más grande de los tres, un archivador donde seguro encontrará carpetas. En efecto, hay una fila comprimida con mucha documentación. Ajusta la mirada para poder leer los nombres de las

etiquetas. Están ordenadas por proyectos: Niños sin hogar, Mujeres, Desintoxicación y Reinserción. Hay alguna más, pero prefiere empezar por la carpeta de los niños. No aparece el nombre del cura Francisco por ningún lado. Por si acaso, mira el de Desintoxicación, aunque tampoco hay nada. Solo cuando abre la última se sorprende.

Dentro hay un informe médico del hospital La Paz. Lee deprisa: *Lesión en el cuello, desgarro anal, hematomas en los antebrazos… Refiere que ha sido…* Pasa al siguiente expediente y al siguiente. En todos aparecen lesiones similares, con la única salvedad de que cambia el nombre de la persona.

Se sienta en el sillón del despacho, aparta un poco el cojín y descuelga el auricular del teléfono. Marca los números y espera.

—Estoy en el despacho de tu tío Anselmo y quiero hacerte unas preguntas.

—¡No jodas! ¿No puedes esperar a que os recoja?

—Negativo, *November*. Estoy delante de una foto en la que aparece esa chica, Anaís. Tu tío también la conoce. ¿Y tú no la recuerdas?

—No. Ni puta idea. Francisco y yo fuimos amigos un tiempo, de críos, pero luego le pasó algo y, yo qué sé; el caso es que dejó de ser el que era. Se volvió retraído, maniático por la limpieza. Me acuerdo de que se tenía que lavar varias veces las manos, el torso del cuerpo. Un tío raro.

—¿Y…?

—¡Cagüen…, más vale que sea algo gordo lo que tengas por ahí! —Se resigna y añade—: Al poco, cuando acabaron las Navidades del setenta y tres, se metió en el centro con mi tío Anselmo y siguió estudiando en el seminario. Le perdí la pista cuando entré en la academia de Ávila. No volví a saber de él. Ni tampoco sé nada de su entorno. Mi tío es bastante reservado, así que no tengo ni idea de lo que me hablas. Lo que sí sé es que mi tío se volcó con él —dice el inspector y da una buena calada al cigarrillo que tiene entre manos.

—Jorge, acabo de leer en un expediente que un tipo apodado Anillos de Oro violó a Francisco de pequeño. ¿Tú lo sabías? —El inspector se queda boquiabierto. Un golpe de calor lo invade, y el cigarrillo, junto con el auricular, caen sobre sus pantalones. Se golpea las piernas con fuerza para quitarse el cigarrillo que le quema. Lo aplasta con el pie y, a continuación, se inclina a recoger el auricular del suelo. Siente cómo un nudo crece en su garganta, presionando, pero no puede mostrar debilidades. Sus labios tiemblan, y se los muerde con suavidad para mantener la compostura. Solo los ojos se le llenan de un brillo traicionero—. ¡Jorge!, ¿Jorge…? ¿Tú lo sabías?

—¡¡Que no…, coño!!, ¿cómo iba a saber eso?

Consuelo sujeta con fuerza un rosario entre las manos y dice: «Quiero confesarme». Se arrodilla, se santigua y musita una jaculatoria con la cabeza inclinada.

El cura Francisco hace acopio de entereza y la acoge con la fórmula ritual: «Ave María Purísima». «Sin pecado concebida», responde Consuelo, que se santigua de nuevo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

—El Señor está en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar humildemente tus pecados.

Consuelo, entre suspiros ahogados, recita: «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados».

—Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero —dice Francisco.

—No recuerdo la última vez que me confesé, pero sí recuerdo mi pecado. Todos los días se repite como una pesadilla. No hay retorno. Es lo mismo. Mi hijito… No supe ayudarlo. —Consuelo llora y se lleva la mano al pecho—. Era Nochevieja. Estaba en la cocina, tratando de preparar algo que no fueran espaguetis, y enfadada porque el niño había tenido que ir a entregar un paquete de esos. Quería que tuviera un bonito recuerdo de ese día. El malnacido me pidió que liara un porro justo cuando freía los filetes. Le dije que no, que se lo hiciera él, que estaba cocinando. No lo dudó ni un segundo. Me cogió por la

coleta y me estampó la cara contra la pared. Empecé a sangrar. Se me cortó la respiración y recuerdo que caí al suelo. Me pateó la cara… Creí… que era el último día de mi vida.

Se detiene unos instantes, como si hubiera quedado atrapada en aquel episodio.

—Continúa…, hija.

—Todo pasó muy rápido. ¡Qué mala suerte! No he tenido una compañera más fiel que la desgracia. Mi hijo, llegó y se puso en medio para evitar que siguiera golpeándome y… y el cabrón le dio un puñetazo en el costado que lo dejó sin respiración. A mí me arrastró por el pasillo. No sé cómo pude… —Las lágrimas se le acumulan y se detiene; traga, pero le cuesta contenerlas—. Y… y el niño. El niño, doblado, pobrecillo mío, se volvió a poner en medio. Le hizo frente y el sarnoso lo miró como si fuera a comérselo. Yo… yo vi que lo cogía y que se metía con él en la habitación. Y… cerró la puerta con llave.

Hace un gesto con las manos simulando abrir un pomo imaginario. El padre Francisco escucha inmóvil. Consuelo sigue tragándose lágrimas y secándose las que le ruedan por la cara.

—No podía abrir. Mi hijo… gritaba, gritaba sin parar, y yo… yo me volví loca. —Se aprieta la cabeza con las manos—. Pateé la puerta… Entonces se abrió. Él… había dejado… Lo había soltado. A mi niño. El pobrecillo gemía. Tenía los pantalones en la mano… Estaba desnudito. «¡Mamá, yo…!».

Consuelo no deja de repetir: «Y yo no hice nada, no pude; no podía…».

—Tranquilízate. Ya pasó.

—El cabrón salió y… y se ensañó conmigo. —La mujer trata de mantener la compostura a duras penas y sube y baja los hombros entre hipidos. No es fácil volver a aquellos días y ponerles palabras—. La vista no… no me responde desde entonces, pero que sea lo que Dios quiera.

—No llores más. Tu hijo ya te perdonó. Ofrece tu vida a los demás. Esa será tu penitencia. —Francisco se recoloca en la silla,

estira la espalda y le impone las manos a su madre: «Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la Muerte y la Resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo».

—Amén —dice Consuelo agotada.

—La Pasión de nuestro Señor Jesucristo, la intercesión de la Bienaventurada Virgen María y de todos los Santos, el bien que hagas y el mal que puedas sufrir te sirvan como remedio de tus pecados, aumento de la gracia y premio de vida eterna. Vete en paz.

Consuelo besa la mano del padre Francisco hasta que él, discretamente, la aparta. Se suena los mocos, se levanta y se recoloca el vestido.

—Buenos días, tenga usted —dice Consuelo antes de marcharse.

Cae un silencio pesado sobre la sala. Las manos del padre Francisco no han dejado de temblar. Las apoya sobre las rodillas. El cura Anselmo entra por la puerta. Tiene delante no a un adulto, sino a un chiquillo cabizbajo y con la cabeza entre los hombros.



Daniel y el inspector Granados avanzan con paso cauteloso, inspeccionando cada rincón de la calle del domicilio del cura Francisco, cada vehículo estacionado. Sus miradas recorren el entorno en busca de algo fuera de lugar, pero todo parece tranquilo. Jorge está a punto de entrar en el portal cuando se detiene bruscamente.

—No puede ser… —masculla.

El mendigo levanta la vista. Es entonces cuando el inspector no tiene ningún género de dudas.

—Deme algo, señor. —El menesteroso se endereza como puede. Un mechón escapa de la pequeña coleta y resbala por el rostro

curtido. A pesar de las apariencias desaliñadas, sus ojos brillan—. Deme algo, señor —repite.

El inspector se acerca con determinación y le engancha un collar que le asoma por la camisa. Es un manojo de anillos de oro.

—Hijo de puta..., ¿se puede saber qué haces aquí? —Tiene el corazón acelerado y las mejillas enrojecidas. Manosea el metal con desprecio.

—¿Qué quieres, madero? —El mendigo le da un golpe con el muñón y le dedica una sonrisa sardónica.

—¿¡Qué haces aquí!?, ¡malnacido! Han pasado muchos años... pero me acuerdo bien de tu jeta. —Daniel lo mira con sorpresa. El inspector ha levantado al hombre con violencia y lo empuja lejos de la puerta—. ¡Vete a tomar por culo! ¡Fuera de mi vista!

—Pedir limosna ¿es delito? —responde el mendigo elevando el labio superior mientras su cuerpo se balancea hacia el final de la calle—. ¡Déjame en paz, maldito madero de mierda! Sois la inmundicia del planeta, los perros de la noche, las hienas que comen carnaza, basura... Yo soy Anillos de Oro, el más grande que ha conocido el mundo. El único que ha sabido vivir como ha querido. El terror del barrio...

—¡Me cago en tu puta madre...! ¡Como vuelvas a acercarte a un crío, te mato! Mira que me cuesta no hacerlo ahora mismo... —El inspector sigue gritando y hace el amago de acercarse hasta el mendigo, que ha cogido cierta carrerilla buscando la esquina por donde desaparecer.

—¿Qué haces, Jorge? —Daniel le agarra del brazo con firmeza, obligándolo a retroceder. La mirada del inspector Granados arde. Tiene la cara encendida, como si la rabia estuviera buscando una salida que no termina de encontrar.

—Es Anillos de Oro, el bastardo que me jodió la vida.

Recupera el aliento, se coloca la ropa y saca un cigarrillo de la cajetilla. Lo enciende y le da una fuerte calada.

—Ese tío era el mayor hijo de puta del barrio. No sé qué pinta aquí debajo. A mí me jodió la vida, pero a quien se la jodió de verdad fue a Francisco.

—¿Subimos?

—Espera que me fume el cigarro.

Sus manos aún tiemblan, y la tensión se mantiene en la mandíbula apretada. Le da otra calada fuerte al cigarrillo y expulsa el humo.

La ciudad sigue ahí, indiferente. Jorge da una última calada y deja que el humo le cruce la cara, espeso. Luego, baja la mano, hace saltar la colilla con los dedos y se acerca para aplastarla con la suela, como si necesitara asegurarse de que queda muerta.

—Vamos —dice más tranquilo.

Daniel pulsa el timbre. No tienen que esperar mucho. Enseguida aparece el padre Francisco. Lleva sus pantalones cortos beis, calcetines sin zapatillas y una camiseta de manga corta negra.

—¿Qué hacéis aquí? Se supone que en casa estoy seguro.

—¿Qué cojones hace Anillos de Oro debajo de tu casa? —pregunta el inspector, que no acaba de serenarse.

—Pasad. Quitaos los zapatos.

El padre Francisco abre el zapatero, coloca los dos pares y acompaña a los recién llegados al salón.

—¿Queréis tomar un café?

—¿Tienes cerveza?

—No.

—Pues entonces no quiero nada. Gracias. —Daniel carraspea.

—Un café para mí —responde el inspector.

Francisco deja la jarra de cristal en la encimera. Se mira las manos un instante. Prepara el café sin prisa, enciende la cafetera.

Regresa al salón y se apoya en el brazo del sillón, como si esperara algo, tal vez, calibrar por dónde abordar la respuesta a la pregunta que le ha hecho su amigo al principio.

—No sé bien qué decirte. Podría ser un gesto de culpa, una forma de buscar redención sin palabras. O igual es una demostración de poder, un recordatorio constante de lo que sucedió. También podría ser una manera de inquietarme. O de hacerme sentir el peso de lo que hice sin confrontarme.

—¿Qué le has hecho tú a ese hijo de puta? —pregunta el inspector Granados intrigado.

—Yo… le mutilé.

Daniel y el inspector se miran. El cura se levanta para apagar la cafetera. Coge una taza del mueble y sirve el líquido negro para el inspector.

—Toma, como te gusta. —Jorge carraspea y asiente con la cabeza.

Regresa al mostrador que separa la cocina de la sala para servirse su café con leche y sus dos azucarillos. Toma un sorbo y luego camina despacio hasta el brazo del sofá. Apoya el cuerpo y vuelve a tomar un sorbo de café caliente.

—¿Qué pasó? —pregunta el inspector.

Daniel fija su mirada en la televisión tapada y en el suelo, que brilla como si acabaran de pulirlo. Luego vuelve a clavar sus ojos en el cura.

—Me violó. Era la Nochevieja del 73. —El padre Francisco no deja de mirar al inspector que tiene el rostro desencajado.

—¡Dios! —A Jorge Granados le vuelve la sangre al rostro—. Tendría que haberte ayudado. Me podría haber pasado a mí.

Francisco se levanta con la taza de café en la mano y tira el contenido por la pila. Agacha la cabeza. «Ya pasó», dice como para sí mismo. Se gira y vuelve a sentarse en su sitio.

—Es difícil de… explicar…Yo… —Francisco baja la mirada—. Esa noche, Consuelo me llevó al Hospital de la Paz. Estando allí, avisó a

Anselmo para que se hiciera cargo de mí. No volví a verla después. Estaba claro que no podía regresar a la vida que llevaba. No podía mirar a Marisa a la cara. Le dije al padre Anselmo que me preparara una habitación en el centro. —Se levanta, coge un vaso y lo llena de agua. Se lo bebe de un sorbo—. En el seminario, hablábamos *sobre el precepto más importante*. Es tan importante amar a Dios como a uno mismo —dice sin fuerza en la voz—. Y yo... yo me quería morir, ¿amarme? Estaba sucio; alguna culpa tenía yo. No podía soltar ese sufrimiento. Pasó tiempo hasta que pude darle la vuelta a aquello y pensar que yo no había hecho nada malo y que el culpable estaba suelto. Me obsesioné con la idea de que quien debía morir no era yo, sino él. Perdí el control. No podía estudiar. No podía pensar. Solo quería matarlo. —El cura lava el vaso con el estropajo, lo seca y guarda. Ahora se sienta en una de las sillas de la mesa—. Una noche, actué, lo hice —dice de carrerilla—. Dios me ha perdonado, Anillos también, incluso yo estoy en paz. Es verdad que se pone en la puerta de mi casa. Quién sabe si es una tortura más de las suyas o que necesita recibir palabras de alivio. Qué más da.

Daniel lo mira desde su asiento. Le resulta más alto y más delgado desde esa posición, con un aura nueva que no sabría definir. Lo ve fuerte y frágil a un tiempo.

—¿Qué hiciste? —pregunta Daniel mientras se acomoda en el asiento.

—Cogí un cuchillo grande de la cocina del seminario y fui en su busca. Solo quería recuperar la cordura. —Hace una pausa—. Esperé a que se hiciera de noche y salí sin que nadie me viera. No tardé en encontrarlo en los tugurios de siempre. Esperé hasta que se quedó solo. Iba tambaleándose por un callejón con poca luz. Estuve a punto de hacerlo, pero no pude y me di la vuelta. Entonces fue cuando oí los gritos desesperados de una chica. Me confundí. No estaba solo. La luz de una farola caía sobre ella... No tendría ni dieciocho años. Ya le había arrancado la ropa de cintura para arriba. Tenía los senos pequeños, blancos, con la marca del bikini al descubierto. La chupaba de arriba abajo como si fuera comida mientras la inmovilizaba contra la pared. Me quedé paralizado. Era como cuando me lo hizo a mí. Le arrancó las braguitas y... Luego no sé qué pasó. Cerré los ojos y, cuando los abrí, acababa de cortar la mano que le

quedaba. Tenía los calzoncillos bajados. Lo hice, Coque. Todo se llenó de sangre. La chica también estaba ensangrentada. No podía dejarla en ese estado. La levanté como pude y me la llevé con el padre Anselmo. Él sabría lo que había que hacer. —Hace una pausa larga—. El canalla no murió, ya veis. Tiene la suerte del demonio. Pero nunca me delató.

Y añade como para sí: «Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí, que soy un pecador».

Un manto de silencio cubre la habitación. Francisco se lleva un pañuelo de tela que saca del bolsillo y se seca los ojos. Sostiene la tela húmeda con la mano que se ha llevado a la frente, como si con ese sencillo acto pudiera limpiar tan escabroso recuerdo.

—¿Quién era la chica?

—Anaís.

ARCO, JUNIO 1991

Felipe repasa los documentos de la mesa. Busca el lado más cómodo del sofá y continúa concentrado en la lectura, sin percatarse de que el cigarrillo se ha consumido en el cenicero. El estrepitoso sonido del teléfono consigue sacarlo del ensimismamiento.

—¿Tengo que preguntar algo más? —responde antes de colgar el auricular.

Recoloca los papeles de su escritorio, cuidando que se puedan leer sin dificultad. Trata de adoptar una postura más firme en la silla; no lo consigue y opta por levantarse. Se dirige hacia una de las ventanas y aparta el visillo: está nublado y los árboles se agitan con fuerza.

Llaman a la puerta. La secretaria personal de Felipe acompaña a Arco con una amplia sonrisa, la deja pasar y cierra la puerta suavemente. Felipe desvía la mirada de la chica y prende un nuevo cigarrillo.

Arco se mueve con desenvoltura por el despacho y se acerca hasta él, que frena enseguida la confianza y la invita a tomar asiento. Arco obedece sin pronunciar palabra, se sienta en la esquina del sofá y se remanga la chaqueta de su traje negro estilo *swing*. Felipe se fija en las uñas negras, arregladas, y en el pelo rapado.

—¿Para qué querías verme? —pregunta Arco intrigada.

—Tengo que reconocer que estoy impresionado. Has hecho un excelente trabajo. Me he tragado la mentira hasta dentro. Te di todo… y mira lo que obtengo a cambio. No he pegado ojo en toda la noche pensando en ti. —Felipe suspira resignado—. No me andaré por las ramas, Arco: el Instituto de Estudios Estratégicos de la Universidad de Georgetown dice que no te ha enviado. —Arco apenas se inmuta y, si lo hace, no se le nota—. Has sido una de mis mejores colaboradoras en dedicación, en eficacia, en todo. Creo que merezco saber para quién trabajas. —Arco continúa mirando a Felipe, que tampoco aparta la mirada—. ¿No tienes nada que decir?

—Podría contarte muchas cosas, pero lo que sea que te han pedido que hagas es lo que me intriga en estos momentos. ¿Tengo tiempo? —Felipe asiente con la cabeza—. En ese local buscaban una fórmula para anular la voluntad de las personas, Felipe, dicho así, en general. Y hacen más cosas.

Felipe se ofusca y se sienta en el sillón de su escritorio. Respira despacio unos instantes como para imponerse una calma que está lejos de sentir. Coge unos documentos del interior de una carpeta de cartón azul marino. Los extiende sobre la mesa.

—Tu madre se llamaba Ana Miller Sarrero, se licenció en la Facultad de Medicina de Yale, y se especializó en psiquiatría utilizando métodos tan poco ortodoxos como la regresión y otras técnicas de psicoterapia espiritual. Tuvo su propia consulta privada en Nueva York. Se consolidó su leyenda a nivel internacional gracias a estas investigaciones. —Felipe se inclina aún más sobre los documentos y lee con atención—: Anaís Velasco Miller, licenciada en derecho, en psicología y en administración de empresas por la Universidad francesa La Sorbona. Hablas inglés, castellano, francés a la perfección, además de italiano y portugués. Eres brillante… y por eso me cuesta entender que tú… Te han catalogado como una persona con capacidades psíquicas especiales. Hasta me han dicho que…

—Estoy jodidamente loca. Ya, no te preocupes. Dilo: loca. —Arco se lo queda mirando mientras ríe con carcajadas nerviosas—. Es duro, Felipe, ser como soy. No se lo deseo a nadie.

Felipe González abre los ojos y arquea las cejas. Se muerde los labios. Revisa los documentos de la mesa de nuevo y luego le devuelve la mirada.

—Dios mío, creí que te llamabas Arco porque siempre acertabas en lo que decías. Cada palabra era un disparo directo al centro de la diana. —Felipe cruza los brazos—. Ahora veo que no. Ahora veo que has elegido ese nombre por Juana de Arco. Porque estás igual de iluminada… y de… ¿Qué eres? ¿Una especie de enviada de Dios? —Arco guarda silencio durante unos segundos con la mirada perdida en las copas de los árboles que asoman al otro lado de la ventana.

—Dile a Juan Carlos que busque un día para celebrar el Consejo Maniqueo.

—¿Cómo…? ¿De qué hablas?

—Él sabe de lo que hablo.

—Madre mía… Estás chalada. ¡Claro que sabe de lo que hablas! Gracias a sus fuentes, tengo estos expedientes sobre la mesa.

Felipe enciende otro cigarrillo y le da una fuerte calada. Lo deja sobre el cenicero. Regresa a la documentación que tiene sobre la mesa.

—Aurelio Velasco Pons, empresario que buscaba expandir más allá del Atlántico la marca de negocios familiares, se enamoró de Ana Miller y… lo cierto es que está implicado. —Felipe se toca la cara y ladea la cabeza—. Voy a dejarlo aquí. No me apetece seguir hablando contigo. ¿Dónde está el documento?

—Nadie lo sabe, Felipe.

—Me han pedido que te pregunte por las buenas.

—¿Qué harás por las malas?

—Vete, Arco. Anaís. Te doy cinco minutos de ventaja. No sé a qué juega tu bondadoso Dios, que utiliza la traición para salvar al mundo de los supuestos malos. ¿Desde cuándo el bien se construye con puñaladas por la espalda?

—¿Es traición liberar a un pueblo dormido a espaldas de sus carceleros? ¿O es fidelidad a un mandato más alto que la ley humana?

Anaís sale orgullosa, digna, sin mirar atrás. Cruza la Moncloa como una sombra entre los guardias y funcionarios, que la ven pasar como la han visto otras veces. Felipe vigila desde la ventana. Cuando desaparece de las instalaciones, descuelga el auricular, marca un número de teléfono y se sienta.

—Está loca, pero no creo que cause problemas. No sabía dónde estaba el documento, Manuel, lo siento. Ha dicho que le dijera a su majestad que busque un día para celebrar un Consejo Maniqueo, lo

que quiera que signifique eso... A ver ahora... quién la sustituye. Era excelente en su trabajo.

FRANCISCO Y ANGÉLICA, JULIO 1991

Isabel recoge la habitación de Angélica con una sonrisa. Vuelve a poner en la estantería los libros apilados en el escritorio, guarda el maquillaje en el cuarto de baño y coloca en su sitio el frasco de perfume que se había caído al suelo. Llega hasta el cesto de la ropa sucia y coge un jersey. Lo huele y arruga la nariz. Ha registrado a conciencia el cuarto, palmo a palmo, y no ha encontrado nada.

Diego abre la puerta de servicio que da a la cocina. La casa de los Mendoza se impregna del olor del té con leche que prepara Isabel. Mira a su hijo y ve que se le ha retirado el color de la cara y que se deja caer en la primera silla que tiene delante.

—Aquí tienes, hijo.

Diego tiene cara de circunstancias. Coge la taza de té, le da una vuelta y después otra. Su madre lo mira confusa.

—Ya sabes que no soy cotilla, pero me gusta saber si algo no anda bien. Ese Javier… debe fumar mucho, ¿no te parece?

—No lo sé, madre. Los jóvenes de ahora fuman casi todos. Seguramente sí. Hablo por mí. Cada vez que voy a un bar salgo oliendo a tabaco como si fuera yo el que hubiera fumado. Seguramente esté pasando eso. Irán a tomar café a un bar y hasta los que no fuman terminan oliendo al tabaco de los demás.

Diego fija la mirada en la taza de té. Isabel abre los ojos. Desata el delantal y lo guarda en el cuarto de la limpieza. Estira la ropa con un movimiento firme y regresa a la mesa junto a su hijo.

—Será eso, pues. ¿Y a ti qué te pasa? Pareces un alma en pena.

Diego da vueltas con la cucharilla al té, aunque el azúcar hace rato que se ha diluido por completo. Se coloca la servilleta sobre los pantalones de lino beis.

—Desde hace unos años, Julia trabaja en mi casa cuando yo no estoy. Eso acordamos y así ha sido hasta ahora. Los primeros dos o

tres fueron terribles. Creía que me iba a volver loco. Algo cambió y… yo creí estar bien hasta que tú me pediste que Javier saliera con Angélica. Y… Me estoy liando. No sé cómo contarte esto.

—¡Oh, suéltalo ya! ¿Qué ocurre?

—Ocurre que me he enamorado de Julia.

Isabel abre los ojos y arquea las cejas. Isabel se sienta a su lado y se lleva la trenza a la espalda.

—¿Y…?

—Pues que me voy a declarar. No lo soporto más. Hablar con ella ha vuelto a despertar todo lo que sentí hace años. Es como si no hubiera pasado el tiempo. Está más guapa si cabe que entonces. Es mi mujer, madre, y está viviendo una vida lejos de mí. ¿Comprendes?

Isabel parpadea rápido. Echa la vista atrás, pero no oye ruidos. Las ventanas están cerradas, al igual que la puerta.

—¿Cómo no me habías dicho nada de esto antes?

—Creí que todo había acabado. No ha sido así… La amo con todo mi corazón y he decidido declararme.

Ambos callan. Diego vuelve a dar un pequeño sorbo al té. Deja la taza sobre el plato. Isabel no pierde de vista a su hijo, que continúa en el limbo.

—No estamos en un país en el que os vayan a lapidar por adulterio, pero deberías contener esas emociones. Son peligrosas. Te declaras y, después, qué. ¿Qué vida quieres darle? Apenas sales del despacho. Tu vida es el trabajo. Gracias a él eres un hombre de bien al que todos respetan y admiran. Si vas en busca de lo que no te pertenece, te acusarán con el dedo y dejarás de ser respetado.

—No puedo cargar por más tiempo con esta losa. Madre, llevo muchos años guardando el secreto. Tengo que hacer algo.

—Te veo y no te reconozco. Sé que no soy perfecta, pero nunca habrás visto ni en mí, ni en las personas de esta casa, un comportamiento parecido. Esa mujer tiene la vida resuelta con su marido y sus hijos. Nada te incumbe con ella.

—No creas que no sufro, madre, y me gustaría no sentir nada por ella, pero es amor del verdadero.

—Amor del verdadero… ¿Ese es el que te lleva a casarte y tener hijos? ¡No, espera! Si la elegida está casada y con hijos, tu amor verdadero suena a capricho de señorito. No tienes edad para esto, hijo. Decidiste, con gran acierto, invertir tu tiempo en el trabajo. Vives en un pueblo en que se habla mal todos los días de personas que han hecho mucho menos de lo que tú pretendes. Y para rematar, de vecino, tendrías al marido abandonado y a los hijos, que te odiarán de por vida. Es un mal plan, querido. Ni siquiera piensas en los demás. Tus acciones también me afectarán a mí directamente, y luego a Matilde. La casa y los que vivimos en ella estaremos rodeados de un aura endemoniada. Si tienes tantos deseos, échate un cubo de hielos en la bragueta, ¡por Dios bendito!

Isabel se levanta. Llena un vaso de agua y lo bebe de un trago. Regresa a la mesa. Su hijo está cabizbajo. Dando vueltas con la cuchara a la leche marrón clara. Isabel hace acopio de fuerzas.

—Perdóname. Eres la persona más bondadosa que ha creado el Señor. En esta cuestión no hay salida victoriosa sin dejar el camino repleto de cadáveres. Lo que para ti es una liberación es una bofetada de dolor para el resto. Nadie salvo vosotros seríais beneficiados en este asunto, y no creo que por mucho tiempo; además, tampoco está tan claro el beneficio de ella. ¿Es verdadero amor el que sientes por esa mujer?

—No hay amor más puro que el mío, madre.

—Déjame preguntarte algo. ¿Acaso ella te devuelve esos sentimientos?

—Yo…

—¡Ah, vale! Ni siquiera sabes si eres correspondido con la misma emoción que tanto predicas. Tantos años de soportar esta carga y tampoco sabes si ella siente lo mismo que tú. Con miraditas y palabras bonitas no se llega a nada. ¿Crees que, aunque sintiera lo mismo por ti, estaría dispuesta a dejarlo todo?, ¿daría el paso que le pides? De eso tienes que estar más que seguro y, aun estando seguro, corres el riesgo de que no cumpla su promesa. ¿Has pensado en ello?

—Diego mira la taza vacía—. No te precipites. No des pasos en falso. Si es amor verdadero y puro como dices, por mucho que la vida os ponga obstáculos, estaréis juntos. Y, si lo es, buscarás que ella esté bien. —Isabel le da un beso en la frente y se levanta—. Tengo faena, hijo, debo empezar. No busques más consuelo o consejo en nadie, que quien debe tomar una decisión eres tú. Yo soy tu madre y nada de lo que hagas podrá cambiar eso.

Se siente satisfecha del discurso que acaba de dedicarle a su hijo. Recoge las tazas, pasa una bayeta por la mesa y añade:

—Y con respecto al hijo de tu querida Julia, ese Javier tan buen mozo, hazme el favor de sonsacar a la madre si fuma.

Angélica sostiene el auricular con una mano y con la otra se entrelaza en los dedos el cable. La sonrisa va en aumento.

—¿Entonces? —dice conteniéndose la risa. La voz de Enrique retumba al otro lado, entrecortada por la carcajada que trata de sujetar.

—Te juro que estábamos todos firmes, formados y en completo silencio. «¡Falta uno en la formación!», se oye a lo lejos. «¿Dónde hostias está el que falta?, gritaban». Los compañeros nos mirábamos unos a otros, pero nadie se acordaba de quién podía ser. Y de repente, se abre la puerta del pabellón y sale Jacobo en albornoz. Con el cepillo en la mano y la boca llena de espuma.

Angélica suelta una risita.

—¡No!

—Sí, sí… —Enrique insiste, sin evitar reír—. Sale todo tranquilo y suelta: «¿Qué pasa? ¿Qué está pasando aquí?», ¡como si fuera su casa! ¡Y nosotros tiesos, tragando saliva, haciendo contorsiones para no reventar de risa!

Angélica se tapa la boca, sin poder contenerse.

—¡Ay, no puede ser!

—Los gritos del sargento se oyeron hasta en la luna. ¡En la luna, Angie! Y el pobre tipo con la toalla cayendo, intentando hacer el

saludo militar con el cepillo de dientes… Fue glorioso.

—¡Sí! —dice Angélica tapando el micrófono del auricular con la mano cuando oye que Isabel grita desde la puerta: «¡Niña! Javier espera».

—¡Vale, ya voy! ¡Dile que bajo enseguida! —Angélica hace una breve pausa—. ¿Y qué pasó después?

—Que nos pusieron a parir a todos. Que si éramos un zoológico con botas, que si vaya panda de animales… —responde Enrique todavía divertido—. Bueno, cuéntame tú, ¿qué has hecho hoy?

—Nada especial… Acaba de llegar Javier. Me está esperando en la puerta. Vamos a tomar un café.

—Ah… —dice Enrique—. Qué bien.

—Sí… Vamos con más gente.

—Claro. No te entretengo más. Pásalo bien.



El inspector Granados, Daniel y el padre Francisco han llegado al Camino de los Molinos. Suben la cuesta que termina en la fachada de piedra arenisca de los Mendoza de Villansalma. A Daniel le llama la atención el par de columnas de la puerta de arco de medio punto mientras se abrocha la chaqueta y piensa «¡hay que ver cómo viven los ricos1».

El cielo está cubierto de nubes densas, cargadas de agua, que aún se resisten a aliviar el calor condensado y agobiante de la ola de aire africano. Huele a tierra mojada, que no pasa de ser anuncio del viento húmedo, que termina por amontonar las hojas secas y las ramitas en los bordes de la calzada.

—Se acerca una buena… —dice el padre Francisco.

Isabel abre la puerta con ímpetu en cuestión de segundos. Hace un gesto con la mano para que entren al amplio recibidor. El

expolicía se queda maravillado al contemplar la escalera lacada en blanco, los muebles, los lujosos detalles y el espacioso lugar.

—Aquí se podrían poner unas porterías —dice Daniel.

Calla al oír pasos. Es Alejandro el que arrastra los pies, el marido de Matilde, que la acompaña del brazo. Su espalda está encorvada y se ayuda también de un bastón para caminar.

—Buenas tardes. Gracias por venir —dice ella—. ¿Quieren tomar algo antes de que salgamos? No queda lejos, pero les aseguro que ese pregonero es reacio a hablar; solo espero poder convencerlo. —Matilde besa la mejilla arrugada de su marido—. Vuelvo en un periquete.

—Claro, querida, claro.

—¿Y Angélica? —pregunta el padre Francisco.

—Ha quedado con unos amigos. Luego podrá verla —responde Matilde.

El viento arrecia y las nubes negras, condensadas, están a punto de descargar con buena gana. El cielo se ilumina con relámpagos que azotan el ambiente y el sonido atronador los secunda. Comienzan a caer gotas en el suelo agrietado. Isabel se apresura entre las estrechas calles del pueblo, sujetando de un brazo a Matilde y del otro el paraguas, que se voltea con el viento. El cura, el inspector y Daniel las siguen detrás. Llevan otro paraguas que se ha doblado varias veces y van sorteando los charcos de agua que se han formado en poco tiempo.

—¡Qué sitio más tétrico! Con las ruinas, el columpio mugriento y los juguetes tirados, solo falta que nos salude la niña de la curva —rezonga Daniel.

Junto a la iglesia, en la parte del pueblo que llaman el Palacio, se alzan los restos de una antigua mansión con trazas de palacete. Se puede ver la mitad del tejado de teja curva en un lateral y la fachada decimonónica intacta. La estructura apenas se mantiene apuntalada. En una zona aledaña a las ruinas vive el Chaval.

Un susurro de hojas se mueve en un olmo que se alza imponente a la derecha. Ocupa el centro de un pequeño parque infantil en el que un columpio de hierro y un tobogán muestran sus colores desgastados, fríos como el material que los forma. La pequeña zona cubierta de arena se asemeja a un estanque detenido en el tiempo, y unos cuantos juguetes olvidados emergen tímidos, tal vez, con la esperanza de ser rescatados.

Entre el follaje, asoma una pierna. Es el Chaval, que ha conseguido capturar una paloma con la pata magullada.

—¿Qué haces ahí? —pregunta Matilde.

—Se había quedado atascada en una rama.

—Vengo en compañía de la gente que te dije. Baja.

El Chaval agacha la cabeza. La paloma apenas se mueve entre las ásperas manos. Vuelve a dejar al ave en el mismo sitio donde la ha encontrado y desciende del árbol como si tuviera ventosas en las manos.

Ya en el suelo, los saluda, vacía el bolsillo del pantalón y manipula un manojo de llaves. La de la puerta es la más grande de todas ellas. Abre y entra por delante. Matilde e Isabel lo siguen; después lo hace el cura Francisco, el inspector y, por último, Daniel. Apenas les da tiempo a levantar la vista.

—¡Cielo santo! —exclama Matilde. —Todos se sienten observados. Las paredes están empapeladas con dibujos de la misma cara. Unos más grandes que otros. Matilde nunca hubiera imaginado que el pregonero tuviera esa soltura con el carboncillo. «De ahí que siempre tenga las puntas de los dedos negras», piensa—. ¿Quién es?

—El que mató a María —responde sin vacilar mirando al suelo.

Sobre el mueble destartalado de solo tres cajones, descansa la joya de la casa: un transistor antiguo plateado. En el sofá, que debió ser un buen mueble en otro tiempo, las calvas de la tela que lo cubre, y que no parece haber visto nunca el jabón, dejan a la vista el relleno en varias costuras. Solo hay una habitación con una cama deshecha.

—Es el Melenas —musita Daniel. —Abre los ojos y levanta el labio superior—. Bueno..., que sepas que estamos ansiosos por lo que tienes que decirnos, Chaval.

El chico mira a Matilde, que le da el beneplácito. El Chaval se acomoda en el sillón viejo y desgastado; chirría cada vez que hay un cambio de peso. Se rasca la cabeza con los dedos negros. Antes de comenzar, mira al techo.

—No podía dormir... Me pasa mucho. —Se limpia los ojos con la manga de la camisa arrugada—. No paraba de dar vueltas y más vueltas en la cama. Me levanté para andar; así encuentro yo el sueño. Y anduve. Anduve hasta llegar a uno de los bancos que hay en la plaza y me senté. Hacía frío. Estuve un buen rato hasta que los párpados me pesaban; entonces, decidí regresar a casa. Al levantarme, vi el Seat Ibiza blanco de María, que pasaba a toda velocidad. No parecía ella. Era de las pocas mujeres con carné y coche. Como trabajaba tanto en las urgencias, ya saben, de noche y eso, no tuvo más remedio que conducir, aunque decía que no le gustaba demasiado. Recuerdo que en sus ratos libres lo limpiaba a conciencia por dentro y por fuera, para que se viera bien bonito.

Se mueve en el sillón, que se queja como si lo estuvieran hiriendo, y prosigue:

—«Los turnos del hospital —dice impostando la voz— no me permiten coger el autobús». Parece que la estoy oyendo. Conducía despacito. Lo hacía muy bien. A mí me llevó una vez a ver a mi madre a casa de mi hermana, tirando para Cuenca. Era muy pero que muy buena persona. Con todos los trabajos que tenía y los niños, me hizo ese favor. Quería saber si todo iba bien. Total, que me fui para la casa y entonces… —El Chaval eleva los hombros y los deja caer de golpe—, otro auto, pero gigante, ¿saben?, pasó igual de rápido. Ahora me acabo de asustar y ya no me acuerdo bien de lo que pasó —farfulla como pidiendo permiso para detenerse ahí.

—Tienes que continuar —le insta Matilde.

El Chaval parece encogerse en el asiento y el sillón chirría como un gorrino en su último hálito de vida.

—Allí vi… vi…

El cura Francisco y Daniel se devuelven las miradas haciendo acopio de paciencia. De nuevo, el Chaval mira al techo.

—Vamos, lo estás haciendo muy bien. —Matilde se coloca a su lado y le coge de la mano.

—Estaba fuera de la cerca de la casa de María, pero podía ver lo que estaba pasando en el jardín. El señor del dibujo —señala la pared — tenía a María por el cuello. Y María… no podía respirar, fijo. La metió dentro de la casa.

—¿Qué pasó después?

—Me fui.

—¿No avisaste a la Guardia Civil?, ¿por qué? —pregunta el inspector arqueando una ceja.

El Chaval rompe a llorar desconsolado.

—Llegué a casa y me eché a dormir. A la mañana siguiente creí que había sido una pesadilla, pero me avisaron para que pregonara el

fallecimiento de María. —El sonido de un trueno lo interrumpe—. Tenía mucho, mucho miedo.

Daniel se pone a la misma altura que el chico.

—¿Había alguien más por la zona?, ¿alguien del pueblo?

—No vi a nadie más.

—Vamos al cuartel de la Guardia Civil.

Daniel le coge por el brazo y el Chaval se suelta. Entra en su cuarto y cierra la puerta con llave.

Matilde e Isabel se han marchado hace unos minutos. El pregonero sigue encerrado en su habitación.

—¡Si no sales ahora mismo, tiro la puerta y cuando te coja estoy dándote hostias hasta que pierdas el conocimiento! —dice el inspector desde el salón.

El expolicía y el inspector comienzan a dar patadas a conciencia contra la débil puerta. El marco se desmantela enseguida y la cerradura se parte. La puerta cede y el inspector coge por la pechera al Chaval que llora como un niño.

—¡No, por favor! ¡No me pegue, señor! —suplica—. ¡Tengo una cosa importante! En… en el armario.

—¡Vuela! —ordena el inspector.

El pregonero abre el armario y aparta varias cajas de zapatos. Coge un maletín negro rozado, con los metales oxidados, manchas en las esquinas y olor a humedad. Daniel agarra por el brazo al Chaval y lo sienta en el sofá mugriento como si fuera un muñeco de trapo.

—¿Qué es eso? —pregunta el inspector.

—La vi llegar en su coche. Sacó algo de este maletín, hizo un rollo apretado y lo metió dentro del hueco de la figurita de la seta de la fuente de mármol de su patio. Después puso la figurita como estaba.

—Tenías que haber avisado a alguien. A lo mejor se hubiera podido salvar.

El cura Francisco se lleva la mano a la barbilla y se dirige a coger una silla que hay junto a la ventana. Tropieza con algo anclado al suelo y se detiene. Retira una polvorienta alfombra de esparto con la mano. Es una puerta cerrada con un candado.

—No, no. Estaba bien muerta, señor. Esos ojos… vacíos. Cogí lo que había guardado en la fuente y lo metí en el maletín. Luego me eché a dormir. Le juro… Creí —dice cogiéndose la cabeza con las manos— que había sido una pesadilla.

—¡Qué tío más mentiroso! —señala el inspector con cara de pocos amigos.

—¿A dónde lleva esta puerta? —pregunta el cura volviendo sobre sus pasos, como si no hubiera escuchado el final del discurso del Chaval.

—Es uno de los túneles que se hicieron en la Guerra Civil —responde el Chaval.

—¿Dónde termina?

—En la iglesia. Otros acaban a las afueras del pueblo, en pleno campo.

—¡Apaga las luces! ¡Ya! —exclama Daniel.

Una falsa calma envuelve el ambiente del salón. Apenas entra algo de luz de las farolas. Ha dejado de llover con tanta fuerza, pero siguen cayendo gotas. El Chaval se levanta y el inspector lo para en seco. Le hace gestos para que abra el candado de la puerta empotrada en el suelo. El Chaval se mueve en silencio, como ha visto que hacen los ninjas de la tele. Extrae el manojo de llaves que le cuelga del cinturón. Lo agarra con cautela para no hacer ruido. Elige la llave más pequeña y la introduce despacio. Sostiene la puerta por la argolla. Abre y la deja volcar con extremo sigilo. El Chaval baja primero, después lo hace Daniel, le sigue el cura Francisco y, por último, el inspector, que se ha asegurado de cubrir la puerta con la alfombra de esparto. A lo lejos se oye ruido de cristales rotos y golpes.

Es un túnel húmedo, lleno de raíces que cuelgan de las paredes. El cura se ha hecho un buen jirón en la sotana al enredarse en un tallo y tirar para desengancharse. De vez en cuando empuja al Chaval para que apriete el ritmo al máximo de sus posibilidades. Todos quieren salir de allí cuanto antes.

Salen al cobijo de la Virgen de la Soledad, que parece recibirlos con un abrazo. Su imagen luce angelical sobre una mesa dorada. Viste un manto de color negro con incrustaciones de piedras preciosas. En la nave central, se alza majestuoso el retablo mayor del ábside.

Don Emilio los ha recibido en su casa y ahora los cinco se encuentran sentados alrededor de la mesa redonda de la salita de estar. El párroco menea la cabeza y el Chaval no puede mirarlo a la cara. Se seca la frente con un pañuelo blanco. El encuentro con el padre Francisco, tanto tiempo anhelado, se ha visto deslucido por la situación. Para Emilio, Francisco sigue conservando la voz juvenil. Apenas ha cambiado el recuerdo que tenía de él: solo algunas arrugas finas en el entrecejo y alrededor de los ojos que dan cuenta del paso de los años.

—Me lo tenías que haber dicho hace mucho.

—Don Emilio, perdóneme. Yo no sabía… —El Chaval trata de justificarse.

—Pero hijo, si lo sabías todo. No me vengas con excusas imposibles. Puedo hablar porque es de dominio público. Mataron a María y lo escondiste, te quedaste con este maletín y no dijiste nada. ¿Esperas una recompensa por ello? ¿Qué hay dentro del maletín?

—Papeles… Leí lo que decían, pero no entendí nada. Me dio miedo. Volví a guardarlos, cerré y… me olvidé.

—Pero bueno… —don Emilio, se queda boquiabierto—, ni por esas. Y ahora…, ¿puede saberse por qué te ha dado por hablar con Matilde?

—En la confesión se me escapó un poquito. Y fue usted el que me dijo que lo contara todo, pero yo no quería hacerlo en confesión: si

Dios se enfada conmigo, me castigará. Matilde no... Ella no me iba a regañar como lo hace usted.

Don Emilio se lleva la mano a la frente y, de ahí, a las gafas que le cuelgan, como para asegurarse de que siguen ahí. Suspira. «¿Adónde conduce todo esto?», se pregunta. Mira al Chaval.

—Tendremos que ver lo que hay dentro, ¿no? —dice.

El padre Francisco responde asintiendo con un gesto. Se queda mirando a Daniel, que mira a su vez al inspector.

—Vamos a abrirlo —afirma Daniel.

El documento no es un cúmulo de «papeles», como ha dicho el Chaval. Es un solo papel más grueso de lo habitual. Bien conservado. Daniel lo extrae con cuidado y lo lee en voz alta:

Yo, Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España, afirmo mi voluntad final en este documento, dictado en pleno juicio y con la firmeza que siempre guie en el servicio a la Nación.

Españoles: Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio, pido a Dios que me acoja benigno a su presencia, pues quise vivir y morir como católico. En el nombre de Cristo me honro, y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia, en cuyo seno voy a morir.

Pido perdón a todos de todo corazón, perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como tales. Creo y deseo no haber tenido otros que aquellos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida, que ya sé próximo.

Quiero agradecer a cuantos han colaborado con entusiasmo, entrega y abnegación en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre. Por el amor que siento por nuestra Patria, os pido que perseveréis en la unidad y en la paz. Os concedo la libertad política de no rendir cuentas a ningún hombre salvo a vuestra propia conciencia. Apelo para ello a la Ley Natural que proviene del divino. Pues vosotros, españoles, sois merecedores de vivir en libertad. Prestaos el mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado y apoyaos los unos en los otros como hermanos de nuestra gran Patria.

No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización están alerta. Velad también vosotros y deponed, frente a los supremos intereses de la Patria y del pueblo español, toda mira personal. No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura para todos los hombres de España y haced de ello vuestro primordial objetivo. Mantened la unidad de las tierras de España exaltando la rica multiplicidad de las regiones como fuente de fortaleza en la unidad de la Patria.

Quisiera, en mi último momento, unir los nombres de Dios y de España y abrazaros a todos para gritar juntos, por última vez, en los umbrales de mi muerte: ¡Arriba España! ¡Viva España!

Los presentes han oído la voz de Daniel y se miran esperando que alguien se pronuncie. Llaman a la puerta.

Don Emilio, que ha estado escuchando con suma concentración, abre los ojos.

—No espero a nadie. ¿Quién podrá ser?

—Abra. Los otros no tienen tantos miramientos. Le acompaño —dice Daniel.

El padre Francisco se queda en compañía del Chaval y del inspector, que se ha detenido en la relectura del testamento.

—Aunque la gente decía que usted traía mala suerte, yo nunca pensé eso. Es como don Emilio, como un padre que solo quiere lo mejor para mí.

El padre Francisco lo mira de soslayo, estira los labios amagando una sonrisa y asiente con la cabeza.

Isabel, mojada de cintura para abajo, irrumpe en la sala.

—La señora dice que pueden venir a casa para cenar.

—Con lo que tenemos entre manos, es peligroso. —Don Emilio se pasea con las gafas apoyadas en un equilibrio difícil sobre el puente de la nariz—. Pero tenemos que hablar con Alejandro. Le puedo llamar por teléfono. Eso haré. Lo llamaré y le preguntaré. ¿Está el señor en casa?

—Sí. ¿Qué le digo a la señora?

—Dile que no se preocupe por nosotros. Nos quedamos en la iglesia. Por la mañana iremos a la Guardia Civil. Dale las gracias a la señora Matilde.

Isabel hace una pequeña reverencia de asentimiento, toma el paraguas empapado y regresa por el mismo camino.

Don Emilio agarra el auricular del teléfono y marca el número de los Villansalma. Responde Matilde. Con Alejandro ya al otro lado del hilo, el sacerdote coge el documento político y se lo lee a su amigo. No es algo nuevo, por lo visto. Alejandro le dice que, efectivamente, Franco dejó un testamento que publicó la prensa. Añade que es muy parecido al que tiene en sus manos, pero distinto.

—¿Sabes la fecha de ese otro que dices que se publicó? —pregunta don Emilio. Alejandro promete buscarlo y comprobar de cuándo data —. Bien, esperaré lo que haga falta —dice el sacerdote.

Suelta el auricular, mira la fecha del testamento que tiene en la mano y dice: «Dios nos asista».

Alejandro sigue hablando sobre el contenido del texto publicado, resumiéndolo mucho. Al parecer, Franco dejó dicho a los españoles que debían tener lealtad y afecto a su majestad el Rey Juan Carlos I y les pidió perdón, declarándose fiel hijo de la Iglesia Católica. Alejandro concluye diciendo que no se tiene conocimiento de la existencia de otro tipo de testamento y que no entendía la frase del nuevo texto, eso de «rendir cuentas a la propia conciencia».

—¿Dónde se ha visto majadería semejante? Uno tiene que sacar las culpas fuera; si no, ¿ante quién se arrepiente?, ¿a quién le promete enmendarse? ¡Vamos, hombre!

Don Emilio tiene el auricular cogido por la mano mientras reflexiona con la mirada ausente. Le da las gracias a su amigo Alejandro y luego cuelga.

—¿Qué le ha dicho? —pregunta el inspector.

—Pues que ya hay otro testamento publicado en la prensa, pero este que tenemos delante es posterior. Es su última voluntad.

—¿Y ahora qué? —interpela el padre Francisco mirando al inspector. El policía lo mira a él y mira a Daniel y reflexiona unos instantes antes de contestar.

—Vamos a ver. Si este escrito es auténtico y tiene fecha posterior al que se conoce públicamente, es este el que prevalece. El último testamento anula los anteriores, siempre que cumpla con los requisitos legales. Pero, claro…, estamos hablando de Franco. No es cualquier muerto. Esto no es solo una cuestión de leyes, también es política, poder, memoria histórica. Habría que verificarlo, cotejar firmas, testigos, notario… y, después, prepararse para lo que pueda desencadenar.

—Si ese papel es real, quieres decir, porque empiezo a creer que lo es por el revuelo que se ha montado. Quieren hacerse con él.

—¿Quiénes?

—Pues, mira, Francisco, todos los bandos. A nadie le interesaría remover la cuestión de la legitimidad —dice el inspector.

Don Emilio escucha con los ojos abiertos. Está sentado en el banco con las manos entrecruzadas. Vuelven a llamar a la puerta.

—¿Quién será a estas horas? —pregunta don Emilio—. Debe ser Isabel, que se ha olvidado de algo.

—Lo acompaño.

Daniel se aproxima como escoltando a don Emilio, listo para cualquier eventualidad que se presente. Regresan con la visita inesperada.

El padre Francisco abre los ojos. Se levanta y camina hacia ella.

—Anaís… ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo hablar contigo en privado?

El padre Francisco asiente y don Emilio les indica dónde pueden reunirse sin testigos. La chica toma su bandolera de tela gris entre las manos. Francisco va delante, junto a don Emilio, que les abre la puerta. Entran y él se da media vuelta.

—Me alegra muchísimo verte, y verte bien… Ven aquí. —El padre Francisco rodea con ambos brazos a Anaís. Respira aliviado y susurra—: Solo Dios sabe cuánto te he extrañado.

Permanecen en esa posición hasta que caen en la cuenta de que si ella está ahí es para algo. El padre le sostiene la mano.

—Vengo a llevarme el testamento político de Franco. —Aparta la mano del cura con dulzura.

—No puedo dártelo. Le prometí a Anselmo que se lo daría a él.

Anaís le toca la cara con la mano, desliza una caricia y le devuelve un abrazo. Se suelta después de darle un beso en la mejilla.

—Podíamos haber tenido tantos momentos como este para nosotros… Pero elegiste la sotana y a mí no me quedó otra que enfrentarme a mi destino sola. —Anaís suspira—. Cada día trae consigo una nueva oportunidad. Francisco…, si le das el testamento a Anselmo, desaparecerá y, con él, la oportunidad de ser libres. Lo meterá en algún cajón, como si no hubiera existido. —Francisco evita confrontarla y se tensa—. Este papel es memoria. Es justicia. Es verdad. ¿Vas a romper lo que yo sé que eres por obedecer lo que él quiere? ¿O vas a hacer lo correcto… y confiar en mí?

Ambos regresan a la sala sin mediar palabra. El Chaval se ha quedado dormido y el inspector y Daniel debaten qué hacer, de espaldas en un rincón. Don Emilio está en la cocina preparándose una tila. El padre Francisco mira el testamento que sigue sobre la mesa, lo coge, lo enrolla rápido y se lo entrega a Anaís, que lo introduce en la bandolera de tela gris en un santiamén. El cura la agarra por el brazo y la acompaña hasta la puerta sin que nadie lo advierta.

—Que no sea el último milagro entre nosotros —dice Anaís antes de mimetizarse con la oscuridad de la noche.

Francisco regresa al salón. El inspector y Daniel no se han percatado todavía de que el testamento ha desaparecido. Don Emilio lo mira pálido. Tiene la taza en una mano. En cuanto se cruzan las miradas, le pregunta:

—¿Por qué?



A los lados del campanario, en la propia estructura de la pared, cuatro ventanales góticos resisten el paso del tiempo. El Chaval disfruta como un niño en su fiesta de cumpleaños. El padre Francisco se despierta con el sonido grave y expansivo de las campanas. Don Emilio llama a la puerta de su dormitorio.

—¡Francisco! ¡Sal cuanto antes! —le reclama, urgido.

Se levanta de un salto y se dirige a la puerta con pasos ligeros.

—¿Qué pasa?

—El inspector Granados y Daniel se fueron temprano al cuartel de la Guardia Civil. No han dormido casi nada. La cosa es que creíamos que se había marchado ese señor que os sigue, pero me ha parecido ver a alguien subir por el campanario. Juraría que sí, que lo he visto, pero… Anda, hijo, ve a ver si ha sido mi imaginación y yo aviso a los policías para que vengan cuanto antes.

Francisco sube descalzo y no sin cierta aprensión las escaleras del campanario. El Chaval sonríe de oreja a oreja, satisfecho. Ya no tiene de qué preocuparse. En ese instante se abre la puerta y asoma el Melenas como si fuera un demonio liberado de un relicario antiguo. Aprovecha el despiste del pobre inocente, lo agarra por el jersey y lo empuja fuera del campanario. Cae al vacío ante la atónita mirada del padre Francisco, que no puede hacer nada por evitarlo. Fija la mirada en el asesino y, al hacerlo, siente que se despereza el monstruo que habita en su interior; la ira le martillea las sienes y, sin apartar la vista, coge una soga del suelo y la entrelaza con manos decididas.

Una vecina que vive en la plaza, junto a la iglesia, conocida como Martita, no quiere dar importancia al golpe que procede de la calle y termina de colocarse una horquilla en el rulo verde. Busca la redecilla palpando sobre la mesa pequeña en la que hay unas cuantas pinzas, un cepillo y algunos botes. Rodea los rulos para evitar que se

muevan. Se ha quedado con la mosca del golpe y, al mirarse en el pequeño espejo que ha trasladado a la cocina para aprovechar la luz, el reflejo de la cara redonda muda la expresión. «¿Y si ha pasado algo?». Se asoma a la ventana que da a la plaza y ve un bulto del que no sabe decir si es un animal. Hace tiempo que no ve bien ni de cerca ni de lejos, pero unas gafas nuevas cuestan un dineral, así que baja dispuesta a salir de dudas.

Pese a sus redondeces, se mueve con bastante agilidad. Agacha la mitad del cuerpo y, cuando comprende lo que está viendo, abre los ojos y ahoga un grito. Mira de un lado a otro y repite: «¡Madre querida!, ¡madre querida!». No termina de creer lo que tiene delante. Entonces grita: «¡Socorro!, ¡auxilio!, ¡ayuda!».

El vecino de enfrente, alertado por los alaridos, se aventura a salir en pijama y se acerca a Martita, cuyo volumen oculta lo que tiene delante. Mira arrodillada con cara descompuesta. Hace gestos nerviosos, se santigua, se lleva la mano al pecho, se echa hacia atrás y vuelve a inclinarse hacia delante, «¡madre querida!, ¡madre querida! El hombre agacha la cabeza y, sin mayor dilación, grita a su vez: «¡Avisad al médico!, ¡rápido!».

La gente va llegando y tiene lugar una especie de carnaval de máscaras variopintas: algunas de horror, otras de incredulidad; las más, incapaces de reprimir las náuseas. Un niño de unos seis años se ha colado entre las piernas de los mayores para meter las narices en el meollo del asunto y regresa llorando a los brazos de la madre, que se pone a su altura, lo sacude y lo regaña: «¡Por qué nunca me haces caso!».

El cuerpo sin vida del Chaval tiene las piernas y los brazos descoyuntados, de la nariz mana un chorro de sangre y el ojo derecho se ha salido de la cuenca. Un mirón despistado aplasta el ojo sin querer y los restos se le pegan al zapato. Intenta devolvérselos al cadáver, mientras exclama: «¡Dios mío!».

Suena lo que parece un petardo gordo. Vuelve a sonar otro petardo. Un vecino grita con todas sus fuerzas: «¡Todo el mundo a cubierto!, ¡a las casas!, ¡vamos!».

Los gritos de la algarabía se vuelven insoportables. La gente huye del lugar despavorida.

Hacen acto de presencia el inspector Granados y el expolicía en el preciso instante de las detonaciones. Comprueban que no se puede hacer nada por el muchacho y desenfundan las armas. Suben corriendo por la rampa de la iglesia hasta entrar por la puerta principal. No hay nadie. Don Emilio va a subir por las escaleras del campanario, pero lo detiene el inspector y le pide que llame al cuartel para solicitar ayuda. Daniel ha olvidado su cojera y su sordera y sube tan rápido como el inspector. Se encuentran la puerta del campanario cerrada.

—¡No! ¡No! Tengo que entrar como sea... No te dejaré, Francisco; tranquilo, amigo... —grita el inspector que, desquiciado, golpea la puerta y grita—: ¡Al cura no! ¡No le dispares al cura!

Daniel llega a la altura del inspector y lo secunda con los golpes hasta que la puerta cede. El padre Francisco ha rodeado al Melenas con la soga. Cruza la mirada con la de Jorge.

—Coque... —dice.

El inspector arquea las cejas, abre los ojos y el cura suelta el agarre. Se aleja un poco y se pone de rodillas frente al Melenas.

—Vamos..., no soy mejor que tú. —El cura cierra los ojos y agacha la cabeza—. Estoy preparado.

El Melenas se incorpora con la pistola en alto, a punto de disparar a la frente del sacerdote. Jorge Granados y Daniel López abren fuego a la vez. El sicario cae de rodillas, abatido, aunque aún logra apretar el gatillo. Sin embargo, una vez más, las balas parecen desviarse, como si el padre Francisco estuviera envuelto en una bóveda de protección invisible, una especie de aura divina que lo mantuviera a salvo.

ARCO, JULIO 1991

Anaís sale del automóvil y trepa con agilidad hasta el techo de su coche. Tumbada, con las manos apoyadas en la nuca, mira arriba, a las estrellas; el cielo es parecido a un lago lleno de diamantes. Inhala el aire fresco.

La calma se rompe con el sonido de un motor. A lo lejos, unas luces avanzan por la colina. Anaís desciende, se agacha y se oculta tras un árbol. Reconoce el vehículo: es de su padre. Aurelio lo detiene sin apagar las luces, y Anaís, con extrema cautela, se aproxima.

—Estamos pillados. Me han seguido hasta aquí. ¡Escóndete! ¡Ahora! —exclama alterado.

Suenan los motores de otros automóviles acercándose. Aurelio empuja a su hija, se echa hacia atrás, se pasa las manos por el pelo engominado y recobra la compostura. Se sacude la chaqueta blanca con gesto automático y recoloca el clavel rojo del ojal, cuidando que nada quede fuera de su sitio.

Anaís no aparta la vista de su padre. Dos furgonetas avanzan lentamente, una detrás de la otra, hasta que se detienen en paralelo, con las luces encendidas. De uno descienden Thomson y su escolta: un turco corpulento de piel morena, barba espesa y pelo corto. Aurelio se acerca al maletero de su coche, extrae un maletín y lo lleva en la mano hasta quedar frente a los dos.

—¿Dónde está el Melenas? —pregunta Aurelio, que se ha quedado de pie observándolos.

—Trabajando —responde Thomson con tono indiferente, y pide—: El documento.

—Claro, aquí está. —Aurelio extiende el brazo y le hace entrega del maletín. El Turco lo coge, comprueba el interior y se aleja.

El Turco cae, como un muñeco de trapo, abatido por el disparo certero de Aurelio en la cabeza. El maletín permanece aferrado a su mano derecha. Aurelio se gira y dispara contra Thomson, que se

desploma. En cuestión de segundos, de la otra furgoneta que cerraba la comitiva descienden cinco militares y el aire se llena de ráfagas de fuego.

Anaís corre hacia su padre, pero la lluvia metálica le impide avanzar. Dos soldados arrastran el cuerpo de Thomson hasta el interior del furgón, que arranca levantando una nube de polvo. En la penumbra, otro militar, escoltado por dos más, se aproxima con paso firme. Logran cargar con el Turco y hacerse con el maletín. Luego parten, dejando tras de sí el eco de los disparos y un inconfundible olor a pólvora.

Anaís abre los ojos. Corre hasta llegar a la altura de su padre, que yace con varias heridas. Le resulta imposible detener las hemorragias. El traje blanco se ha teñido de rojo.

—¡Mierda! ¿Qué has hecho?

EN EL PUEBLO, JULIO 1991

—¿Qué haces? —le pregunta Angélica.

Javier cruza la ventana abierta con la misma naturalidad de quien sabe lo que hace.

—No es buena idea que estés aquí —añade Angélica, que se incorpora de su silla.

—Quiero que me acompañes a un sitio. —Javier le coge las manos y se las aprieta con delicadeza—. Ven, no tengas miedo... Estoy contigo.

—Será mejor que te vayas. No deberías haber venido a mi casa.

Angélica quiere soltarse y buscar a algún miembro de la familia; algo hay en Javier que le hace sentirse insegura y no sabe por qué. Es un sentimiento difuso, apenas un barrunto que no obedece a nada porque es cortés con ella, pero él la sorprende con un ardiente beso y la chica se deja llevar.

—¿Tú y yo?

—Nadie más.

El mirador es el punto más alto y antiguo del pueblo, desde donde se despliegan todas las vistas como un tapiz silencioso. Javier rodea a Angélica con un abrazo tierno, y ella se recuesta sobre su pecho, ahora sí, confiada, como si ese lugar y ese instante fueran su único refugio. Una piedra impacta sobre la cabeza de Angélica.

—¡Vamos, Pulgosa! ¡Levanta! —grita Cristina unos metros más allá, haciendo un gesto con la mano.

Angélica se lleva la mano a la cabeza y se queda perpleja ante lo que tiene delante: el grupo de amigos de Javier la rodea como una jauría de lobos que hubiera olfateado sangre. Son los mismos con los que viene compartiendo cafés desde hace meses, pero ahora sus rostros le resultan ajenos, hostiles. Cristina la agarra de la camisa y

hace que se salten los botones y, sin aguardar que reaccione, le propina una bofetada con la mano abierta. Angélica se lleva la mano temblorosa al lugar del nuevo impacto y, vacilante, hace ademán de salir del círculo. Nadie se lo impide, pero no tarda en caer al suelo. Los amigos de Javier la levantan por los brazos y Cristina le asesta un golpe seco en el estómago. La víctima se curva, sin aliento.

—Javi, cariño —Cristina le da un apasionado beso en la boca—, dale un buen golpe en la cara de imbécil a la Pulgosa.

Cristina se prepara para golpear a Angélica, pero Javier la detiene.

—Yo lo haré —dice Javier, sereno. Se aproxima hasta Angélica y la abofetea. La chica pierde la poca fuerza que le quedaba en las piernas. Cuando Javier se gira, empuja a los que la están sujetando y grita:

—¡Vete!, ¡corre! ¡No dejes que te atrapen!

Angélica no sabe cómo lo hace, pero saca fuerzas de donde no tiene y huye con movimientos descoordinados, torpes, perdiendo el equilibrio, ayudándose de las manos para incorporarse y mirando atrás cada poco.

Angélica llora bocabajo, sobre la cama. Tiembla con espasmos descontrolados. Le arden las mejillas, el cuello, los brazos. Cada vez que cierra los ojos vuelve a encajar las burlas, los empujones, los golpes.

Llaman a la puerta. Angélica intenta no hacer ruido tapándose la cara con la almohada.

—Soy yo. Espero que estés vestida… —dice Isabel en tono jocoso.

Abre y se la encuentra en un estado deplorable: el pelo enredado, la ropa sucia. Ahoga un grito y sale en busca de Matilde. «¡Matilde, Matilde, sube al cuarto de la niña, por favor!», repite.

La señora suelta la labor que tiene entre manos y entra con el corazón acelerado, pero antes de hablar con Angélica se obliga a templarse. Se acerca cautelosa hasta la cama y se sienta junto al

rostro de la chica. La espanta verla en esas condiciones. Le acaricia el pelo con dulzura.

—¿Qué te ha pasado, mi vida? —le pregunta.

Angélica no contesta, pero la voz le genera el suficiente ánimo como para incorporarse. Tiene sangre seca en la nariz, los carrillos enrojecidos, la mirada esquiva, el pelo nudoso.

—Javier y sus amigos… Me han llamado asesina… y me han pegado —responde mientras se toca la cabeza y vuelve a llorar. Se abraza a Matilde. Ella sí es su auténtica salvación desde hace años.

—¡Dios! Tranquila, mi amor… Ya pasó, ya pasó.

Matilde respira profundo. Echa un vistazo fugaz a Isabel, que se ha quedado blanca como el papel que cubre las paredes de la habitación. «Traeré un poco de agua», musita. Se da media vuelta y sale. No quiere pensar que, de haber sido así, lo de presentarle al guaperas de Javier fue idea suya. «Tiene que haber algo más», se dice.

Matilde continúa acariciando el pelo despeinado de Angélica.

—Me escapé. Salí por la ventana… Lo… lo siento mucho. No debí hacerlo.

—No te preocupes, mi vida —le dice, y la besa en la frente. El olor a rosas de Matilde se convierte en un analgésico para el desprecio.

—Estúpida de mí…

Y se acurruca en el pecho de Matilde y se reiteran los gemidos entrecortados.

MADRID, OCTUBRE DE 1991

El equipaje de Daniel cabe en una bolsa de nailon gris que cuelga del hombro. Tiene el pelo corto, está recién afeitado, sostiene un café en una mano y un billete de tren en la otra. El andén está concurrido, el aire es fresco y el sol se filtra por los ventanales hasta derramarse sobre los viajeros. Busca con la mirada sin ver a nadie. El tren asoma a lo lejos y la gente se apresta a recoger sus bártulos. Revisa el billete: primer vagón. Camina despacio, aunque apenas cojea.

—¡Daniel! ¡Daniel!

El inspector Granados y el padre Francisco se hacen hueco entre la gente y llegan a la altura del sonriente Daniel. Se dan un abrazo.

—Creí que no os daría tiempo.

—Aquí estamos —dice Francisco—. Haces bien en regresar a casa.

—Jamás imaginé que despedirme de un cura costaría tanto… y menos de alguien con tu carácter. —El padre Francisco sonríe con finura—. Ese ruido que no me dejaba vivir ya no está. Algo ha cambiado. Tengo muchas disculpas pendientes, sobre todo a mi familia, por marchar sin decir adiós… Es hora de que sepan que siempre los llevé conmigo. Ellos me enseñaron a dudar primero y a confiar después. Pero contigo —le dice al cura— …me equivoqué; lo reconozco. Jorge, dame un abrazo, hermano.

—Te echaré de menos. Prometo ir a verte —dice Jorge Granados.

—Gracias. Nunca dejaste que me perdiera sin remedio. Eres un cabrón tozudo. Ven a vernos cuando quieras.

Daniel sube al vagón. En un momento, el andén se ha quedado vacío. Suena el silbato del tren. El inspector y el cura lo miran. Ninguno habla. El convoy arranca despacio y va cogiendo velocidad hasta que desaparece en el horizonte.

—Francisco, esta mañana me ha dicho mi tío que tenía que llevarte al centro. Por lo visto, Anaís está allí.

—¿Cómo? ¿En serio? Vamos a verla.

—¡Espera! Solo quiero decirte… que no se encuentra bien.

—¿A qué te refieres?

—Ha llegado muy malherida. El tío le ha procurado un médico de confianza, pero…

—¿Y por qué no la han llevado a un hospital?

—La chica se ha negado. ¡Vamos, rápido!

No hay niños. El edificio está recién pintado con un blanco reluciente. Hay un cartel naranja en la ventana del primer piso, la del despacho del padre Anselmo, que dice SE VENDE, con varios números de teléfono debajo. El padre Francisco y el inspector suben con paso ligero. Ambos habrían querido no ver al padre Anselmo en las condiciones que se encuentra: pálido, con los ojos rojos y una pesadumbre que lo mantiene encorvado. Al verlos llegar, apenas puede contener la emoción. Señala una puerta entornada. El cura la empuja con cuidado, como quien teme despertar a un niño dormido. El cuerpo de Anaís yace sobre la cama, sin vida.

Francisco da un paso, luego otro. Se arrodilla junto a ella. Le coge la mano fría. La besa con labios temblorosos. Se mantiene sereno. Su amigo se acerca, pero luego lo piensa mejor y los deja a solas.

—¿Esto era? ¿Así termina? ¿Esto es lo que me reservabas, Señor? —Levanta la vista hacia la ventana y, acto seguido, la fija en el rostro inexpresivo de Anaís—. ¿Para esto la salvaste de mí? ¿Dónde estabas cuando la mataron? ¡¿Dónde, maldita sea?! Yo la habría defendido con mis manos. Con mi sangre. Sabes bien que traté de contener al monstruo, de alejarlo… ¿Y de qué ha servido? Yo la amaba, Dios mío. Y estaba dispuesto a decírselo para… Por fin estaba dispuesto. Soy un estúpido. He llegado tarde.

El inspector vuelve al despacho de su tío Anselmo. La puerta está abierta. Golpea un par de veces con los nudillos y el padre Anselmo

le hace una seña para que pase. Está de pie mirando por la ventana. El despacho, que había sido un espacio acogedor, ahora se ve desolado. La pared exhibe la marca del crucifijo. En la esquina, se amontonan cajas con libros, documentos y algún que otro objeto decorativo. El escritorio de madera oscura está vacío, salvo por un libro desgastado encuadernado en piel y cosido a mano. La silla de cuero detrás del escritorio parece solitaria, sin el habitual cojín que le daba un toque humano, personal.

—No me andaré con rodeos, tío. ¿Tienes algo que ver con la muerte de la chica?

—No todo lo que ocurre en este mundo gira a mi alrededor, sobrino. Créeme, me gustaría tener tanto poder como el que crees que tengo.

—Daniel tenía razón. Estás metido hasta el fondo. ¿Sabías que ella estaba en peligro?

—Saber… Saber es una palabra peligrosa.

—¿Y el testamento?

—Ah, el famoso testamento de Franco. Cuántas vidas ha destrozado una tinta de papel que nunca debió existir. ¿De verdad crees que un documento como ese podría haber cambiado el mundo? Anaís me reveló que era falso. Franco nunca firmó nada. Le pedí que me lo diera para que esta locura acabase ya y no me hizo caso. Nadie sabe dónde lo ha guardado, así que estamos igual que al principio. Aunque ya, más tranquilos, sabiendo que ese papel no vale para nada.

—¿Cómo vamos a creer a un mentiroso, tío? ¿Para quién trabajas? ¿Para el Estado? ¿Para la Iglesia? ¿Para ti mismo?

—Para lo que queda de equilibrio, Jorge. Tú ves policías, curas, traidores… Yo veo engranajes. Unos se oxidan, otros se sustituyen.

El cura Anselmo agacha la cabeza. Se sienta en una silla junto a la ventana. Reclina su cuerpo hacia atrás. El inspector se da la vuelta y sale. El cura se queda solo. Suspira. Murmura algo apenas audible.

Deja caer las manos y luego se las lleva a la cara para limpiarse las lágrimas que resbalan por las mejillas.



Francisco saca la cartera repleta de billetes. Paga al taxista con uno y el hombre le pregunta si desea que lo espere. Niega con la cabeza, pero luego cambia de opinión.

—No tardaré mucho —le dice.

El conductor estaciona cerca de un árbol grande y detiene el motor. Hace un día soleado y Francisco se pone las gafas de sol. Ve un cartel que indica hacia la entrada del castillo. Coge un camino empedrado, ancho, rodeado de pinos, encinas y robles.

Abre una puerta de hierro grande y continúa por los jardines que rodean la antigua fortaleza restaurada. Angélica escucha música en su *walkman*. Sus ojos se iluminan al verlo y sonríe. Se levanta y abraza con ímpetu a Francisco, que cierra los ojos y suspira para sí.

—¡Qué alegría verte! Padre..., perdón, que ya no... De verdad, me alegra muchísimo.

—¿Cómo te encuentras? —Francisco se quita las gafas.

—Mucho mejor. Tengo ganas de hacer cosas. De estudiar. Matilde me lo ha puesto muy fácil. Me lo ha contado todo, ¿sabes? Estoy... contenta. He vendido la casa de mi abuela Vicenta y ya puedo arreglar la de mi madre. Viviré allí y estaré... más cerca de ella. Quiero saber quién era; sin tu ayuda... —Sonríe y lo abraza—. Ya se acabaron las mentiras.

—Estoy orgulloso de ti, pero recuerda algo: las mentiras nunca desaparecen del todo. La clave está en aprender a convivir con ellas sin que te destruyan.

Ella eleva los hombros. Si él lo dice...

—¿Y tú? ¿Por qué te vas?

—He cerrado un ciclo. Ahora quiero centrarme en mí.

—¿Y cómo puedo devolverte…?

—No, no —le interrumpe—. Esto lo hemos hecho juntos, Angélica.

La jovencita lo abraza de nuevo y esta vez aprieta más fuerte.

—Gracias —dice.

Está sentado en un banco del parque situado cerca de la calle Pedro Laborde, con las piernas cruzadas. Se sube los pantalones cortos de tela negros y se remanga la camisa blanca de algodón. Cierra los ojos y respira profundamente. En el aire, las conversaciones cruzadas que mantienen los pájaros.

A su lado, hay dos bolsas de deporte. Lleva colgado su bolsito negro de bandolera. Se siente extraño y lo disimula cogiendo una libreta del bolso para repasar los vuelos disponibles, aunque cualquier horario le viene bien. Siempre ha querido ver Machu Picchu y esta es su oportunidad. Tiene todo el tiempo del mundo.

El aroma a café lo despierta. Es Consuelo, con dos vasos de plástico humeantes. Se acerca con un andar pausado.

—Tómatelo, está recién hecho —añade con voz cansada.

—Gracias. —Francisco lo bebe despacio y abre los ojos—. ¡Qué rico está!

—Lo ha hecho mi hijastro. Se llama Lucas. Tiene un bar cerca y me ha traído en coche hasta la entrada del parque. Es muy bueno conmigo, ¿sabes?, y un excelente cocinero. Te ha preparado una tortilla para el viaje.

Francisco parpadea y aprieta los labios. Alarga el brazo para llegar hasta la bolsa que contiene una caja caliente atada por un nudo.

—Esto es para ti. Toma —dice con voz temblorosa—. Es la mitad de la herencia de mi padre. Con este dinero, si te administras, tendrás hasta el final de tus días. Hasta podrás operarte de la vista. Hay más que de sobra. Es lo que siempre has deseado. Cógelo.

Consuelo agacha la cabeza. Se queda unos instantes mirando el suelo con el café en la mano.

—¿Sabes las veces que he imaginado algo así? La de veces que he imaginado vivir en una casa de lujo, rodeada de gente excelente… Eres el producto de mi obsesión —dice con un temblor apenas perceptible en la voz. Él no aparta la mirada, quieto, con las manos cruzadas en las piernas—. Pero no lo quiero. Así era la Consuelo de antes. Ahora soy distinta.

—Ese dinero es tuyo. Como bien has dicho, soy tu producto. Ya he cumplido con mi cometido, con el mundo, con Dios. Se acabaron las deudas de este tipo…

—¡Espera! —dice ella antes de que Francisco se levante del banco en el que estaba sentado—. Tienes que entenderlo, hijo. Estaba muerta en vida y por fin he revivido.

«La parábola del hijo pródigo», piensa él. Vuelve a acomodarse en el banco.

—Te escucho.

Lo contempla como si estuviera viendo al niño. Consuelo recoloca sus ideas.

—Siempre la he cagado contigo. Por más que intentara hacerlo bien, la vida me daba azotes para apartarme de ti… —Francisco calla —. Perdóname. Te lo ruego. No puedo con la carga.

Él sonríe por primera vez.

—Mamá, yo ya te he perdonado. Ahora tienes que hacerlo tú. Tienes que perdonarte. Esa es la carga que llevas.

Ella no se inmuta. Es como si el aire, en un momento, hubiera cambiado de densidad. Las manos le tiemblan y las apoya en el regazo, mientras la mirada se le pierde en un punto cualquiera.

—¿Tú crees que merezco el perdón? —dice sollozando—. Merezco sufrir como mínimo igual que tú.

Francisco la mira en silencio un momento, sin interrumpirla. Luego, con una calma profunda, responde:

—Todos merecemos el perdón. Sé que no es fácil. Hagas lo que hagas, siempre serás mi madre.

Consuelo deja escapar un suspiro. Sobran las palabras. Se seca las lágrimas, lo mira con ojos brillantes y todo empieza a cambiar.



Francisco llama al telefonillo y la puerta de acceso se abre con un ligero empujón. Sigue siendo el mismo metal oscuro de siempre, sin detalles forjados ni florituras. Las escaleras no le resultan tan empinadas como la primera vez que las subió. Llega a la segunda planta. La puerta está entreabierta. Hay luz dentro y huele a comida. La empuja como si temiera violentar a alguien.

—¡Hola, Marisa! —dice con tono de pedir permiso.

La mujer aparece con los ojos emocionados. Abraza a Francisco, que le responde con la misma intensidad, y lo besa por toda la cara. Ha ganado unos pocos kilos y las arrugas se le han hecho más profundas.

—Mi niño del corazón, mi medalla... Has venido. ¡Has venido! Eso es lo importante. Vamos, pasa, no te quedes ahí parado. Sabes que esta es tu casa; siempre lo ha sido y lo será, hijo. Te he echado mucho de menos, pero ya estás aquí.

—Me dejé las croquetas sin freír, ¿podemos acabarlas?

—Por supuesto que sí. Vamos, que tengo unos platos nuevos increíbles. Ya verás cómo he mejorado cocinando, ya verás.

—¡Marisa!

—Dime, pequeño.

—Perdóname. Te prometo no volver a marcharme sin avisar. ¿Me das otro abrazo?

—Pues claro, hijo mío, pues claro. Ven aquí.

Él la rodea con los brazos y no la suelta. Se endereza al oír una voz que no espera, una voz muy familiar.

—¿Coque está aquí?

—Bueno…, no veas lo que ha cambiado. Se ha puesto el delantal y está haciendo la masa de las croquetas. Eso sí…, al gusto ese raro que tiene con la comida, pero es un avance. Dios, ya lo creo que lo es. Pero, pasa, ve para dentro, por favor. Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

ARCO

Manuel Prado toma té en compañía de Juan Carlos I de España. El césped está húmedo y los mocasines negros se le han mojado. Sorbe un poco de la taza y la deja en su sitio, sobre una mesa de metal que brilla al sol y parece recién restaurada. El cielo está despejado y el aire de la sierra de Madrid se respira limpio. El rey, con las gafas de sol aún puestas, luce un conjunto blanco. Tiene las mejillas sonrosadas.

—¿Qué pasó con los americanos?

—Según el Sr. K, era una loca pirada que había conseguido del general Franco un último testamento por el que, al parecer, les concedía a los españoles la libertad de conciencia. O algo así. ¡Yo qué sé! Una locura. Algo dijo además de un Consejo Maniqueo. Dijo que tú sabías de qué se trataba el asunto.

Juan Carlos siente que el líquido caliente le entra por mal sitio y tose. Se mancha los pantalones impolutos y su rostro palidece.

—¿Cómo no me has avisado de algo tan grave?

—Pero… ¿para qué? Estaba loca. Ella y su padre atacaron a los americanos. ¿Lo puedes creer? La chica consiguió asesinar a un tal Thomson, pero se acabó: ya está muerta.

Juan Carlos se levanta. Se limpia los pantalones con una servilleta.

—Perdóname. Voy al lavabo. Ahora vuelvo.

Manuel Prado asiente con la cabeza. Juan Carlos llega a un terminal de teléfono que hay en el pasillo. Descuelga y marca un número. Espera impaciente hasta que recibe la señal del otro lado.

—El tiempo se ha terminado. Están pidiendo el Consejo Maniqueo. Estoy nervioso… Sí, sí, ya me calmo. Pero me temo que esto acaba de empezar.

OBRA EN MEMORIA DE DANIEL LÓPEZ TIZÓN

Falleció en atentado terrorista en 1990.

La onda expansiva alcanzó de pleno a la primera de las furgonetas, en cuyo interior viajaban cuatro agentes, falleciendo, prácticamente en el acto, dos de sus ocupantes, José Francisco Hernández, de 34 años y natural de Teuesespe (Tenerife), y Daniel López Tizón, nacido en Cayón (La Coruña), de 40 años, ambos casados y padres de dos hijos.

EL PAÍS, 19 de noviembre de 1990.

«Tus compañeros te recuerdan con orgullo y cariño».

AGRADECIMIENTOS

A mi hermano, Alberto Sierra Pérez, y a Efrén Bartolomé Utrilla, cuya generosa lectura crítica fue el viento que impulsó las velas de este libro. Gracias a ambos de corazón.

A los policías Eva, Jesús y Gustavo. Por su estimable ayuda en la forma que ha adquirido este relato.